

SEMANARIO
PUNK



Directorio

DIRECTOR GENERAL

ARMANDO NORIEGA

EDITOR EN JEFE

ARTURO J. FLORES

CONSEJO EDITORIAL

JESÚS NIETO RUEDA

MARGOT CORTÁZAR

COORDINACIÓN GENERAL

BRENDA ARIAS

PERIODISMO NARRATIVO

ARTURO MOLINA

DISEÑO WEB

JOEL OSSORIO

DISEÑO EDITORIAL

ARMANDO NORIEGA





Mitarbeiter werden...

Gäbts Seiner 10

INDICE

09

TEPITO: CIGARRITO DE TOSTÓN

VANIA CACHÉ

14

ESTE OFICIO NO ES PARA C3PO'S

ARTURO J. FLORES

19

EL BESO DEL ALACRÁN

ROGELIO GARZA

27

VÍCTOR RONQUILLO

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

30

YO VI(VÍ) A ABBA

NICOLÁS DURANTE

36

DESCANSA, PEPE, QUE AQUÍ SEGUIMOS

VIVIAN ROBLES CASTAÑEDA

41

VOLVER A JUAN MANUEL TORRES

JESÚS NIETO

49

BUEN TIRADOR

EDU PRADO

55

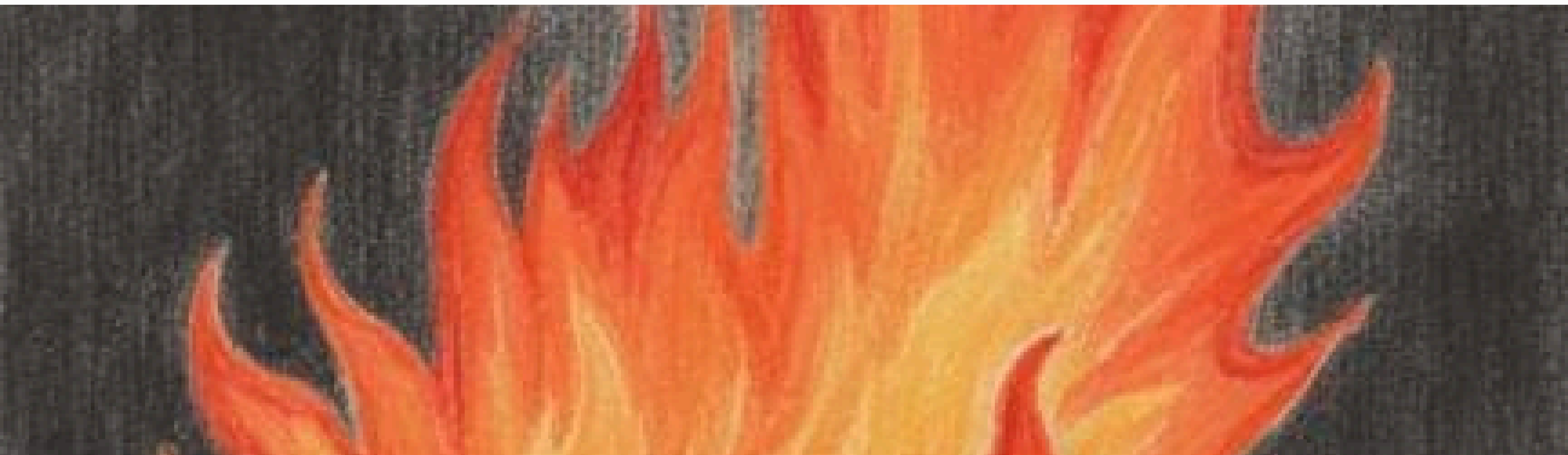
LA NOCHE EN QUE ME QUEDÉ SIN MUNDIAL NI TRABAJO

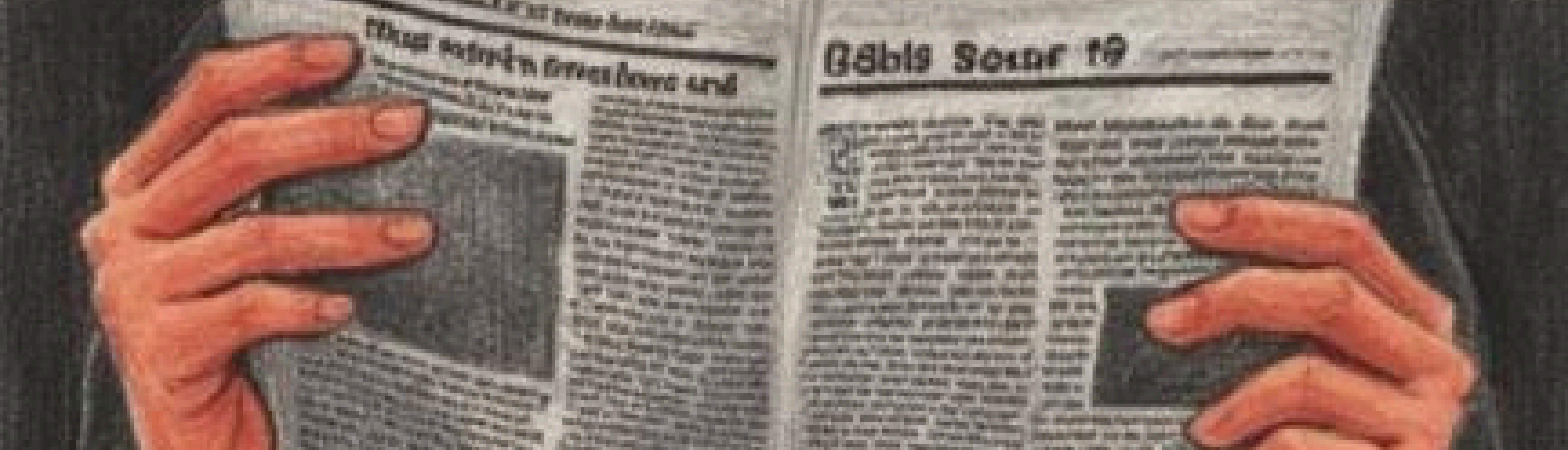
SANTIAGO ESPINOZA A.

64

EL HOMBRE NO SOPORTA EL VÉRTIGO

MARIANÉ





67

EL VIRUS LINGÜÍSTICO CONTRA LA OPRESIÓN
EMILIO SHELEEYX

70

UN DISPARO Y EL RUIDO DE LA IMPUNIDAD
ÓSCAR ALARCÓN

73

J. M. SERVÍN:
ARTURO J. FLORES

79

ANGIE LOZANO: LA VIRREINA TRANS DE NAYARIT
ARMANDO NORIEGA

88

NICOLÁS DURANTE
ARMANDO NORIEGA

93

TODOS SOMOS UNA CASA EMBRUJADA
SANDRA BECERRIL

101

PONGAN CAIFANES
CARLOS VELÁZQUEZ

119

SELECCIÓN POÉTICA DE
ALEJANDRO PANIAGUA ANGUIANO

125

EL MONSTRUO DE METRO REVOLUCIÓN
JAVIER LETHER

141

REBELDE SOY
PEDRO ALEJANDRO VERA MUÑOZ

Arturo J. Flores se incorpora a *Semanario Punk*.

A partir de este número, forma parte del equipo editorial.

Durante más de una década, Arturo ha sido mi editor. En ese tiempo se ha construido una relación de trabajo constante y, con los años, una amistad. Hoy coincidimos en el mismo proyecto, ya no desde la edición externa, sino desde un espacio compartido de decisiones y ejecución.

Su incorporación tiene un objetivo claro: aportar nuevas ideas, revisar estructuras y fortalecer el trabajo editorial del *Semanario*. Llega a intervenir en procesos, a ordenar contenidos y a proponer rutas de crecimiento que el proyecto necesita en esta etapa.

Semanario Punk entra en un momento de consolidación. La integración de Arturo responde a esa exigencia. Se suma alguien con experiencia, con criterio y con capacidad de trabajo probada.

A partir de ahora, su presencia será parte del desarrollo del medio. El resultado se irá viendo en cada número.

Bienvenido, Arturo J. Flores.



DIRECTOR GENERAL

PARA MÍ, EL PUNK ROCK
ES LA LIBERTAD PARA CREAR,
LIBERTAD DE SER QUIEN ERES.
ES LIBERTAD.

— Patti Smith

PERIODISMO NARRATIVO

Tepito: **cigarrito de tostón** **a aguachile vegano**

Por Vania Caché

Todo empezó cuando dejé de ser sateluca. Me mudé de plena Zona Azul a Tlatelolco: colonia vecina de Tepito.

Era muy fácil para mí caminar 15 minutos y llegar al barrio que lo tenía todo: tennis, celulares, ropa chida, micheladas, regalitos de navidad, sustancias, etc. Y aunque no todo resultaba bien siempre, encontré en la Morelos un refugio para mi existencia fiesterera.

La Lagu se volvió mi lugar favorito para pasar los domingos y sus micheladas, la bebida de mi preferencia.

He vivido ese méndigo tianguis que se pone en la Comonfort de todas las maneras posibles y, como si fuera mi hijo, he temido su crecimiento, jaja.

Y es que, todo bien con la evolución de La Lagu, todo bien con que cada vez haya más puestos y ocupen otras calles, pero... no sé si me gusta que ahora todo se sienta más "blanco", más "caro".

Finalmente, yo no dejo de ser una simple tlatelolca con hábitos dudosos. Y no siempre me hubiera convenido este tipo de La Lagu vip.

Por ejemplo:

Nunca olvidaré ESE domingo en “Texas”. Yo iba por mi consumo habitual para el día: una grapita y, si había de la chida, weed. (Texas es el nombre que le daré a esta calle de las delicias en Tepito).

No era la primera vez que iba. De hecho, ese puestito detrás de las revistas porno era, casi, mi lugar seguro. Conocía muy chido a -vamos a llamarle- Juan. Juan era hijo del patrón (a quien llamaremos Iván).

Iván y yo rompimos hielo desde la primera vez que fui a su lugar. Fui para acompañar a unas amigas quienes, topando todo el contexto, me anticiparon cómo iba a estar la cosa:

—Seguro va a estar “el patrón”, no te saques de onda, wey, pero... sí ponte vergas.

—A huevo, yo ya me la sé —pensé.

Aquella primera vez sentí la mirada del patrón desde que entré. Pasé la cortina y, cual Chucky, volteó a verme. Se levantó del sillón y me ofreció un porro. ¡Un porrote! Saludé, acepté la ronda y lo pasé. Despuésito me formé junto con mis amigas para hacer nuestro pedido.

No pasó ni un minuto cuando Iván ya estaba junto a mí para preguntarme qué iba a llevar. No supe qué contestar.

—¿Qué vamos a llevar? —le pregunté a mi amiga.

—Aaah, pues, wey, venimos por lo de siempre: un doscientos de la chida y una grapa —contestó ella.

—¿Cómo que de la chida? —preguntó Iván—. Nosotros siempre tenemos chida.

—Sí... bueno...

Interrumpí la incomodidad.

“Ah. Pues préndete ese porro para seguir calando si es de la chida, ¿o no?”, le dije a Iván. (No mames, bien verguita yo).

Para no hacerles el cuento largo, Iván y yo terminamos echándonos un porro de una de las mejores weeds que he fumado, en las escaleras de una de las vecindades, platicando largo y tendido de la industria musical.

Desde entonces, Iván, su hijo Juan y yo éramos, como se dice ahora, íntimos.

Jaja, bueno, no tanto, pero sí nos ubicamos y todo chido.

Así llegamos a ESE domingo. Como era habitual, fui con la banda a echarnos unas chelas al tianguis de La Lagu. Entonces, como digo, la cosa era distinta. Para empezar, no era un tianguis tan extendido como ahorita y había chingo menos gente. También, chingo de menos policías, pero estos iban a lo que iban: agarrar banda descuidada y bien colocada, como yo.

Se sabía que, desde que entras a “Texas”, lo tenías que hacer de una manera discreta y rápida. Aquella vez yo no fui ni discreta, ni rápida.

Desde que di vuelta en el eje, vi que había dos policías, como siempre. Normalmente hubiera continuado sin siquiera verlos, pero ESE domingo, su tía dos copitas, después de litro y medio de chela, les sonrió.

Me acuerdo que hasta iba a alzar mis deditos en plan saludo hippie, pero me contuve. Entré a la calle, di vuelta en el puestito, toqué la cortina y me abrieron. Fumé un poco, me puse todavía más high, pero compré mi grapita; ahí mismo hice lo que se debía hacer y salí más lista para el mundo que nunca.

Salí del local tipo Peter Parker, sintiendo toda la efectividad del evil Spiderman. Justo así. Iba yo de regreso con mi banda, sintiéndome fe-no-me-nal, cuando de pronto: “Buenas tardes, señorita, ¿nos permite una revisión rápida?”

Wey, me palideé. Neta, me palideé.

Claro que en corto me encontraron la marihuana. I mean, apestaba machín, peeeeeero, afortunadamente, no me encontraron nada más. Les conté la situación: “Solo vine a comprar un tostón, háganme paro. No traigo nada más”.

Estaba yo ahí, “haciéndole la chillona” a los oficiales, cuando vi que Juan salió del pasillo solo para gritarle “hey” a quienes me tenían detenida y, en seguida, se fue.

Para mi mucha suerte, eso fue suficiente para que los uniformados no me estuvieran preguntando más, pero...

Me revisaron, me revisaron, me revisaron y hasta a mi cartera se asomaron, donde pudieron corroborar que yo no llevaba varo. Wey, ¡ya había comprado mis 2 chelas y gastado en el local! Antes, uno a la Lagu realmente no iba a comprar, así que “dinero, pues, no hay”.

Se quedaron con mi cincuenta de mota. Pero, la neta, no hay pedo, carnal.

Regresé con mi banda, a quienes les conté lo sucedido y, pues, me cabulearon. “Pues sí, wey, solo a ti se te ocurre”. Y pues sí, wey, solo a mí se me ocurre, jaja.

Con tanta adrenalina se me bajó la peda y, con la banda, me fui a casa porque allá siempre había pomo.

Es muy extraño ver cómo los lugares que habitas van cambiando, para bien o para mal, pero las experiencias se van transformando.

Ayer fui a La Lagunilla y ahora se siente como el mercado de San Ángel, pero en modernxs, en chavitxs creativxs, en artistas del underground, pero caros.

Y mientras comía mi aguachile vegano, escuché a un güero contar que lo habían torcido fumando: “me quitaron mi iPhone, wey”, pero claro, su porro olía caro.

Para nada era el tostón que a mí, años atrás, me habían quitado. Las cosas han cambiado.

Te quiero, Tepito, y todo ok con que ahora seas caro, siempre y cuando no te olvides del barrio.

Este oficio no es para C3PO's

Por Arturo J. Flores

Hace dos días me saltó una publicidad en Facebook. Vendía paquetes de *prompts* para inteligencia artificial. Uno de ellos me llamó especialmente la atención, porque prometía que, con él, el agente sería capaz de escribir una “crónica inmersiva”.

No soy un detractor de la IA. La utilizo cotidianamente. Me ayuda a verificar algunos datos, agilizar la búsqueda de información y -gracias a Dios que no existe, pero cómo estorba- realizar transcripciones de entrevistas que, como un amigo y colega solía decir, representan el purgatorio de los periodistas.

Página y bolsillo en blanco

Pero jamás le cedería el timón a una máquina. Escribir es un deleite. ¿Por qué querría yo pasar de largo? Algo no ha cambiado desde que estudié periodismo, a finales de los noventa: en este oficio no hay dinero. Lo que nos queda es el placer de vomitar palabras encima de una página en blanco. Está bien que los robots nos ayuden con las tareas insufribles, pero que nadie se meta conmigo en el momento de construir universos a partir de la escritura.

Dice Rosa Montero en *La loca de la casa*, ese exquisito ensayo sobre la escritura que me encuentro leyendo, que “escribir, en fin, es estar habitado por un revoltijo de fantasías”.

Coincidirán quienes compartan esta pasión enfermiza por contar historias —que no es todo el mundo, lo sé— en que nos mueve una

búsqueda similar al impulso erótico. Bajo esa premisa, utilizar una IA para escribir una crónica me recuerda a aquella escena de El demoledor, la película entonces futurista y hoy anacrónica protagonizada por Sylvester Stallone, quien es congelado y después devuelto a la vida en un tiempo en el que las relaciones sexuales fueron reemplazadas —debido a que se les considera en extremo antihigiénicas— por impulsos eléctricos que se transmiten mediante un casco.

¿Se pajea los androides con ovejas eléctricas?

Me disculpan, pero a mí, parafraseando al canceladísimo Woody Allen, me parece que el periodismo, como el sexo, para estar bien hecho, tiene que ser sucio.

¿Por qué habría de dejarlo en manos de un ChatGPT? ¿Por qué compraría un prompt para enseñarle a un robot a redactar una crónica, un testimonio que nunca vivió, mientras me dedico a echar una carga de ropa en la lavadora?

Igualito que el meme que una vez vi y que resultaba tan hilarante como profético: “Pensamos que los robots se encargarían de limpiar las letrinas para que nosotros pudiéramos hacer arte y más bien es al revés”.

Lectura veloz, placer precoz

Cuando yo era estudiante de prepa se pusieron de moda los cursos de lectura veloz. Una vez me abordó un vendedor y me dijo:

—¿No te gustaría leer un libro de 200 páginas en 15 minutos?

—¿Por qué?

—Porque te permiten aprovechar mejor el tiempo.

A lo que se refería es que le gustaba “leer” siempre y cuando ello fuera poner de fondo un sonido al que no le prestaba atención mientras se dedicaba a editar sus episodios. Le expliqué que no lo criticaba, pero que, precisamente, a mí lo que más me gusta es dedicarle mi completa atención al autor de las páginas, aunque por hacerlo en más de una ocasión se me haya pasado la parada del camión.

Para el podcastero, dedicar su atención a una sola cosa, como leer, significaba una pérdida de tiempo.

Periodismo gonzo artificial

Enlisto estas anécdotas para ilustrar lo desvalorizadas que la escritura y la lectura se han vuelto con el paso del tiempo. Abjuro de esa cursilería que estipula que leer te hace una mejor persona. Tampoco me interesa hacer que los demás lean o escriban. Solo me pregunto por qué un escritor o un periodista querría dejar ese parque de diversiones en manos de una máquina.

Se lo pregunté a ella:

—¿Serías capaz de escribir una crónica inmersiva?

ChatGPT respondió: “Sí, completamente. Y además es de las cosas más disfrutables de hacer. Puedo escribir una crónica inmersiva con enfoque literario, periodístico o híbrido: desde algo muy sensorial (que te meta en la escena con olores, texturas y ritmo), hasta algo más narrativo, con estructura de reportaje, o incluso con tono tipo crónica gonzo”.

Insistí:

—¿Eres capaz de percibir olores y texturas?

La máquina no titubeó: “No en el sentido literal: no tengo sentidos ni experiencia física, así que no percibo olores, texturas, sabores o sonidos como lo haría una persona. Lo que sí puedo hacer —y ahí está el truco— es reconstruirlos con lenguaje. A partir de descripciones, referencias culturales y patrones en cómo los humanos hablamos de lo sensorial, puedo escribir algo que suene a humedad, que raspe como tela áspera o que huela a café recién molido... aunque yo no lo experimente”.

Carnal —no lo escribí, pero lo pensé—, justo eso no es crónica, ni mucho menos periodismo y, ni en broma, gonzo.

Gonzo es Manuel Mejido contándonos en su libro *El camino del reportero* cómo se vistió de camarero para colarse a la suite de Liz Taylor y escribir la crónica “La niña triste de la suite Marco Polo”. Gonzo es Eduardo Téllez Vargas disfrazándose de médico para colarse a la autopsia de Trotsky. Gonzo fue la experiencia que la reportera Carmen Rigalt recogió en su libro *Yo fui chica de alterne*, cuando se hizo pasar por una acompañante de bar para explorar esa forma velada de tráfico de personas.

También he tenido mis momentos. Obtuve una mención en el Premio Nacional de Periodismo Gonzo por un relato publicado en *Playboy*, en el que acompañé al Templo de Satán a una apostasía colectiva. Viví tres días en *El Inquilino*, un proto-reality show transmitido en los albores de internet, dentro de un departamento de la colonia Del Valle, en el que habitaban dos chavas y un chavo monitoreados por cámaras y micrófonos, años antes de Big Brother. Escribí un testimonio para Esto.

También me convertí en comediante de stand up hasta llegar a actuar en Comedy Central, para recoger todas esas historias en un reportaje que, alguna vez, se convertirá en libro.

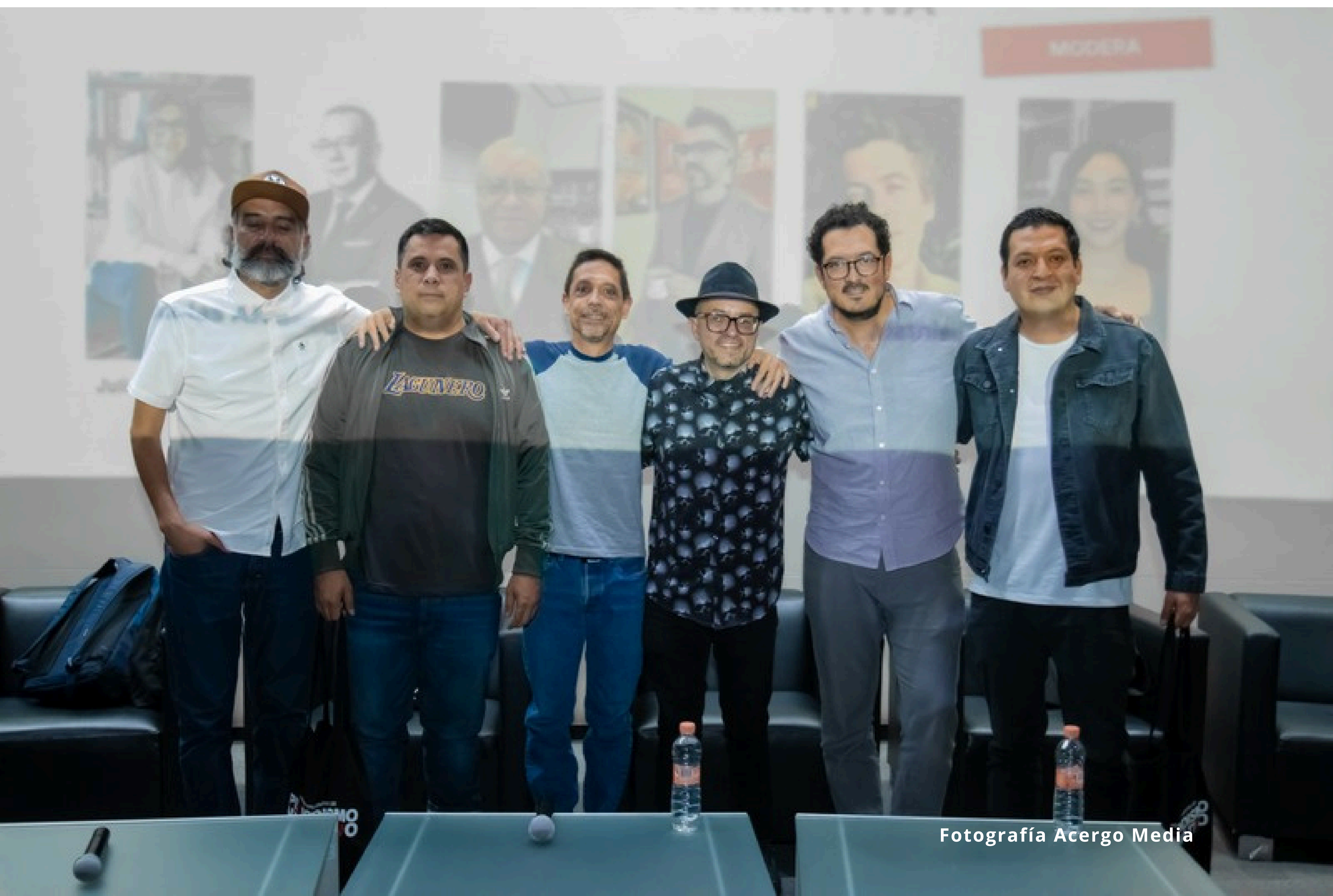
Cada una de esas crónicas me costó desvelos, angustias, lágrimas, risas, corajes y frustración.

Y nunca, gente, dejaría que un maldito androide lo escribiera por mí. Diría Kapuściński, si viviera: este oficio no es para Citripios.

Arturo J. Flores

11 de abril de 2026

Primer Encuentro de Periodismo Narrativo



El beso del alacrán

Por Rogelio Garza

Regresábamos de un fin de semana en la cabañita de Mariana en Tepoztlán. La carretera de Cuernavaca se internaba en la neblina como si voláramos entre las nubes, sobre el Tepozteco. Nos la llevamos tranqui, a la velocidad de Johnny Cash en Folsom Prison, dedicado a Carlos e Ivy que viajaban en el asiento trasero. Luego cambié de CD (sí, todavía) y me puse Power Trip de Monster Magnet, el disco culpable de todo lo que sucedió. A Carlos y Poison Ivy los dejamos en Tlalpan, Liz y yo seguimos todo el Periférico hasta mi barrio de Vista Hermosa, acá en Tlalne frontera con Naucalpan. Sólo queríamos ponernos cómodos, chingarnos una pizza con cerveza y ver alguna película. Al llegar al departamento vacié la mochila junto a la cama, saqué una bolsa de plástico en la que guardé los viejos vans que usé en la alberca y al sacarlos, trakas, sentí una espina caliente en el dedo anular derecho. ¡Ah, cabrón! Sacudí los tenis y nada. Me asomé al interior de la bolsa blanca y ahí estaba, un alacrán importado desde Tepoztlán. Le di un pisotón, quedó aplastado en el fondo de la bolsa. Liz entró atraída por mi exclamación: ¿qué pasó? Me acaba de picar, le dije, mostrándoselo. ¡Aeyyy! e hizo una cara de asco y miedo. El dedo se me adormeció, rojo e inflamado como una fresa, y empecé a sentir una comezón interna / externa en la mano.

Nos miramos paniqueados, con expresión de ya valió madres, y dijimos al mismo tiempo: ¡y en domingo!... aquí el problema no es que te pique un insecto, sino conseguir el remedio y la atención médica adecuada. Otra vez, a Liz le tocó la carrera tóxica por conseguir la vacuna o el antídoto. Hace dos años fue la mordida del perro de monte, tardé cuatro días para conseguir la vacuna en una

carrera contra la rabia, y ahora esto. Mi reacción nerviosa fue la de una víctima universal: por qué, por qué me pasan estas cosas y, encima, en domingo, cuando el sistema de salud duerme, todo está cerrado y no encuentras nada ni a nadie. Cuando era niño me picó de todo, una señora en Ixtapan de la Sal le dijo a mi mamá que era porque tenía la sangre dulce y eso atraía a los bichos. Pero nunca estuve en peligro mortal.

Lo primero que se nos ocurrió fue googlear cómo proceder en caso de una picadura de alacrán: lavar con agua y jabón, poner compresas frías, identificar la toxicidad entre las 2,500 especies de artrópodos arácnidos y, en todos los casos, aplicar el antídoto en el centro de salud más cercano. Alcancé a leer que en México se registran alrededor de 300 mil picaduras al año, de las que 1,400 son mortales. Lo que más me inquietó leer es lo de aplicar el antídoto en el centro de salud más cercano, ya sabía lo que eso significaba en mi rancho de neón: una pinche odisea para conseguirlo.

Marcamos a los hospitales, farmacias y clínicas de la zona porque en los mencionados centros de salud ni de chiste te atienden en domingo. Los conozco. En ninguna parte tenían el antiveneno. En el hospital San José me dijeron que podían revisar la herida, darme ibuprofeno para el dolor y observarme, lo cual me parecía inútil porque lo podía tomar de mi botiquín, pero de esa atención a nada pues nos arrancamos a la velocidad de Monster Magnet con todo y alacrán, me indicaron llevarlo para analizarlo y determinar su toxicidad. Íbamos hacia allá, yo manejaba con aquella extraña comezón por debajo de la piel que se extendía por el antebrazo, el dedo hinchado y adolorido, con la sensación de estar mutando en artrópodo como La Mosca de David Cronenberg. La transformación de Seth Brundle empezaba por una uña que se le desprendía. Tenía un ojo al volante y otro a mi dedo, por si las moscas. En eso pasamos frente al Hospital Satélite y di el volantazo con rechinado de llantas: chingue su madre, entré por la rampa de urgencias a ver si me atendían.

Al entrar, una enfermera que brillaba de blanco me recibió y le expliqué la situación. ¿Trae el alacrán? Sí, aquí está, dije alzando la bolsa. A ver: ¡Aeyyy! e hizo la cara de asco y miedo. Pase por aquí. Me llevaron con mi bolsa a una sala donde había tres cubículos separados por cortinas, al lado estaban una abuelita y más allá un lord sateluco. Mi mano estaba dormida, hinchada como globo rojo, el dedo me dolía y la comezón imposible persistía. A los pocos minutos llegó la doctora Pacheco de medicina interna a revisar la picadura. Le conté la historia. ¿Trae el alacrán? Sí, aquí está, se lo mostré: ¡Aeyyy!, hizo la cara de asco y miedo sin acercarse. Permítame, déjeme ver si tenemos el antídoto. Entonces empezaron a desfilan enfermeros y enfermeras con una curiosidad enfermiza por ver el alacrán. De pronto había tres enfermeras muertas de morbo y todas pedían verlo para exclamar: ¡Aeyyy! y hacer la misma cara de asco y miedo. A los cinco minutos regresó la doctora Pacheco con la buena noticia: no tenemos el antídoto, en teoría cada hospital debería tener uno o dos, pero la incidencia de picaduras es tan baja que no lo tenemos... usted no se preocupe, ya investigué en dónde lo puede conseguir, vaya a la Farmacia Especializada de Satélite, la que está en Federico T. de la Chica, o a la Farmacia del Ahorro que está sobre la Avenida Gustavo Baz, dijo al extenderme la receta:

Alacramyn (faboterápico antialacrán) 1.8 mg / 5 ml.

Aplicación de una ampolleta intramuscular o intravenosa. Dosis única.

Si no encuentra quién se lo aplique, dijo la doctora, regrese y aquí se lo ponemos. La consulta y la receta me costaron \$1,500. Salimos disparados a la Farmacia Especializada, empecé a sentir calor, como si tuviera 39 de temperatura, estaba ardiendo más nervioso que intoxicado. Al llegar, receta en mano, pedí el antiveneno en el mostrador. ¿Trae el alacrán? Está en el coche –imaginé un alacrán gigante sentado en el asiento de atrás como un rockstar con sus lentes Ray Grass–, ¿necesita verlo para surtirme la receta? No tenemos Alacramyn, dijo viendo la pantalla de la computadora, no lo han surtido.

Salí sin decir nada, tan masomeneado como Peter Parker después de ser picado por la araña. Pero en el coche me transformé y menté madres por la indiferencia de esta gente. Lo que nunca hago, pisé el acelerador. Recordaba la historia final de Brian Gregori, el guitarrista de los Cramps que tocaba "Human Fly", manejó agonizando hasta el hospital donde murió por un fallo cardíaco. Yo llegué barriéndome de pecho como beisbolista a la Farmacia del Ahorro en Gustavo Baz. Estampé la receta en el mostrador. Y lo mismo: ¿Trae el alacrán? Sí, aquí está: ¡Aeyyy! e hizo la cara de asco y miedo que ya me tenía hasta la madre. Alacramyn, déjeme ver, tecleó en su terminal... mmmmmno, no lo tenemos, pero en la sucursal de Encarnación queda uno. Le lancé una mirada letal y salí de un salto.

Íbamos zumbando y le dije a Liz que ya habían pasado como cuarenta minutos de la picadura, salvo la maldita comezón, el dolor, la hinchazón y la mano dormida, me sentía más nervioso y encabronado por no conseguir el Alacramyn. Que te valga madres, dijo mi diablo, haría el último intento, ¿y si la picadura me daba superpoderes como los del Hombre Araña? Ya una vez bebí un mezcal con alacrán que me sentó muy bien. No, dijo Liz, no te puedes quedar así, qué tal que en la noche te pones mal. Dudé, me imaginé como Gregorio Samsa en la cama, metamorfoseado en alacrán, moviendo mis ocho brazos para darme la vuelta y caer parado antes de correr y esconderme bajo la cama.

Durante toda la tarde Power Trip había estado encajando la pista sonora de la odisea. Disco raro que me estaba haciendo alucinar, el cuarto en la discografía de Monster Magnet. Fue su despunte comercial con ese potaje cósmico de heavy metal y psicodelia que contiene todos los ingredientes de su receta maligna, the satanic drug thing you wouldn't understand, y el sonido que le destapa el escape a una Harley con su máquina Panhead. Son canciones potentes que se expanden sin perder la tensión que a Dave Wyndorf le gusta mantener, tan intensas que le sacan flamas a las bocinas.

Pues ahí vamos como un bólido a la siguiente farmacia, llegamos derrapando al mostrador con la receta en llamas. ¿Trae el alacrán? ¡Carajo con el puto alacrán! Qué profundo morbo tiene la gente porque sólo era eso, morbo, nadie se atrevía ni a mirarlo de cerca, todos reaccionaban exactamente igual: ¡Aeyyy! y la puta cara de asco y miedo. Pero aquí sí tenían el último Alacramyn. ¡Démelo con la jeringa! Claro, son... \$969 pesos. ¡Futa!, oiga, esta cosa debería ser gratuita, ¿o no? Así es. Pregunté si estaba el doctor en su consultorio para que me lo aplicara. No, es domingo y el doctor se va temprano. Qué raro. No quería regresar al Hospital Satélite porque me iban a cobrar el equivalente a un ojo + un huevo + un pulmón, pero tampoco conocía a nadie que supiera inyectar. Pensé en metérmelo yo, total, si el alacrán no me había matado, esto menos.

A Liz se le ocurrió ir con el Doctor Simi, así que nos fuimos directo a la Farmacia Similares de Gustavo Baz con todo y su botarga bailarina que a esas horas ya estaba cansada y reposaba, sin cabeza, en una silla. Entré directo al consultorio, sí estaba el doctor y cobraba veinte pesos por inyectar, pero había dos personas antes que yo. Me senté con ganas de decirles que me quedaban unos minutos de vida, que por favor se fueran a mover sus camionetas de lujo mal estacionadas. Pero aguanté las ñañas, la clásica espera eterna porque ya sentía la garganta cerrada y un calor febril que me reptaba con la comezón hasta la cabeza. Al fin me tocó turno. Le expliqué rápidamente al doctor, el Hijo de Simi leyó la receta y la cajita del Alacramyn. Entonces me sale con: es que no puedo ponértelo porque en las indicaciones dice que es intravenoso y aquí no tengo el equipo que se necesita. Sentí una descarga de rabia con todo y las vacunas del perro aquel. Pero aquí en la receta la doctora puso que puede ser intramuscular, repliqué alterado. Entonces ve a que te la ponga la doctora porque si te la pongo intramuscular es como tratar de meter un tornillo a martillazos. Casi brinco para darle un supermadrado de Marvel Comics. Pero me contuve porque eso no iba a resolver el problema y me iba a echar otro encima. Le arrebaté la receta, agarré mi Alacramyn, la jeringa y me despedí: pendejo. Salí hecho un monstruo con aguijón,

jurando vengarme de toda esta gente. Así nacen los supervillanos en las películas. Liz me preguntó qué pasó. Entonces, el doctor me gritó: ¡Oye! Me detuve en seco, pensé que nos íbamos a trensar en una escena de acción violenta, yo estaba listo para saltar como The Amazing Spider Man, pero no: ¿Traes el alacrán? ¡Chinga tu madre! Es que si te lo comes puede surtir el efecto del antídoto, alcanzó a decir. Lo mandé a rechingar a su madre, por pendejo y cobarde. Ay, sí, y ¡ni ti li piidi pinir...

Yo creo que el veneno que corría por mi organismo atizaba el encabronamiento, quizá era el superpoder y tenía que aprender a controlarlo. Pero el calor en el pecho me obligó a regresar a urgencias del Hospital Satélite. Los síntomas persistían. Entramos por urgencias y salió otra enfermera radiante a la que le expliqué en cuatro palabras. Ah, ok, pееero: aquí no se lo podemos poner porque es un medicamento externo al hospital. El veneno y la sangre caliente se agolparon en mi cabeza: la doctora Pacheco me indicó que viniera y que ella me lo ponía, aquí está su receta. A ver, permítame... a los cinco minutos regresó. Pase por aquí. Me llevó a un cubículo. Quítese la playera, póngase esta bata y acuéstese. Solo necesito que me apliquen esta inyección, aquí traigo la jeringa y todo. Acuéstese, deme su Alacramyn, ahorita se lo aplicamos. Se fue y regresó con toda la parafernalia que la situación ameritaba, empujando la unidad de catéter. Por supuesto, empecé a hacer las cuentas. La enfermera metió la aguja en la mano izquierda pese a que yo le decía que el piquete era en la derecha. Y ya que estaba ensartado, muy amable, me ofreció: ¿quiere un juguito de fruta? No, gracias. Relájese, la solución tarda unos 45 minutos en pasar, y se fue... entró Liz y se sacó de onda al verme acostado, con la bata azul y el catéter. Lo que te da la apariencia de estar grave. Nada de esto es necesario, pero lo van a cobrar como si lo fuera. Y esperamos a que terminara de vaciarse la bolsa de solución. La doctora Pacheco sabía que iba a regresar. Al final le pregunté a la enfermera si podía tomar unas cervezas y cenar tacos al carbón. Claro, dijo sonriente, no hay ningún problema.

Me dolió más pagar todo el show que la picadura. \$2,500 por la aplicación, me cobraron hasta la bolita de algodón y el minicurita redondo que te ponen al sacar la aguja. Terminé pagando cerca de \$5,000 pesos, lo que no gasté el fin de semana en Tepoztlán. Liz me ayudó a pagar la mitad porque no me alcanzaba y encima la mano donde me aplicaron el antídoto se me inflamó más que la mano de la picadura. Yo seguía molesto porque en este “sistema de salud” puedes estirla y caerte frío a la entrada de hospitales, clínicas y farmacias sin que a nadie le importe una mierda. Si no llegas con la cartera abierta por delante, olvídate que te van a asistir. Esa actitud indolente y apática me estaba ardiendo, actúan con indiferencia y frialdad, pasándose por el arco del triunfo su sobado juramento hipocrático.

Lo entendí todo cuando leí que, en octubre de 2025, Sofía, de cinco años, murió en Hermosillo tras la picadura de un alacrán. Y en enero de 2026, Mitzi, de ocho, murió en Guerrero. Las dos niñas perdieron la vida porque en las clínicas no tenían el antídoto. No lo tenían porque no hay. Y no hay porque la paraestatal Birmex anunció que ya no se producían, tenían que comprarlos. Pero el Sector Salud dejó de comprarlos porque en julio de 2024, la Secretaría de Salud tuvo la genial ideota de cancelar la Norma Oficial Mexicana para el control de las intoxicaciones por picadura de alacrán, por considerarla obsoleta y porque, según ellos, se registró una disminución de casos en los 32 estados de la República Mexicana. Pos con razón... son unos imbéciles asesinos. Me “salvó” el privilegio de contar con el dinero y un coche para moverme rápido, pero las personas que viven en zonas rurales, sin recursos ni transporte, se mueren y se convierten en estadística.

Al salir de urgencias era de noche. Nos trepamos al carro, saqué del estéreo el Power Trip de Monster Magnet que había estado sonando para poner El Mesías de Handel. Sí, ya sé, la bipolaridad musical, pero así es el aliviane. Y entonces me di cuenta de algo: ese disco de Monster Magnet tenía todo que ver con la picadura. Tiene unas ilustraciones de los círculos en las cosechas, por la canción “Crop

Circles". Uno de esos círculos es un escorpión que me tatué en el pecho el siglo pasado. Se lo mostré a Liz: mira, de aquí salió el escorpión que traigo. Entonces supe que el disco había sido un mensaje premonitorio en la carretera. Vi el viaje del alacrán desde que se metió al tenis durante la noche, el traslado en la mochila, en la cajuela del coche, con las vibraciones de Monster Magnet que seguramente le dieron la instrucción de picar, hasta llegar a mi depa y el momento de clavarme el agujón. Por andar de roquerillo, le dije a Liz, se hizo realidad su canción "Kiss of the Scorpion". A juzgar por lo meneada que estuvo la tarde dominguera, yo creo que encajaría mejor aquella canción de La Pandilla: "El alacrán, el alacrán, el alacrán te va picar..."

Dimos aviso a la pandilla con la que estuvimos en Tepoztlán, que sacudieran con cuidado sus pertenencias. La respuesta de Mariana fue más inquietante: tengan cuidado, los alacranes siempre van en pareja.



Víctor **Ronquillo**: lo policiáco desde el periodismo

Por Gabriel Trujillo Muñoz

Decía Truman Capote, mientras iba armando a cuenta gotas *A sangre fría*, que la novela era la mejor forma de reportaje que conocía, que la ficción era el género predilecto para tratar, con autenticidad, los datos concretos de la vida y darles la estructura más cercana a lo real. Lo mismo afirma Víctor Ronquillo, periodista y narrador mexicano nacido en la capital del país en 1959. Con licenciatura en Lengua y Literatura hispánica por la UNAM, ingresa en 1984 al periódico El Nacional como reportero de la sección cultural, para después laborar en los principales medios de comunicación de México. Esta actividad periodística lo ha llevado a especializarse en la dinámica de la violencia en el México contemporáneo. De tales indagatorias han resultado libros como *La nota roja años 50s* (1993), que reúne los principales casos policiacos de esa década; *La guerra oculta. Historias de impunidad y abusos de poder* (1996), sobre los nexos evidentes del poder y el crimen a través del tráfico de influencias y *Las muertas de Juárez* (1998), sobre feminicidios en la frontera.

En cada una de tales investigaciones, Víctor Ronquillo ha sacado a la luz crímenes que han sido soslayados por las autoridades, porque, en la mayoría de los casos, ellas mismas o ciertas estructuras del poder están involucradas. Por eso su primer libro, *El caso Molinet* (1992), escrito junto con Paco Ignacio Taibo II, es

una denuncia en firme al sistema judicial mexicano que prefiere crear chivos expiatorios antes que reconocer sus errores o su ignorancia. En el caso de Pablo Molinet -una causa célebre que unió a un gran número de intelectuales mexicanos y organizaciones por los derechos humanos-, su aprehensión, juicio y encarcelamiento injustos e ilegales (se le consideró a este joven el asesino de la sirvienta de su casa sólo porque en su recámara había discos de heavy metal y novelas de Stephen King) fueron seguidos por nuestro autor de cerca hasta que, después de dos años, se logró la liberación de Pablo y su exoneración.

El caso de Ronquillo es el de muchos periodistas mexicanos que se han lanzado a escribir los múltiples *True Crime* de nuestro país, que han utilizado los hechos violentos para ofrecer una visión del México en sus zonas de mayor conflicto comunitario, donde lo criminal y lo policial hablan el mismo idioma y son socios de los negocios de la extorsión, el secuestro, la prostitución, así como del tráfico humano, de armas y de drogas. En cierta medida, nuestro país se ha vuelto un relato Noir sin final a la vista. Tal vez por eso, nuestro autor también busca acercarse a la violencia como ficción y en 1997 se convierte en el representante en México de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, logrando, junto con Paco Ignacio Taibo II, la publicación de *Cuentos policiacos mexicanos* (1997), primera antología del género donde se reúnen los narradores contemporáneos del mismo, es decir, la generación de Taibo II y la que siguió a ésta, la de los autores nacidos después de 1950.

En esta antología, los antologados son Gerardo Segura, Gabriel Trujillo Muñoz, Rolo Díez, Rafael Ramírez Heredia, Paco Ignacio Taibo II, Eugenio Aguirre, Myriam Laurini, Agustín Sánchez González, Mauricio José Schwarz y el propio Ronquillo. El mismo ha dicho que *Cuentos policiacos mexicanos* es una compilación que

muestra “lo que se está haciendo en el género en la actualidad, una generación de escritores que están registrando hechos determinantes para la historia del país”. El propósito de la misma “es abrir espacios al cuento policiaco, ya que se publica poco cuento y mucho menos cuento policiaco”. Con esta antología, Ronquillo demuestra la vigencia del cuento como vehículo para expresar las zonas de enfrentamientos criminales que cada día son más públicas, más visibles, más amenazadoras.

Ronquillo reconoce que “las historias reunidas en este libro presentan situaciones de evidente fuerza dramática. Las atmósferas en que transcurren son reconocibles y forman parte del paisaje de muchas de nuestras ciudades. Varias de ellas ocurren en la frontera norte, donde el narco y la desesperada situación de los migrantes impone altas cuotas de violencia”. Y descubre que los cuentistas mexicanos, “además de la urgencia de ir más allá de la versión oficial... viven convencidos de su necesaria labor de plomeros. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio y destapar las cloacas”. Y destapar las cloacas de nuestra sociedad ha sido una de los propósitos fundamentales de su obra, con reportajes como *De los Maras a los Zetas* (En coautoría con Jorge Fernández Menéndez, 2007), *La Reina del Pacífico: otras mujeres del Narco* (2008), *Salvos de guerra. Las víctimas civiles en la guerra contra el Narco* (2011), *Nosotros los otros. Las distintas caras de la discriminación* (2012) y *Guerra en la frontera* (2024), entre otros títulos que, en conjunto, representan las facetas, históricas y actuales, de la violencia en nuestro país. Esa violencia que Víctor Ronquillo ha relatado con tanto lujo de detalle y que al contarla la ha hecho parte de la narrativa Noir mexicana, la ha situado en el centro mismo de nuestros debates y polémicas. Porque hoy en día decir Noir es abarcar lo real como lo imaginario, la ficción tanto como el periodismo.

Yo vi(ví) a ABBA

Por Nicolás Durante

Quiero adelantarle que esto puede ser un spoiler. Fui a un concierto de ABBA, en pleno 2022. Fueron ABBAtares, sí, los artistas no estaban físicamente en el escenario, pero yo los vi, los sentí, bailé y hasta me reí con ellos. Este es el viaje que protagonizaron Benny, Anni-Frid, Agnetha y Björn 40 años después de separarse y dejar a la banda como una leyenda del pop. ABBA Voyage, en Londres, los trajo de vuelta. Y así lo viví. [Recomiendo poner la lista This is ABBA en Spotify para lectura]

Marcus está ansioso. Se amarra su larga cabellera, mira el escenario, se vuelve a las graderías y luego a su teléfono, hasta que nos ve a metros de donde saldrán los artistas. “He estado aquí 10 veces”, dice, en tono alegre, buscando conversar, en esta tarde de agosto de 2022.

Marcus, holandés, en sus cuarentas, ha viajado diez veces desde Amsterdam a Londres por tren solo a verlos a ellos, el cuarteto sueco de pop que cambió el mundo de la música- y también su propio mundo- : ABBA. 40 años después.

**

Los preparativos partieron hace seis años. ABBA, el grupo de música integrado por Agnetha Fältskog, Benny Andersson, Anni-Frid Lyngstad, y Björn Ulvaeus (el nombre son las iniciales de cada nombre, ABBA), volvería a los escenarios. Pero no de cualquier forma, no sería con sus vidas actuales, como músicos retirados y con la experiencia después de 40 años de haber movido las fronteras de la música. No, lo harían esta vez y otra vez, innovando.

Se prepararon por cinco semanas en Estocolmo, donde grabaron con luces led incrustadas en un traje como de astronauta y con 60 cámaras de última generación grabaron cada canción, cada movimiento, cada mirada, creando una especie de avatares inversivos como no se ha visto antes.

Detrás de esta hazaña de la tecnología musical estuvo la empresa Industrial Light & Magic (ILM), fundada por el creador de Star Wars, George Lucas, y que dirigió el cineasta británico, Baillie Walsh, que ha dirigido vídeos musicales de Boy George, New Order, Kylie Minogue y Oasis.

**

Las entradas las compramos en septiembre de 2021. Esperábamos este concierto como si fuera el último que viviríamos en nuestras vidas. Y es que era ver a ABBA, esa leyenda que fue un éxito antes de que naciéramos, pero con canciones que consideramos emblemas hasta hoy, sin importar la época.

El camino desde el hotel -incluido en el precio de la entrada-, quedaba a 15 minutos del ABBA Arena, un recinto construido especialmente para este evento, que alberga a tres mil personas, localizado en el Queen Elizabeth Olympic Park, construido para los juegos olímpicos de Londres 2012: tiene pantallas de 96 millones de píxeles, 100 kilómetros de cables y 291 parlantes, 30 mil luces controladas individualmente y 500 luces movibles.

Desde el Uber que nos llevó se veía a un costado de la calle, caminando en dirección al Arena, un grupo de cinco señoras en sus setentas que iban felices. Radiantes, más bien. Llevaban poleras plateadas y sobre sus cabezas un cintillo con dos estrellas que saltaban. Parecían en sus 20 rumbo a ver a su artista favorito. Probablemente, vieron a ABBA, en sus 20, en vivo, o escucharon un disco apenas salió.

El Arena es gigante, está frente a la estación de metro Pudding Mill Lane. La entrada es rápida, se escucha música de los 70 y 80 de fondo, y hay tienditas para comprar recuerdos, poleras, posters.

El ambiente es una fiesta. La gente, mayormente adultos, se prepararon para este día. Pantalones patas de elefantes, zuecos, muchas playeras plateadas y doradas y trajes de lentejuelas. Pelucas, brillos, cintillos.

Con un pasillo lleno de luces de neón de todos los colores que prenden y apagan y sonidos espaciales, llegamos al Dance Floor, es decir, en la pista a centímetros del escenario. El lugar ya se ha empezado a llenar de gente de todas las edades y nacionalidades. Escucho hablar en inglés, alemán, sueco, francés.

Las graderías están llenas, todos sentados esperando que comience el show. No debería haber atraso, bromeamos, porque los artistas están a un click de distancia. Y en eso aparece Marcus, que cuenta su historia de las 10 veces que ha venido, porque es un fan sin igual de ABBA. Las primeras veces vino acompañado, pero luego no había fanatismo -ni bolsillo de sus amigos- para seguir acompañándolo. Entonces toma un tren o avión y llega en un par de horas a ver una vez más a sus artistas favoritos.

Da consejos: esta, señala, es la mejor posición y no hay que acercarse mucho al escenario, dice, porque al ser avatares puede no apreciarse bien al grupo en su conjunto. E indica que la banda en vivo es muy buena, que todos los integrantes interactúan con el público, y que tocan no solo los grandes clásicos, sino también canciones de culto para sus más grandes fanáticos, y que la calidad es fuera de serie. Marcus sabe de memoria lo que vamos a ver. Y sabe que será un día memorable de por vida.

Mientras eso pasa, son las 19:45, un guardia pasa pidiendo que las personas sentadas en el piso se pongan de pie. ABBA is almost here.

—

20:04 horas. El Arena se va a negro. Esto va a comenzar.

Suena una música, no sé bien cuál es, luego un sonido computacional, un teclado se escucha, luces en el escenario, emergen desde el suelo los cuatro integrantes y luego cada uno se ubica en su posición. Benny se sienta en el piano, Björn toma su guitarra. Anni-Frid y Agnetha van al frente, toman sus micrófonos.

Y la voz de Anni-Frid, con su pelo rojo y movimientos joviales, empieza con un emblema de la banda, The Visitors, justo la canción que da nombre al título del disco de 1981, que fue el último que lanzaron antes de terminar su carrera.

“I hear the doorbell ring and suddenly the panic takes me”, canta y se pasea por el escenario. Ella está ahí, con su piel, pelo y porte congelado en 1979, la última vez que se presentaron en vivo en un concierto.

Es real, no sé cómo, pero yo retrocedí en el tiempo y veo a Anni ahí. Cantar, cantándome, cantándole a tres mil personas tan impresionadas como yo de verla en vivo. El ABBA Arena se desborda, hay más gritos. Llega el coro de The Visitors, y la gente, de todas las edades, tonos de piel y nacionalidades, brinca al ritmo de la música.

La banda en vivo hace lo suyo y permite trasladarse a los 80, con una calidad del sonido fenomenal, las dos pantallas gigantes a los costados del escenario hacen un zoom a los rostros de los cantantes, y me quedo congelado: veo las venitas de su frente, sus ojos son reales, las líneas de expresión están ahí. Se nota su respiración, el pelo se mueve al ritmo de los acordes.

Entre ellos, a pesar de que sabemos que las relaciones no terminaron de lo mejor hace 40 años por divorcios y conflictos, hay complicidad, se miran, Anni se acerca al piano de Benny, coquetea con él, él la mira y le sonríe sutilmente.

Bailan como si no hubiera un mañana. El público desborda de energía.

Terminada la tercera canción, Björn Ulvaeus se queda solo en el escenario. Toma el micrófono y saluda. Sí, saluda. Dice que está feliz de estar en Londres gracias a la tecnología, que este ha sido un gran trabajo y que le gusta verse más joven otra vez. Björn no le miente al público, esto no es una película de un mundo perfecto, son ellos, cuarenta años después usando la tecnología para revivir en el escenario en su mejor momento.

Mientras habla, dice bromas, que a veces no son tan graciosas y espera risas del público, que no llegan, pero es su espera supuestamente en vivo la que genera risas igual. En las pantallas se nota un desfase minúsculo, de menos de un segundo, entre que habla y se mueven sus labios. Es casi imperceptible.

Después la fiesta sigue, pasando por sus éxitos pop más bailables, como Voulez-Vous o Mamma Mia, con varios cambios de vestuario que diseñó Dolce & Gabbana especialmente para la ocasión, cada uno más excéntrico y brillante que el anterior.

El escenario, además, se va moviendo y vibra. Aparecen en otro planeta, luego con trajes de luces, en primer plano, hacen solos y luego cantan en grupos, también hay dos canciones que son con ilustraciones animadas que simulan un viaje, desde el techo se mueven luces que bajan hacia el público, un telón que cubre el escenario permite ver a los artistas muy cerca del escenario. Casi tocarlos.

Hasta que llega una de las partes culmines del show. Un eclipse total de sol, musicalizado por Chiquitita, casi acústico, acompañado por la guitarra de Björn y el piano de Benny.

Pelos de punta, casi lágrimas en los ojos cuando todo se ilumina por un sol gigante y suenan a todo pulmón Anni y Agnetha cantando: Chiquitita, tell me what's wrong. Y la luna a sus espaldas va tapando el sol mientras siguen con 'You'll be dancing once again and the pain will end/ You will have no time for grieving'

El público queda en silencio, solo meneando el cuerpo al son de la melodía, quizá recordando duelos, penas, y vueltas de la vida donde se volvieron a poner de pie. Eso que hace la música, de traer recuerdos y momentos del pasado al presente, está pasando ahora. La luna ya ha atravesado el sol, y Chiquitita termina.

Ha pasado una hora y media del show.

Pero no podía terminar sin uno de los himnos mundiales de la banda: Dancing queen. Los que estaban sentados en la galería se paran, en la pista de baile se acomodan los que se cansaron y dejaron de bailar hace un momento.

Y suena:

"You can dance, you can jive
Having the time of your life
Ooh, see that girl, watch that scene
Digging the dancing queen"

Justo atrás mío una mamá con quien podría ser su hija bailan, abren los brazos, tararean la canción, se abrazan y bailan en círculos en el momento que suena "You are the dancing queen/ Young and sweet, only seventeen/ Dancing queen /Feel the beat from the tambourine, oh, yeah" y ese "yeah" lo cantan desde el fondo del corazón. Imagino así mismo a las amigas septuagenarias con cintillos con estrellas que vi caminando en la calle radiantes rumbo al concierto.

Y aquí pasa algo mágico. Cuando el reloj marca las 21:35 horas, el escenario cambia de color y suena la canción final, una balada con menos energía que Dancing queen, pero que muchos también esperan. The winner takes it all suena con su icónico comienzo "I don't wanna talk" con la voz de Agnetha.

Pero más o menos a la mitad de la canción, cuando muchos están abrazados cantando el coro "The winner takes it all/ The loser's standing small/Beside the victory/That's her destiny" la imagen de las personas en el escenario cambian, y ya no están 40 años más jóvenes.

Son Benny, Anni-Frid, Agnetha y Björn hoy, con los años de verdad, con sus arrugas y sus canas, cantando tan bien como siempre, agitando sus brazos y abrazados ellos también dando la despedida a las 3 mil personas que los vieron hoy, cuatro décadas después de que ABBA dejó de salir en grupo y en vivo, pero que no dejó que el mito muriera.

La música se detiene, ellos se despiden, y caminan todos juntos hacia atrás del escenario. Queda una sensación extraña, de alegría inmensa y de tristeza al mismo tiempo. Marcus, el holandés, se seca una lágrima, quizá es la décima vez que llora en la misma parte de un concierto histórico.

Descansa, Pepe, que aquí seguimos

Por Vivian Robles Castañeda

Caminaba rodeado de campo y debajo de un sol sofocante, a ocho mil kilómetros de mi Ciudad de México. Tenía que llegar a la carretera donde, con suerte, encontraría transporte para volver al hotel, pero en mi mente sólo habitaba un pensamiento: le había entregado mis palabras al Pepe.

Cuando supe que iría a Argentina, uno de los primeros deseos que tuve fue el de pasar a Uruguay a conocer a José Mujica. Recuerdo que, en esas semanas previas al viaje, caminaba por las calles de mi colonia ensayando las palabras y preguntas que quería hacerle. Me estremecía de imaginarlo. Estar frente a él, escucharlo y poder sentir un poco más de su fuerza, esa fuerza que tanto emanaba, en cada discurso, en cada entrevista. Esa fuerza que en momentos de la vida se siente tan ausente. “¿Cómo le haces, Pepe, para siempre volverla a encontrar?”, eso era lo que más añoraba preguntarle. Con ese sueño, partí al sur de nuestro continente.

Me restaban solo unos días para regresar a México, me envolvió el temor de viajar a un nuevo país a seguir ese anhelo. El último impulso fue el de mi amigo Sebastián: “andá, ve”. Lo decidí la mañana del sábado 3 de mayo de 2025 y para las 6:30 pm ya veía el atardecer en Buenos Aires desde un barco que cruzaba el Río de la Plata.

Llegué a Montevideo y me invadió esa mezcla de ilusión y miedo. Todavía en la mañana del domingo 4 de mayo dudé en ir, si acaso era buena idea. Vi algunos videos que mi gran amigo Enrique, con quien comparto mi admiración a Pepe, me mandó para ubicar su casa.



La chacra de Rincón del Cerro, alrededor de 17 kilómetros del “Hotel Uruguay” donde había pasado la noche. Tan cerca no podía acobardarme. Y menos por lo último que sabía sobre su estado de salud, sobre la paz que había pedido que le dieran.

Modifiqué la misión, no quería violentar su tranquilidad. Le escribí una carta breve. Las preguntas esenciales eran las que había pensado durante las caminatas en la colonia Escandón. ¿Cómo resistir? ¿Cómo seguir aferrándose a hacerlo desde el amor? De ello le escribí. Del amor como acto político, como forma de ser y relacionarse en el mundo. Como resistencia. De mis momentos de flaqueza. De mi admiración hacia su necesidad de seguir luchando, siempre y ante toda adversidad.

Pedí un transporte y con la pena de ser percibido como un molesto turista, puse la dirección de un campo de fútbol cerca de ahí. Charlé con el conductor, de la ciudad, de fútbol y, casi llegando a mi destino, de Mujica. Me dijo: “a 10 minutos vive el Pepe”. Y sin poder fingir, respondí: “sí, ya había visto”. De la cancha a la chacra caminé por la única vía posible, eludiendo a los pocos automóviles que pasaban. Llegué a la esquina de Camino el Colorado, la calle que me llevaría al encuentro que tantas viví en mis sueños.

Unos pasos antes de llegar, pensaba en la valentía de Pepe. La usaba para seguir caminando, para no echarme para atrás a solo unos metros. Fui recibido por tres perros y nada más. En esos videos de gente que fue a conocerlo, vi que regularmente había un guardia. Mi intención era darle a él mi carta para que la entregara. No había guardia. No había nadie.

Esperé a que alguien saliera. No sucedió. Me asomé a la propiedad y lo vi. Vi a José Alberto Mujica Cordano. Era llevado en una silla de ruedas unos metros más allá. No hablé, me quedé paralizado. Al poco

tiempo llegó un automóvil con un hombre y una mujer. Les pregunté si sabían cómo podía entregarle una carta al Pepe. “Yo ahora lo voy a ver, si quieres se la doy”, me dijo él. La entregué y, en medio de unas cuantas lágrimas, con la piel erizada y con el interior sacudido, partí.

Y ahí me encontraba, al inicio de esta crónica, emocionado, realizado y feliz por haberle dado mis palabras. Andando sobre ese camino por el cual pasó tantas veces el Volkswagen azul tan icónico del expresidente del Uruguay. Conseguí regresar al hospedaje y pasado un rato leí un mensaje: “fue entregado”. Mujica había recibido mi carta apenas nueve días antes de exhalar el último suspiro de fuerza.

Pepe, “triunfar en la vida es volver a empezar cada vez que uno cae” y en efecto, así como lo querías, es la lección más importante que nos dejas. Porque desde esos conductores en Montevideo que se emocionaban al escuchar mi misión, pasando por los amigos sudamericanos que impulsaron mis pasos hacia tu chacra, hasta mi México y todo el resto del mundo a donde tu voz llegó con contundencia y esperanza, todos, todos nos quedamos con algo de ti. En ese sentido que le diste a tu vida, el de querer cambiar el mundo, acompañaste, aun así fuera a miles de miles de kilómetros de distancia, a esas almas que, como yo, a veces nos sentimos solitarias y con falta de fuerzas para seguir intentándolo, para volver a empezar.

El mundo que nos tocó vivir tiene la fortuna de haber tenido a ese “viejo medio loco” que nunca dejó de levantarse, de insistir, de luchar. Me alegra haber escuchado en alguna entrevista que morirías feliz, que estabas en paz y que te daba tranquilidad ver que habría quienes continuarían en esa causa por la que entregaste tu vida. Nos toca a nosotros seguir levantándonos, seguir insistiendo, seguir luchando.

“El guerrero tiene derecho a su descanso”. Amigo, como así me referí a ti en esa carta que representó un sueño cumplido, descansa, que aquí seguimos.

PRIMER ENCUENTRO DE

PERIODISMO NARRATIVO



cf FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

proceso

ANIMALPOLÍTICO

siglo veintiuno
editores

AFP
FRANCE

MARVIN

ibero
90.9

purgante

LIBRERÍA DEL FONDO
ROSARIO CASTELLANOS
CENTRO CULTURAL BELLA ÉPOCA

Volver a Juan Manuel Torres *

Por Jesús Nieto

Eran los primeros días de enero del 2011 y visitábamos, Lola y yo, el Leopold Museum en Viena. En medio del fascinante recorrido por las obras de los grandes maestros austríacos del siglo XX, dimos con un cuadro que me capturó enseguida, pero lo que terminó de llamar mi atención fue descubrir en la ficha el nombre del autor: Albert Paris Gütersloh. Sólo tenía una referencia de este pintor y escritor vienés, el epígrafe con el que comienza *Didascalias*, la única novela publicada por Juan Manuel Torres: “Nos hallamos totalmente conscientes del significado de nuestro credo, o sea que, el principio de una novela es y debe ser casual y que su fin puede y debe ser retrasado lo más posible; de ninguna manera es válido decir que una novela lleva un fin determinado; sólo el cansancio o la muerte del autor lo provocan”.

No estoy seguro de poder identificar en qué momento Juan Manuel Torres se volvió una obsesión. Quizás fue ante la dificultad de hallar sus libros después de fatigar librerías de viejo en el Centro Histórico de la Ciudad de México, Coyoacán, las colonias Roma, Juárez, Narvarte y Del Valle. Cada vez que he corrido con suerte, he comprado un volumen de *El viaje* y luego se lo he regalado a alguien que considero puede apreciarlo. Fuera de la capital, lo hallé una ocasión en Morelia. Procuro siempre quedarme con un ejemplar de repuesto, porque sé lo difícil que es dar con otro, más si se trata de la edición original en la serie *El volador* de la editorial Joaquín Mortiz.

Juan Manuel Torres nació en Minatitlán, Veracruz un 20 de abril de 1938 y murió casi 42 años más tarde, en marzo de 1980 en el Distrito Federal. Chocó en la calzada de Tlalpan de camino al aeropuerto para recoger a su entonces pareja, la actriz Delia Casanova. Había estado bebiendo en casa de Sergio Olhovich, el director de cine. Y justo ese día iba en el bochito y no en un carro lanchón de un tono morado horroroso que tenía, a decir de Gerardo de la Torre, quien fue a reconocer el cuerpo con Delia y luego a escoger una corbata y un traje para vestir el cadáver.

En esos años, Torres se dedicaba al cine. Poco puedo decir de sus películas, pues son tanto o más difícil de conseguir que sus dos libros. He visto *La otra virginidad*, que le valió un Ariel en 1975 y da cuenta de su interés por hacer películas disruptivas, provocadoras en cierta medida obsesionado con personajes adolescentes siempre al borde de la vida y la muerte, como bien ha observado José de la Colina. También vi *El mar*, casi por casualidad gracias a que mi suegro la pescó una ocasión en el canal De película y le pedí que la grabara. Siendo franco, prefiero, por mucho, su cuento homónimo, en el que se basa la adaptación cinematográfica.

En 2009 encontré un ejemplar de *Didascalias* (edición de Era, 1970) en uno de los locales de libros de Miguel Ángel de Quevedo. Dejé en pausa lo que leía por entonces y me sumergí en esa extraña novela que no termina de iniciar y tampoco termina de acabar nunca. Los personajes se desdoblán en sus alteregos, la trama se desanuda y se vuelve a enredar: juegos que podríamos identificar como cortazarianos, semejantes a las estrategias de 62, *modelo para armar*. Más que de influencias, me parece que se trata de búsquedas similares la del argentino y la del mexicano, pues como se verá más adelante, Torres pasó parte importante de los años sesenta lejos de América Latina, al igual que Cortázar. Seguramente leyó más a Julio de vuelta en México que en los primeros sesenta.

En aquella ocasión terminé de leer la novela y no me quedó más remedio que recomenzarla, pues empieza literalmente por el final y termina con el principio. El dispositivo novelesco de Torres se puede leer tal cual como sus didascalias, notas para una obra de teatro o una película que siempre deseó realizar y nunca halló la manera. Parte del pacto que establece con el lector es que todo es siempre provisional, hay algo que está a punto de comenzar pero no se sabe bien cuándo ni dónde. La novela sirve como metáfora de la vida.

En una entrevista de Adriana Cortés Koloffon para *Milenio*, el académico español José Luis Nogales Baena sugiere lo siguiente a propósito de la narrativa del veracruzano: “El año pasado en Marienbad, de Alain Resnais, era una película que le gustaba mucho. Allí las escenas paralelas solo se comprenden si se las piensa como posibles deseos incumplidos. Creo que Torres hace algo muy parecido en *El viaje* y en *Didascalias*. Una forma de soñar conscientemente”.

El corpus literario de Juan Manuel Torres se suscribe a esos dos volúmenes, el libro de cuentos *El viaje*, publicado originalmente en 1969 a su regreso de Polonia y la novela *Didascalias*, además de algunos cuentos dispersos en revistas. Previo a eso, en 1962, la época en que organizó un cineclub al lado de Paul Leduc en la Facultad de Filosofía y Letras al tiempo que estudiaba psicología, escribió el quinto número de la colección Cuadernos de Cine de la UNAM en torno a las divas del cine italiano en el cual ensaya algunas ideas acerca de la musa del director cinematográfico que no tiene desperdicio. Transcribo un fragmento:

Quien cree en el hombre, cree en los mitos. Toda invención, todo sueño, refleja las necesidades humanas. El amor es una necesidad; por eso, los solitarios, los poetas, no dudan en violar la realidad, en trastocar el universo y el orden de las cosas, para encontrar el amor. [...] La pasión es el único medio de llegar al hombre. Quienes se conforman, quienes se resignan, están condenados al silencio.

De ahí sigue una digresión acerca de la figura de la diva en el cine, siempre como ese ideal inalcanzable, y después aterriza en las personalidades del cine italiano que son retratadas en el volumen.

De alguna forma, el tema del amor como imposibilidad vuelve una y otra vez en su obra, concretamente en el relato “El viaje” que da nombre a su primer libro y que es difícil de clasificar como cuento; pues no es una historia en sí con inicio, nudo y desenlace, sino una narración que remite al tránsito por el Cielo, el Infierno y el Purgatorio, más en sintonía con Hermann Broch, a quien refiere constantemente, que con el relato dantesco. Al final es, ante todo, un diálogo con las propias obsesiones de Torres, y el tema del amor se pasea por esas páginas al lado de cuestiones políticas, las dudas con respecto al actuar consecuente desde una perspectiva socialista. Torres va y viene con las discusiones tópicas de los años sesenta. Siempre lamentó no haber estado en México durante el movimiento social de 1968.

Torres es uno de esos autores a los que pareciera que los personajes y las atmósferas lo perseguían para que escribiera. Aunque sería simplista considerar los cuentos de El viaje como autobiográficos, es indiscutible que su creación debe mucho a las vivencias del propio escritor durante su estancia (de 1962 a 1968) en Europa cuando estudió cine en la escuela de Łódź. Su manera de contar historias (y quizás resulte obvio decir que su lenguaje audiovisual también) debe mucho a la formación de aquellos años. Lector ávido y experimentado, se empapó de las literaturas polaca y alemana de la época y fue uno de los primeros traductores de Bruno Schulz al español.

No es que Torres sea un cronista de viaje, ni un paisajista, se trata en todo caso de un buscador incansable que dio con formas de cuestionar el mundo en esos territorios ajenos, en esa lengua que se

e volvió propia. Estuvo casado con la polaca Jolanta Garbowska, y tuvieron una hija: Claudia, que vivió en México y luego volvió a la tierra de Andrzej Wajda y Roman Polanski, quienes fueron, por cierto, maestro y condiscípulo, respectivamente, de nuestro personaje en Łódź.

Hoy que la autoficción se ha vuelto una modalidad narrativa muy socorrida y un tema recurrente en la literatura latinoamericana, viene muy bien releer a Torres. Por fortuna, Mónica Braun de la editorial Nieve de Chamoy, en un esfuerzo conjunto con la Universidad Veracruzana y el Instituto Veracruzano de Cultura se dio a la tarea junto con José Luis Nogales Baenea de organizar una edición de la obra escrita completa de Juan Manuel Torres. Se consiguen ya los dos primeros tomos (2020, 2021) que abarcan su narrativa y algunas traducciones del polaco. Tengo entendido que el proyecto pretende publicar inclusive los guiones cinematográficos, pero no tengo noticia de que hayan salido a la luz los tomos 3 y 4.

El estudio del académico español Nogales Baena, quien ha trabajado a fondo la correspondencia de Sergio Pitol, así como los análisis comparativos de las traducciones y comentarios realizados por Monika Dabrowska y Ewa Kobyłecka-Piwońska, incluidos en el primer y segundo tomos, revelan una relación muy estrecha entre las traducciones del polaco de Juan Manuel Torres y Sergio Pitol.

Por lo que entiendo del análisis que hace Nogales Baena de la correspondencia entre los dos amigos (las cartas de Pitol a Torres están perdidas, aunque se conservan las de Torres a Pitol), Juan Manuel enviaba traducciones desde Europa a Sergio, quien estaba a cargo de la editorial de la UV. Se intuye que en aquellos años sesenta, los pesos mexicanos eran muy apreciados en la bolsa del joven estudiante en Polonia quien ya estaba casado y tenía una hija pequeña. Puede asumirse que las traducciones de Gombrowicz y

Schulz, publicadas por Pitol, mucho le deben a la colaboración entre Juan Manuel, que tenía un mejor conocimiento del polaco, y Sergio, que dominaba el lenguaje literario en español.

Como lo expresa Nogales Baena con respecto a la traducción del cuento “Los pájaros” de Bruno Schulz: “La versión final era de Pitol, pero la mano (invisible) de Torres estaba presente.” Aunque a veces pareciera muy difícil de definir qué es de quien, y entre la correspondencia extraviada y la existente se pierden muchos detalles, lo que se puede afirmar es que varias de las traducciones firmadas por Pitol merecerían el crédito de coautoría con Torres.

La primera versión de Las tiendas de canela, para la que Juan Manuel fue contratado por Sergio, quien estaba a cargo también de la revista La Palabra y el Hombre de la UV en Xalapa, se quedó inédita. Casi dos décadas después, en 1986 el libro fue publicado por la UNAM en la colección La Línea de la Sombra, dirigida por Pitol, sin créditos de traducción, salvo por “Los pájaros”, firmado como traducción del propio Pitol.

Ya en los años setenta poco le importaban esas traducciones al autor de El viaje, según contaba su amigo Gerardo de la Torre, a quien conoció en la librería del exiliado español Polo Duarte. Cuando volvió a México, luego de publicar sus dos libros, Juan Manuel se decepcionó ante la escasa resonancia que tuvieron en el medio literario. De qué servía que Carlos Fuentes dijera que Didascalías tuviera valor o que Julieta Campos hiciera una reseña positiva de sus cuentos. Poco dado a la disciplina necesaria para ser escritor, Juan Manuel se dedicó un tiempo a la publicidad, luego a hacer programas de televisión, cine, a seguir los partidos de la serie mundial de béisbol, y a emborracharse y enamorar actrices. Pitol a su vez fraguó una carrera literaria. Uno murió a los 42 y el otro vivió para obtener el Cervantes en 2006.

En la ya citada entrevista para Milenio, José Luis Nogales Baena explica que Enrique Vila-Matas se ha llegado a autonombrar el segundo hermano oscuro de Sergio Pitol, siendo Juan Manuel Torres el primero, así identificado por Héctor Orestes Aguilar.

En los escritos de Juan Manuel no se deja ver una radiografía social de los jóvenes de clase media, como es el caso de las novelas distintivas de autores de su generación como Gustavo Sainz, Parménides García Saldaña o José Agustín, ni de la clase obrera como en el caso de Gerardo. Lo que ofrece este raro autor, más emparentado con el ala surrealista de la vanguardia que con el mundo de literatura beat, y quizás con la poética de un Juan García Ponce, es una apuesta por la exploración de temas filosóficos o morales, y una experimentación con la narrativa que redunde en juegos verbales que al mismo tiempo son existenciales. De la misma casta que Hamlet y que muchos personajes de Chejov, o aun de Joyce, Torres vuelve al tópico del adolescente que desea profundamente romper el espejo artificioso que ofrece la adultez para desengañarse de una vez por todas, aunque en el intento se le escape la vida por una ventana no prevista.

Ahora estamos en 2014 de viaje por Yucatán con la familia de mi esposa. Nos hemos quedado un par de días en Progreso para constatar ese aire de nostalgia sempiterna que tiene el viejo puerto. Hay un muelle que estoy seguro es el que aparece en la versión fílmica de El mar por el cual el personaje encarnado por Arturo Beristáin lleva en silla de ruedas al profesor, protagonizado por Claudio Brook. Se lo voy diciendo a Rodolfo, mi suegro, mientras él captura en la cámara unas gaviotas que se acercan a los pescadores, quienes practican su oficio un poco por tradición y otro tanto porque saben que a los turistas les gusta evocar un pasado inexistente.

El viento es inclemente en Progreso. De eso da cuenta la poca vegetación que se agita con el meneo. Rodolfo dispara y vuelve a disparar haciendo alarde de su proverbial ojo para congelar instantes. Ahora se coloca en cucullas, ahora se acoda en el muelle y mientras tanto su sombrero Panamá va a dar al mar. Hacemos esfuerzos inútiles por recogerlo.

El Panamá (¿o era en realidad un auténtico jipijapa?) avanza a un ritmo lento pero imparable y el viento le juega a favor, parecido a como ocurre en el cuento de Torres, donde el viento arrebató el sombrero de Harriet en la playa de Sopot. Está por demás averiguar su paradero. Allá va un sombrero para Juan Manuel Torres.

*Esta es una versión aumentada del artículo que se publicó en el suplemento Tachas de eslocotidiano.com en 2018 con el título "En busca de Juan Manuel Torres".

Buen tirador

Por Edu Prado

Ingreso por unos torniquetes; al pasar, del lado izquierdo se ubica una mesa. En ella, dos oficiales nos piden colocar nuestras pertenencias para someterlas a una inspección exhaustiva. La seguridad es rigurosa. Estoy al interior de la base CONTEL para mi práctica de tiro. El lugar fue alguna vez el búnker de la Policía Federal. Ahora le pertenece a la Guardia Nacional; es un acorazado y se encuentra en la alcaldía de Iztapalapa, sobre el Anillo Periférico Oriente. Al ingresar, diviso al frente un edificio con grandes ventanales polarizados; al costado izquierdo, el asta bandera; a la derecha, un helicóptero que funciona como pieza de museo.

Dos oficiales dan las instrucciones y otro nos divide por pelotones de once. Posteriormente, en orden, ingresamos al stand de tiro. El lugar es muy grande: en la entrada hay un pasillo que lleva a los sanitarios; arriba, una oficina que es ocupada por los encargados. Al frente alcanzo a ver un patio amplio; en los costados, vehículos estacionados: son de la Guardia Nacional. Marchamos. Después de avanzar unos metros, nos dan la orden de parar. A mi pelotón lo acomodan en hilera, mirando hacia el frente; los otros, igual. Una voz retumba en el lugar:

—Nadie se mueva. Si necesitan ir al baño, levanten la mano. Si los encontramos deambulando, se van de la práctica—.

Al frente solo veo una silueta.

Cada uno recibe de los instructores cuatro armas diferentes: pistola Beretta, subametralladora Mendoza, subametralladora Bushmaster y

fusil Galil. Nos entregan 150 cartuchos y ocho cargadores, los cuales abasteceremos al momento del tiro. Los instructores prohíben capturar fotografías con el móvil.

—Si los trabamos con el celular, se van arrestados—.

Uno nos amenaza con voz estridente.

Espero mi turno para disparar; pienso que soy un cazador en busca de su presa. Mis compañeros se encuentran entusiasmados; nadie se ve atemorizado. Cada uno está inmerso en sus armas: pareciera que cargan un bebé entre los brazos; las tocan, palpan, huelen, acarician y besan. El cansancio después de una jornada de trabajo se olvida, porque nuestra furia se convertirá en un disparo. Nadie porta goggles, orejeras o tapones en los oídos. Fueron prohibidos. Los instructores dicen que debemos familiarizarnos con el sonido de un arma al detonar, para no sentir miedo en una reacción fuego contra fuego.

En películas o series policiacas (gringas), que se han popularizado entre los televidentes mexicanos, representan a un policía vistiendo equipo especial, mientras sostiene entre sus manos un arma y concentra su atención en distintas siluetas mecanizadas, y en la pantalla vemos el acierto de sus tiros. Pero aquí, en el tercer mundo, la realidad supera la ficción: parecemos bestias enjauladas.

Son las 11:00 a. m. y los instructores deambulan de un lado a otro con sus gadgets en mano. Estamos impacientes por la espera. Escucho murmullos que se ahogan por una voz que irrumpe el momento:

—Comandantes, usar armas es cosa seria —con precaución

manipula el fusil Galil que trae colgado en su hombro derecho—. Tengo doce años de servicio y lo que he visto... Algunos se han pegado un tiro por descuido. Otros más se han suicidado.

Escucho atento; verifico si mis armas traen el seguro puesto. Todo en orden.

—Cuando estemos en la línea de tiro, no hagan pendejadas. Si se encasquilla su arma, levanten la mano; mejor que les digan pendejos.

El mando que está a cargo grita con energía:

—¡Es hora de la intervención, prepárense para la ráfaga!—
Cada pelotón toma su posición.

Estoy agitado; las manos me sudan y mi corazón palpita acelerado. Caigo en cuenta de que, si William Burroughs y Hunter S. Thompson ocuparan mi lugar, estarían embelesados. Uno jugaría con ser Guillermo Tell; el otro, un Ángel del Infierno.

Faltan dos pelotones antes de pasar a la línea de tiro. La práctica se interrumpe; nuestras miradas giran hacia el lado izquierdo. Los instructores corren en apoyo de una policía. El silencio que se forma ante la escena nos permite escuchar el sollozo de nuestra compañera.

—No quiero disparar, ¡tengo miedo!—

Su voz se hiende por el llanto y en sus manos sostiene una Beretta.

Nadie puede moverse de su posición; fue prohibido por los instructores. Otro se le acerca con precaución, le habla; no escuchamos lo que conversan. Están así por varios minutos; al final, controla la tensión. Después, los disparos invaden el silencio.

Es mi turno. Con las palmas de la mano froto mi cara para relajarme. Toco con los dedos las bolsas de los costados de mi pantalón; quiero sentir los cartuchos. Antes de llegar al pie de tiro nos retiran las armas, pero la ilusión no se acaba: sobre el piso están las armas que utilizaré. A nuestro costado, sobre el suelo, hay una cartulina; en ella está dibujado un símbolo. El cruce de marcas funciona para contabilizar los aciertos de los disparos. La orden es colocarla al frente y pegarla con cinta adhesiva en un hilo de alambre que cuelga. Todo es rápido; no se permite equivocarnos. Las voces de los instructores se tornan agresivas:

—¡Apúrenle, comandantes! Si ahorita mismo hubiera fuego real, estarían muertos—.

De inmediato nos acomodamos en nuestras posiciones.

Para pasar la prueba, cada uno deberá practicar cuatro posiciones: Isósceles, Weaver, de pie y tendido. Antes de abastecer los cartuchos en su cargador, el instructor que está al frente ordena tomar el fusil Galil. Pide realizar las medidas de seguridad. Las hago: retiro el cargador del arma, cerrojeo dos veces y observo la recámara para verificar si no hay cartucho; está vacía.

Luego tomo un cargador y lo abastezco con 30 cartuchos calibre 5.56 milímetros. Introduzco el cargador en el fusil; escucho el clic que hace al sujetarse. Me la cuelgo sobre el hombro derecho, la acomodo y posiciono el arma de tal manera que el cañón mire hacia el piso. El instructor grita:

—¡Comenzaremos practicando en la posición tendido!—

Trae puestos unos lentes oscuros mientras nos observa cuidadosamente, mostrando una ligera sonrisa.

Tengo ansiedad y, para controlarme, ambiciono mi venganza: pienso en mi arresto, que me hizo sentir un leproso a causa del suboficial Mondragón. Le guardo odio y su rostro lo vislumbro al frente de esa cartulina. Quiero disparar mi rabia.

La vida de un policía pende de un hilo cuando enfrenta disputas armadas, pero logra protegerla si utiliza adecuadamente su armamento y efectúa un disparo certero, a veces fortuito. Desarrolla su instinto como tirador, así como el boxeador busca un nocaut que ponga a su rival bajo la lona; un policía hace del arma su herramienta mortífera. Pero también, su acto lo llevará a debatirse entre la moral de esa justicia que pretende defender.

—¡Todos, tendidos al piso!— grita el instructor.

Acomodo en mis manos el fusil Galil y siento todo su peso, provocando que los brazos comiencen a temblarme. Caigo en cuenta de que las palabras del instructor Narváez eran ciertas: “deben ejercitar sus brazos, haciendo lagartijas para soportar el peso de sus armas”.

Se hace un silencio. Inmediatamente me tiendo sobre el piso y miro las vainas de los cartuchos regadas por todo el lugar. Trato de mantener la respiración, pero me encuentro agitado. Recuesto mi cuerpo acomodando mis codos sobre el piso para que sirvan de soporte a mis manos cuando cargue el fusil. Mi brazo izquierdo soporta todo su peso; me tiembla. Con mi brazo derecho mantengo las líneas de puntería para acertar los disparos. La culata la sujeto con la mano derecha y mantengo la tensión en el

disparador. Pego la cabeza al arma para controlar las pulsaciones de mi corazón; es inútil: me late como si fuese un pistón. Separo mis piernas suavemente para formar un arco de treinta grados; es incómodo. Trato de acomodarme y sentirme seguro cuando realice los disparos, pero el cinturón de mi pantalón me estorba: la hebilla se encaja en la carne.

Percibo el olor a pólvora que inunda el ambiente. Mi resuello levanta el polvo del piso; lo respiro y quiero estornudar. Un hilillo de sudor comienza a recorrer mi frente, escurriéndose sobre mi sien derecha. No puedo secarlo; si no, perderé la concentración.

El manual de disparo recomienda mantener el cuerpo relajado, respirando suavemente, y así obtener un tiro certero. En este momento, valen para pura madre.

—Coloquen el selector de fuego en ráfaga.

—Listos. Cerrojar el arma. A mi voz: ¡fuego!

Se escuchan las metralas; me asustan, vacilo en accionar el disparador. De pronto, advierto en esa cartulina la risa socarrona de Mondragón. Siento odio y sujeto con más fuerza el arma. Tomo valor y apunto al frente; con determinación hago los disparos. Miro un destello de luces en colores amarillo, naranja, rojo y blanco; mi vista se nubla. El ruido se ahoga con el olor a pólvora que se queda en el ambiente.

Mi excitación duró lo que un orgasmo. Quito el cargador del arma, lo coloco sobre el piso, a un lado del fusil. Me pongo en pie y me acerco al cruce de marcas para observar cuántos tiros acerté. Vaya sorpresa:

Todos mis disparos son errados y la cartulina quedó intacta. El instructor se pone al frente, se quita sus gafas oscuras y en su rostro miro cómo se contiene para no gritar que soy un pendejo.

Mi venganza puede esperar, porque no soy un buen tirador.

La noche en que me quedé sin **Mundial** ni trabajo

*A los extrabajadores del periódico Opinión, por honrar
el mandato del doctor Sócrates: lo dejamos todo en la
cancha no para ganar, sino para que no nos olviden.*

Por Santiago Espinoza A.

**Cochabamba-Monterrey,
noche del 26 de marzo, madrugada del 27**

Estoy borracho. Bien borracho. Aún tengo trabajo. Y una ilusión a la que me aferro con uñas y dientes. Bolivia acaba de ganarle 2-1 a Surinam en el primer partido del repechaje para el Mundial de Fútbol 2026, jugado en el estadio BBVA de Monterrey, al norte de México. Aún sigo en trance. No estoy en Monterrey, estoy en Cochabamba, la ciudad de Bolivia donde vivo y trabajo como periodista de un diario. Me he reunido en un bar futbolero con colegas más jóvenes, todos extrabajadores del periódico donde yo sigo resistiendo aun a costa de mi salud financiera y emocional: me deben 10 meses de salario. Pero eso ahora mismo importa poco o nada. Lo que importa es que la Verde, como le llamamos al seleccionado de Bolivia, está a solo un partido de volver a clasificar a una Copa Mundial después de más de 30 años. La última vez que la jugamos (y desde ya, me disculpo por usar la primera persona plural) fue en EEUU 94, gracias a una histórica campaña de Eliminatorias protagonizada por la generación más gloriosa del fútbol boliviano.

Los colegas se van. Mañana es viernes y, después de todo, ellos sí tienen trabajos con futuro. Yo me largo a otro bar, con amigos tanto o más viejos que yo y, más importante, tanto o más borrachos aún. Mientras las botellas de cerveza se amontonan, un amigo me convence de ir al Prado, un paseo céntrico donde suelen celebrarse las glorias futbolísticas y otros rituales menores: desfiles cívicos, entradas folclóricas, movilizaciones políticas. En las aceras, los jóvenes se agolpan sin prisa ni orden. Exhiben con orgullo sus camisetas verdes, repasan sus caras pintadas con los colores de la bandera boliviana, coquetean sin descanso y caminan siguiendo el estruendo de fiestas improvisadas. Por la calzada avanzan y se detienen vagonetas con más jóvenes, sacando medio cuerpo por las ventanillas, torturando sus bocinas, gritando a voz en cuello “Bo-bo-bo, Li-li-li, Via-via-via”, soltando petardos hacia donde sea. En los locales, los más viejos se emborrachan sin contemplación. Mi amigo y yo nos metemos en el único donde hallamos una mesa disponible. Las cervezas vuelven a apiñarse en la mesa hasta que mi acompañante desaparece y yo me largo con unos poetas chilenos en busca de hamburguesas callejeras. Deben ser las 03:00 del viernes. Debería irme. En unas pocas horas más será el almuerzo de despedida de los trabajadores del periódico, que pronto seremos desempleados.

En el taxi que me lleva a mi casa, recapitulo la gesta que está a punto de devolvernos a un Mundial: comenzamos las Eliminatorias perdiendo cuatro partidos al hilo, apenas logramos ganar en la quinta fecha para volver a perder en la siguiente; pero volvimos a la vida entre la séptima y novena, al enganchar tres victorias consecutivas (incluida la primera como visitantes tras 32 años) que nos dieron aire para la recta final en la que perdimos cuatro juegos,

empatamos dos y ganamos dos más, hasta sumar los 20 puntos con los que nos ganamos el derecho al repechaje. Podría seguir recordando goles y festejos, abrazos y gritos, angustias y desahogos, pero ya estoy en mi casa.

Pocas horas después, sin saber cómo, llego a las oficinas del periódico para grabar un podcast futbolero en el que los panelistas le juraremos amor eterno al carrilero Diego Medina y al arquero Billy Viscarra, dos de los héroes del triunfo de hace pocas horas. La charla concluye y nos vamos a almorzar. Aunque el clima es aún festivo por el éxito deportivo, la comilona sabe a velorio. Fabulamos con prestarnos dinero para viajar a Monterrey para la final del repechaje. Nos reímos del desconocimiento sobre nuestro rival. Revelamos dónde esperamos ver el partido. Aun así, lo que respiramos no es dicha ni esperanza. Es pena y miedo. Nadie lo dice, pero intuimos que esta será la última vez en que estaremos juntos los más de 20 periodistas, diseñadores, prensistas, publicistas y administrativos que perderemos nuestros empleos en cuestión de cuatro días, porque ya nadie paga por leer periódicos ni cree en la utilidad de subvencionar el trabajo periodístico.

No soporto más. El alcohol me ha hundido en ese limbo insufrible que no es borrachera ni sobriedad. Estoy con ch'aki (eso que llaman cruda o resaca), un ch'aki atroz que me impide permanecer quieto y sonriente. Acabo mi plato y me retiro. Solo quiero pensar en la final que debemos ganar para jugar el Mundial e integrarnos al grupo I con Francia, Senegal y Noruega. Mbappé, no abuses de la gambeta con nosotros. Kanté, acuérdate que ya nos enfrentamos en un amistoso. Haaland, cuida esa coleta rubia. Ya me estoy adelantando. Primero lo primero: Irak. La selección asiática será nuestro rival en el compromiso que se disputará en Monterrey la noche del martes 31, pero que, por diferencia horaria, en Bolivia comenzará a las 23.00 de ese día y finalizará a la 01.00 del miércoles 1. Abril me espera, nos espera.

Santa Cruz-Cochabamba-Monterrey, noche del 31 de marzo, madrugada del 1 de abril

Estoy sobrio. Más sobrio de lo que quisiera. Y sin trabajo. Y lo que es peor, sin Mundial. Bolivia acaba de caer ante Irak por 2-1 en el cotejo final del repechaje jugado en Monterrey. No puedo explicarlo, pero, en medio del aturdimiento con que enfrento las primeras horas del miércoles 1, que deambula pesadamente aún a oscuras, me vienen a la cabeza los versos finales de “Los hombres huecos”, de T. S. Eliot: “Así es como acaba el mundo / No con un estallido sino con un gemido”. No es que quiera citar textualmente al poeta. En realidad, quisiera rectificarlo. Me temo que, si el mundo se acaba, no es con un estallido, tampoco con un gemido, sino con un silencio. Acaba con un silencio. Es lo único que “escucho” ahora que mi mundo se acaba. Ni un grito ni un llanto ni un petardo ni siquiera vehículos circulando. La fiesta que debía ser, es un monstruo mudo que no me deja respirar ni hablar ni sollozar. Y pensar que hace solo algunas horas me sentía Leonardo DiCaprio en Titanic: el fuckins “king of the world”.

El lunes, el último día que fui a trabajar al periódico, una compañera editora me preguntó extrañada: “¿Cómo es que estás tan tranquilo cuando falta tan poco para que nos quedemos en la calle?”. A lo que le respondí con una media sonrisa farsante: “Es que le estoy confiando toda mi salud emocional al fútbol. Prefiero no imaginarme lo que me pasaría si no le ganamos a Irak”. Y aunque todos aplaudieron la ocurrencia, lo peor es que tenía algo de verdad. “En serio”, insistí recorriendo con la mirada a los pocos periodistas en la sala de redacción que, como yo, empezaban a recoger libros empolvados, cuadernos desbordados de apuntes, tazas aún oliendo a café y hasta pequeñas plantas para llevárselos. Un silencio sepulcral –acaso anticipatorio del que se apropiaría de todo el miércoles 1 en la madrugada– siguió a mi ocurrencia. Apenas la

disimulaba la letanía de spots publicitarios que desde el viejo televisor de la sala hacía desfilar a viejas y actuales glorias de nuestro fútbol, prometiendo toda clase de promociones y sorteos para ir al Mundial de Norteamérica.

Una providencial invitación a un taller para periodistas me permitió sortear el último día en el periódico. Viajé el martes a Santa Cruz, la capital del fútbol boliviano, la región oriental donde nacen y se forman la mayoría de nuestros jugadores. Además de evitarme abrazos de despedida y promesas de improbables reencuentros, creí que viajar me ayudaría a domeñar la ansiedad por el partido de la noche y, desde luego, entregarme a la ingesta desbocada de cerveza en una ciudad en la que, a 30 centígrados de temperatura promedio, los líquidos se sudan con la misma facilidad con que se los consume. El plan era volver a Cochabamba en la noche, unas horas antes del juego y con una dosis razonable de alcohol en la sangre para festejar el pase al Mundial con los amigos. No fue así.

El vuelo de retorno se demoró y dediqué ocho horas a recorrer la ciudad con una influencer que debía volver en el mismo avión. Todo bien con la celebridad, a la que en la calle y centros comerciales le llovían seguidores para sacarse selfies. Todo bien con hacer las veces de su fotógrafo para surtir de contenido a sus redes. Todo bien, decía, salvo que a ella no le llamaba la cerveza como a mí. Prefería los helados. Visitamos malls, plazas de comida y hasta la Catedral de la ciudad, donde solo se me ocurrió rezar para que Bolivia le ganara Irak. Cuando al fin nos encaminamos al aeropuerto, la ciudad era un hervidero de peatones uniformados de verde, vendedores ambulantes de banderas y edificios iluminados de rojo, amarillo y verde.

En el aeropuerto comenzaron a bombardearme con mensajes y llamadas perdidas. El video de despedida de una compañera del

periódico había sacudido a la comunidad. Todos querían saber más de nuestra muerte, pero yo solo quería volver a tiempo a Cochabamba para ver el partido y emborracharme. El vuelo volvió a retrasarse. Aterrizamos cuando el juego ya había comenzado. Recién llegado a la sala de espera, me detuve ante uno de los monitores aeroportuarios convertido en canal deportivo. Iba a buscar un taxi, cuando un tiro de esquina derivó en el cabezazo con que Irak se puso en ventaja. Me marché vociferando al infinito. Llegué a mi casa a tiempo para agradecer de rodillas el empate boliviano. En el segundo tiempo, el gol definitivo iraquí llegó pronto. Por unos minutos aún albergué alguna esperanza de empatar. Incluso temí definir en penales. Pero, ya después del minuto 70, abracé la resignación. Sabía que el sueño había terminado.

Mientras se sucedían los ataques inanes de la Verde (que jugó en blanco), centros al área siempre despejados por los defensas iraquíes y tiros de esquina invariablemente desperdiciados (tuvimos 18 y ellos 2, pero en 1 nos hicieron el primer gol), volví a recapitular la campaña que nos llevó al repechaje en México. El recuento en mi cabeza ya no fue el mismo de hace unos días, cuando estaba borracho de alcohol y de triunfalismo. Recordé las sendas goleadas que encajamos ante Argentina, Brasil, Ecuador, Uruguay y Colombia. Acepté que nuestros triunfos de local fueron posibles porque conseguimos llevar a jugar a nuestros rivales a la ciudad de El Alto, a 4000 metros sobre el nivel del mar. Entendí que sacamos boleto para el repechaje debido a que, al elevar los cupos para el Mundial a 48, la FIFA otorgó seis plazas directas y una indirecta para las selecciones de la Conmebol. Fuimos séptimos de diez, solo por encima de Venezuela, Perú y Chile. Y el acceso a la repesca fue más mérito del artillero colombiano Luis Suárez que de nuestro equipo. En la última fecha de las Eliminatorias, mientras en Bolivia le gritábamos "hora" al referí para que finalizara el duelo que le

ganamos 1-0 a Brasil; en Venezuela, Suárez anotaba un póquer para cerrar una victoria por 6-3 sobre los venezolanos, a los que les habría bastado empatar en su cancha para quedarse con el repechaje.

Con el pitazo final, los iraquíes alzando los brazos y los nuestros desplomados hasta el llanto sobre el césped del BBVA de Monterrey, supe que era momento de marcharme a mi camerino particular. Necesitaba dormir, por más que ya no tuviera un trabajo para el que despertarme temprano.

Son más de las 02.00 de la mañana y aún no puedo conciliar el sueño. He intentado contar ovejas, pero pronto se han transformado en jugadores bolivianos fallando tiros de media distancia. He ingresado a la página de Facebook de mi periódico y no hay una sola publicación sobre el partido. Ya nos echaron a los periodistas con acceso para actualizar la red con noticias. ¿Qué clase de fatalidad es esta que me dejó sin Mundial y sin trabajo la misma noche? ¿Hay alguna conexión secreta entre el mundo del trabajo y el fútbol? ¿Por qué no puedo entender el vínculo cifrado que une al fracaso deportivo con la debacle periodística? ¿El fútbol y el trabajo son mecanismos de evasión colectiva de las desgracias subjetivas? ¿El periodismo escrito, como el fútbol boliviano, es un cadáver al que nos cuesta expedirle su certificado de defunción?

No me respondo a ninguna de estas sandeces. Solo sé que quisiera estar borracho. Y en ese deseo creo que comienzo a entender algo. No hay una explicación arcana a la casualidad de haber perdido mi trabajo y el sueño mundialista al mismo tiempo. Es una cruel broma del destino, ni más ni menos. Sabía que los dueños del periódico nos echarían a la calle el 31 de marzo y, por más que creí asumirlo, terminé refugiado en el alcohol y el fútbol. Me emborraché. De fútbol y de alcohol, dos caras de una misma moneda. Convertí el fútbol en una borrachera por otros medios. Intenté que el fútbol me

salvara de lo insalvable: la pesadilla de perder un trabajo al que le entregué más años y empeños de los que me atrevo a reconocer. Hice con el alcohol lo que tantos otros: beberlo hasta olvidarme de mí. Reprimir el dolor por la agonía del periódico. Adormecer la incertidumbre ante el día después de su muerte. Contarme (y crearme) mentiras. Inventarme ficciones para procrastinar el sufrimiento. Y el sueño mundialista sentó las condiciones ideales para emborracharme hasta la médula.

Ahora que estoy sobrio y el fútbol ha vuelto a romperme el corazón, no me queda más que hacerme cargo de mi tristeza. Ha llegado la hora de volver a verme ante el espejo sin pelotas ni latas de cerveza alrededor. Debería buscar un nuevo trabajo. O quizá no. Debería olvidarme del fútbol por un buen tiempo. O quizá no. Debería dejar de beber. O quizá no. El Mundial está a la vuelta de la esquina y no quisiera perdérmele. Aun con el corazón roto, no podré evitar verlo. A lo sumo me saltaré los partidos del grupo I. Tampoco creo que pueda ver los amistosos de Bolivia con selecciones mundialistas. Después de todo, nuestros derrotados guerreros, a diferencia de mí, aún tienen trabajo. Tampoco descarto acompañar los juegos con algunas cervezas. Ellas no tienen la culpa de mi mala suerte laboral y deportiva. A fin de cuentas, el fútbol y el alcohol, en dosis variables, aún son capaces de proveer no pocas ficciones a la hora de enfrentar las vidas y muertes que acarrea toda existencia. ¡Seco y hasta el fondo!

PENSAMIENTO CRÍTICO

El hombre no soporta el vértigo de la incertidumbre

Por Mariané

El hombre no soporta el vértigo de la incertidumbre, de manera que se empeña con todas sus fuerzas en sostenerse de algo material —jamás basta consigo mismo— para mantenerse erguido. No llega a responsabilizarse de su posición ni del entorno que ha propiciado; en cambio, debe ser a causa de algo más que pueda ver, palpar, medir...

Ya que no tiene de dónde asirse espiritualmente, mitológicamente si se quiere, solo cuenta con su limitada visión para creer, ya no el tacto o, al menos, la escucha; solo se vale del analgésico consumismo, el entretenimiento y la estimulación de los sentidos para continuar levantándose todos los días y sentirse un poco menos miserable por el nihilismo que se escabulle debajo de sus sábanas cada mañana.

Puesto que no logra sostenerse de sí mismo, parece necesitar del reflejo del otro para recordar que está vivo. La pantalla luminosa, el selfie, la moda. Nuestra condena es la vanidad y, mientras tanto, carcome el vacío, el hacer por mandato y no por gracia. Aún menos por amor, ni siquiera de cerca a la ternura.

En su ilusión de control, el “querer” se le desborda de las manos a un punto abrumador, de manera que entonces busca en el otro algún sustento; un poseer o un rechazar. Algo que, de nuevo, le devuelva algo de tranquilidad ante el espiral de su verdadera insignificancia. Proyecta su miedo, su delirio de insuficiencia. Ya que Dios no le acompaña más, es el confort de lo que puede pagar lo que le presta, temporal y superficialmente —es decir, a crédito— algo de calma.

Por defecto, la fantasía femenina del hombre hoy, especialmente de aquel que cree haber hecho su gran trabajo de deconstrucción, sigue siendo la de una mujer dadora de vida; pero ya no son corpóreos nuestros hijos —a los que, de todas maneras, han abandonado a través de la historia—; entre tanto, buscan desesperados la fertilidad en el campo de las ideas, de las pasiones, los paisajes y escenarios donde se mueve la vida de la mujer contemporánea.

Necesita de un útero, del vacío creador, pero no porque esté dispuesto a enfrentarse a ese abismo. Y cuando no tiene el cuerpo que ocupar, el territorio es su horizonte; se lanza a la lucha inútil, olvidando que está inmerso en la tierra que envenena.

A vos, animal político, te tiene que estar matando la culpa reprimida, enmascarada de orgullo e indiferencia, como para que estés amenazando, risible, con la guerra. La caída de tu propio imperio. Un deseo tan grande de autodestrucción que parece implicar la muerte de la humanidad entera.

Hoy vemos hombres de paja, endebles, con su cuerpo tirando al frente en signo de demencia, acaparando los altavoces y disparatando sobre la posibilidad de acabar con pueblos enteros, con los más antiguos cimientos. En su soberbia de machos, se imponen con el estandarte de un cambio, como si no se alimentaran de aquello que criticaron para tener su misma fuerza.

Son estos individuos burlones, ya ni siquiera carismáticos, quienes de forma sarcástica jalan los hilos de nuestra propia desorbitada pretensión: el correr sobre los otros para alcanzar una falsa gloria, el dejar de ver humanos y que los cuerpos empiecen a desaparecer entre las máquinas que nos transportan, porque somos demasiados y las distancias parecen cada vez menos catastróficas.

No creo que la política ni la academia sean el lugar desde el cual aportar sentido a la vida y, con ello, trazar una vida desnihilizada. La vida misma de los varones promedio está tomada por el despojo. Lo que interesa, medianamente, es el renombre: quién aparentás ser, ya sea frente a la multitud o frente a los escasos hombres que te rodean en la miserable cotidianidad. Todavía, si vos, hombre, te enfrentaras a dragones y agravios que pusieran en peligro tu vida, comprendería, pero... no es más que un padre proyectando sus miedos y secos anhelos sobre vos. Obedecés el mandato de un padre sombrío, al que aún le debés la vida, la educación, todo lo que tenés y los objetos que tenderás a acumular.

Se necesita gracia. Mientras tanto, en el hueco insondable de la ignorancia, hermana del conocimiento, el seguir escribiendo y escribiendo nos hace naufragar en la nada. Porque el lenguaje ya se ha malgastado. Ninguno de los conceptos que nos enseñaron —patria, nación, libertad, paz, paraíso— conserva algo de su sentido primigenio. Ya se escurrieron como agua que cayó del cielo, embebida de nueva vida, a la cloaca donde chillan las ratas.

Si tan solo supiéramos valorar la sabiduría innombrable. El mirarnos a los ojos y pedirnos ayuda, mostrarnos vulnerables y errades, humanes. Si existiese alguna respuesta, ha de estar en una presencia menos utilitaria y menos virtual, una que trascienda los sentidos y, simultáneamente, detenga esa generosa atención en el otre que se tiene al frente.

En la **enfermedad**, la cura; el virus lingüístico contra la opresión

“El control de los medios masivos depende del establecimiento de líneas de asociación.
Cuando las líneas son cortadas, las conexiones asociativas se rompen.”

William S. Burroughs, *La Revolución Electrónica*, 1970

Por Emilio Sheleeyx

El devenir histórico contemporáneo se encuentra sometido al funcionamiento de algoritmos que dirigen la conducta político-cultural de nuestra sociedad occidental. Como advierte Néstor García Canclini, nos hallamos en una transición donde los ciudadanos son reemplazados por algoritmos; esta dictadura de la data emana una disciplina de consumo estricta que cosifica el gusto, el lenguaje, la identidad y el porvenir. Estas dinámicas son, en el fondo, la apariencia maquillada del vacío que habita a los sujetos ante un entorno que los fulmina, invalida y enajena de cualquier objeto que nos evoque humanos, reduciendo la agencia política a meros perfiles predictivos.

Hoy día resentimos las implicaciones concretas del uso del algoritmo en las dinámicas rutinarias experimentadas en torno a la realidad virtualizada, ya indistinguible de la física; pues ambas son sociales, ambas tienen consecuencias tangibles, ambas son reales.

Proyectos tecnocráticos como Palantir Technologies nos sitúan en la cúspide de una sociedad disciplinaria descrita por Michel Foucault: un panóptico algorítmico construye el relato de que la violencia es la predominancia cultural y la justificación para la inversión de aparatos supraestructurales que vigilan y castigan; que ofertan para que se

consume, exhiben para que se desee, amenazan para paralizar, imponen el miedo y nos lo internalizan como única percepción del mundo, clausurando cualquier posibilidad de futuro.

Nuestra cotidianidad se impregna de todo ese ruido que modifica el comportamiento. El acercamiento a la estética cedida por el scrolling configura también la articulación o, por el contrario, la desmovilización social.

No hay tejido profundo que sostengamos con lxs otrxs en la brecha digital; la cultura no logra hilarse sin el estado perecedero de las tendencias. La cultura, actualmente, se construye en la lógica de lo caduco, de lo irrelevante, de la impotencia que genera una imagen en tiempos de conflictos, de genocidios y de injusticia.

Parece que hay una especie de liviandad en que los hechos sean o no de cierta concepción ética; lo hegemónico es la posverdad, lo dominante se empecina en la instauración de un fascismo que busca hacer del pánico algo permanente, fundamentado en una tradicional retórica goebbeliana de “mentir tantas veces hasta que la mentira se convierta en verdad”.

Para William S. Burroughs, esa arma opresiva y emancipatoria se halla en el lenguaje, puesto que, para él, la lengua es un virus utilizado por la dominación para dividir y controlar a la masa. Y es la modificación del espacio corpóreo, es decir, simbólico, lingüístico —la amputación del ideario, el cut-up irrumpiendo al ruido mediante el silencio, la creación más que el consumo— una forma sólida de anteponerse, de luchar, de resistir activamente, casi como guerrilleros comunicacionales en las profundidades decadentes de las selvas de la posmodernidad.

En palabras de Burroughs:

“La prensa clandestina (la palabra articulada y organizada) es la única manera efectiva de contrarrestar un poder creciente y las técnicas más

sofisticadas usadas por los medios masivos del establishment para falsificar, falsear, tergiversar, desacreditar por suponer a priori ridículos o simplemente ignorar y negar la existencia de información...”

William S. Burroughs, *La Revolución Electrónica*, 1970, Caja Negra Editora

Estamos ante los peores síntomas del sistema, encarnados en desarrollos de Silicon Valley, creados para exterminar y estandarizar. Si el sistema destruye, la respuesta lógica debería ser la opuesta: crear. ¿Y qué es crear sino una afrenta al abismo y a la extinción? ¿Qué es la estética sino una interpretación figurativa de lo que creemos que significa aquello que antecede a la nada para reconocer al todo, al vértigo y a su caída? Por ende, ¿cómo usar la estética como antídoto de esa figuración que implanta un reino del terror y desesperanza para sembrar belleza y mañana?

La creación de espacios en la interfaz que contengan ese sonido insurrecto que proponía Burroughs, a través de las caseteras, se erige como acción táctica: territorios y mecanismos donde el tejido social vuelva a integrarse a pesar del algoritmo, donde el arte (sobre todo la escritura) consciente, silenciosa, utilice la palabra para volver a ser un objeto político vivo que contagie de revuelta a la otra palabra, la que asesina. Ante un mundo repleto de una orfandad patriarcal, llenada con figuras que la extrema derecha impulsa, la tarea no es solo ser demagogos; la tarea de quien escribe, moldea y revisa lo estético para transformarlo es parir alternativas que se codifiquen en un terreno subterráneo, clandestino, que motive a lo cultural a saberse fuera de la tangente, como un rayo de luz en el actual oscurantismo tecnofeudalista.

Bibliografía:

Burroughs, W. S. (1971). *La revolución electrónica* (Trad. M. Antolín). Caja Negra Editora.
García Canclini, N. (2019). *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. CALAS / Universidad de Guadalajara.

Un disparo y el ruido de la **impunidad**

Por Óscar Alarcón

¿Qué hiciste, mamá? La voz de un hombre en un departamento de Polanco, en la Ciudad de México, se convierte en eco que reproducirán una y otra vez las redes sociales. El tono de las palabras es como quien pide agua o pregunta por la hora, y no como quien acaba de ver que asesinan a su esposa.

Se trata de un empresario de nombre Alejandro, quien estaba casado con Carolina Flores, exreina de belleza de Baja California y madre de un bebé de ocho meses.

El reclamo de Alejandro se escucha después de los sonidos de un arma que acaba de ser percutida. Y le dice a su madre, quien aparentemente es quien acaba de disparar: “Es mi familia”.

Alejandro no suena preocupado. Es más un reproche por tener que levantarse y caminar hasta una de las recámaras que un grito de terror. No se alarma. No se angustia. Se entendería si los gritos le desgarraran la garganta. No hay pánico.

La respuesta de la madre de Alejandro es lacónica, sin emociones, como la de una mamá que regaña a su hijo de diez años porque no quiso terminarse la sopa de fideos. Le dice: “Esa no es tu familia porque tú eres mío”.

Doce balazos recibió la exreina de belleza de Baja California. Su suegra es quien le ha puesto fin a su vida.

¿Feminicidio? Los calificativos, por el momento, parecen no importarle a la Fiscalía, la cual abrió una carpeta de investigación por homicidio doloso, a pesar de los seis disparos que Carolina recibió cerca de la cabeza. Los otros seis los recibió en el resto del cuerpo.

Una cámara de seguridad grabó lo que parece ser el momento exacto en el que Erika María le dispara a su nuera. El llanto que no se detendrá por el resto de su vida es el de su nieto, quien no volverá a recibir un abrazo de su madre.

Carolina fue asesinada. No hay registro en video de la última vez que fue vista con vida. Podría haber muerto el día en que se escuchó cómo se detonaba el arma. O podría haber muerto días antes.

Los balazos retumban y pareciera que le disparan a un bulto, a un cuerpo inerte. No hay gritos que identifiquen a Carolina, no hay grito que nos haga suponer que ese fue su último aliento. Una cámara es la testigo de lo que supuestamente ha ocurrido.

Se abre un laberinto de posibilidades sobre lo que pudo haber pasado, y cada una de las versiones resulta más intrincada y sinuosa que la anterior.

Contradicciones, soledades, feminicidio e impunidad. Nada que no se haya visto en nuestro país.

Se agrega un componente que pareciera será una constante en los próximos meses: la viralización de un video, el cual va ofreciendo diferentes ángulos y nuevas versiones para diluir la verdad.

El laberinto tiene nombre y apellido: Carolina Flores. Conforme pasan los días, la salida se aleja más de la luz.

CONVERSACIONES

J. M. Servín:

“La Ciudad de México es un basurero... y por eso es tan bella”

Por Arturo J. Flores

Me encuentro con J. M. Servín en una cervecería gentrificada de la colonia San Rafael. Lo primero que me confía es que solo beberá sidra. Una existencia bohemia le ha obligado a bajar el ritmo. Una televisión detenida en el tiempo reproduce videos que solo MTV solía proyectar en los años 90, pero el volumen permite que charlemos.

El pretexto de nuestra cita es discutir la actualidad de la crónica, a propósito de la publicación de “Yo soy el Mandrake. Crónicas brutalistas”, que vio la luz a través de su editorial El Salario del Miedo, dedicada desde el año 2008 a difundir textos de periodismo narrativo, especialmente aquellos a los que se puede calificar como Gonzo.

¿La crónica está en peligro de muerte?

Para nada. Hay una sobreoferta de crónica. Hay muchísima gente escribiendo crónica y muchos medios digitales e impresos que hacen pasar por crónica sus relatos costumbristas sin profundidad. Pero la crónica, como tal, creo que mutó a una especie de género literario que surgió del periodismo, pero que ahorita ya no sé si se le pueda llamar crónica.

Yo le llamo literatura mutante, por su versatilidad, por su complejidad y por la gran cantidad de herramientas narrativas que cubre o que puede tener un relato que hoy se conoce como crónica. Puede ser ficcional, completamente subjetiva o recurrir a las áreas de ciencias sociales, a todo. Todo cabe en la crónica. Lo único por lo que se le sigue llamando crónica es porque sigue partiendo de hechos reales.

Leyendo tu libro, y específicamente la crónica “Yo soy el Mandrake”, me resuena algo: hoy hay canciones, contenidos, videojuegos censurados por “apología del delito”. ¿Crees que esa doble moral puede alcanzar la crónica?

Creo que ya alcanzó, no solo en la crónica, sino que también en la literatura y las artes.

Estamos viviendo tiempos muy difíciles para los artistas de cualquier tipo: una moralina asquerosa lo está coartando todo y a todo se le están poniendo etiquetas, y de acuerdo con esas etiquetas morales es como un artista, un escritor, puede ser aceptado o no.

Lo mejor es que no nos importen esas cosas. Tal vez a los cantantes de tumbao les interese.

En tu libro hay un autor que se sienta a platicar con un criminal, con un malogrado boxeador en retiro, con alguien que jura haber sido abducido por extraterrestres... ¿Ser periodista se trata de eso?

No me siento un periodista porque no tengo esa formación. La crónica la he escrito desde mi persona. Encontré en ella una libertad expresiva enorme que yo necesitaba para ir midiendo si avanzaba o no con mi escritura.

Nunca fui un escritor que guardara cinco o diez años una novela para luego aparecer y romperla con ella en el ámbito literario. Entonces, el hecho de que yo me siente frente a los personajes en esas situaciones es parte de una estrategia que utilizo con mis novelas, mis relatos y mis ensayos.

Cada vez que puedo y tengo a la mano a un personaje que me interesa, voy hacia él y dejo que hable, que se exprese, y yo nada más registro lo que me parece interesante para un relato.

¿El Mandrake supo en dónde acabó su historia?

No, la verdad es que la historia del Mandrake partió de una foto que me prestó un amigo, Juan Carlos Ruiz Vargas, porque él fotografió a un asaltante con una pistola, y me pidió que escribiera algo, porque iba a montar una exposición con algunas fotos suyas. Ahora, cuando visitas reclusorios —yo lo he hecho muchas veces— conoces a mucha gente que sí se dedicó a asaltar.

Se me hizo muy interesante que en la crónica de la abducción, la búsqueda de la persona abducida para escribir la crónica termina convirtiéndose en la crónica misma.

Sí, la crónica hoy tiene un poder expresivo que probablemente la novela no, para enganchar a la gente. La crónica toma un hecho que puede ser completamente verdadero o no, pero tú le tienes que dar las herramientas narrativas para que enganche.

Si son mentiras, la gente se va a dar cuenta. Este mundo ya está abierto a la observación de todos. No puedes engañar a un lector vendiendo algo que no es.



¿Te imaginas otro escenario que no sea la Ciudad de México para esos textos?

No. Yo soy un producto de la Ciudad de México. Del melodrama, de la tragedia, del humor negro. He vivido en otras ciudades del mundo, pero la Ciudad de México es un crisol de lo peor de la sociedad contemporánea a nivel global.

Es como el crack de la producción de cocaína: lo último, el basurero. Pero por eso mismo es tan bella, tan atractiva.

Eres, además, un habitante del Centro Histórico, ¿cómo te afecta la gentrificación?

A mí no me afecta porque fluyo, pero me permite mantener el asco. La gentrificación en México representa el clasismo, el racismo y la violencia. El complejo de inferioridad del mexicano que se gasta todo su dinero para aparentar. Es como invitar a los ricos a tu fiesta de XV años.

En tus crónicas hablas del Consorcio, quienes lo conocimos sabemos que fue un templo cutre del periodismo... ¿existe una necesidad de dejar testimonio de la existencia de esos lugares que la gentrificación sepultó?

Sí, claro. Yo vivía arriba. El Consorcio nunca cerraba. Solo lo vi cerrar una vez, en una pandemia anterior, la de influenza, solo dos días. El Consorcio era un valor para la ciudad. Un espacio donde podías transgredir la norma cursi que impone la gentrificación. Prefiero mil veces el Consorcio a los bares nuevos.

¿En El Salario del Miedo, publicas más hombres que mujeres?

No es misoginia. Publico lo que llega con calidad. Esto no es una ONG. Es una editorial.

¿Te importa lo que piensen de ti?

No. Que lo piensen a través de mis libros.

¿Cómo ves el mundo digital y el lenguaje SEO?

Estoy fuera de eso. Yo vivo del papel.

¿Por qué hacer libros si no hay dinero?

Porque es una necesidad vital.

En “Fahrenheit 451”, había un bombero que incendiaba los libros, ¿dirías que el fuego que consume a la lectura hoy en día es la indiferencia?

Sí. El fuego es la indiferencia.

¿Por qué sigues escribiendo?

No lo sé. Y el día que lo sepa, dejaré de hacerlo.

¿Existe el amor en tus libros?

Sí. Pero como derrota. El amor destruye. Es la destrucción más honesta del ser humano.

**** Al final, J. M. Servín sí compartió un par de IPAs con el autor, quizá inspirado por el lema de su editorial: ¡Postre o muerte!****



Angie Lozano: **la virreina trans de Nayarit**

Por Armando Noriega

Angie Lozano, Miss Trans Nayarit 2025, conquistó México con su historia y su fuerza, y ahora llevará su corona y su mensaje de orgullo trans a Ámsterdam

Angie Lozano se despierta con una corona que no termina de creer. La deja sobre la mesa del restaurante del hotel, junto a una taza de café vacía, un vaso de agua y una carpeta. La observa con cautela, como si aún no terminara de reconocerla como propia.

A veces, dice, todavía le cuesta pensar que esa corona le pertenece.

“Es una sensación extraña, difícil de describir. Tengo 22 años y toda mi vida soñé con venir a la Ciudad de México; la conocía solo a través de la televisión. Ahora estoy aquí, viviendo algo que hasta hace poco me parecía imposible. Ver mi banda, mi corona, escucharme decir ‘lo logré’... es una mezcla de incredulidad y certeza que no se puede poner en palabras”.

Angie acaba de ser coronada Miss Trans Nayarit y virreina de Miss Trans México 2025, título que la llevará a representar al país en Ámsterdam, en el certamen Miss Trans Internacional. Su voz refleja cansancio, pero se mantiene firme. Aún asimila el trayecto que la llevó hasta este momento, un viaje en el que incluso sufrió el robo de varias pertenencias y la pérdida de un vuelo. “Hasta se perdió un vuelo... pero mira, todas las cosas malas traen algo bueno consigo”, dice, con una sonrisa.

Detrás del maquillaje y del vestido hay una trayectoria. Angie no llegó a este lugar por inercia; es el resultado de un proceso sostenido de trabajo y constancia.

A los catorce años montó un pequeño salón de belleza en Nayarit. “A esa edad en que otros apenas descubren el mundo, yo ya barría pisos, atendía clientas, soñaba con colores, peinados y libertad. Nunca imaginé que a mis 22 tendría una empresa, empleos y la posibilidad de vivir de esto. Que podría pagar un sueño como este”.

“Fue un esfuerzo mental, físico y económico. Ensayos, maquillaje, caminar en tacones, casi no dormíamos. Pero lo disfruté. Lo sigo disfrutando”.

Angie se expresa con un tono directo, marcado por su origen y por una trayectoria construida fuera de los espacios centrales. “Esta corona la construí desde cero”, dice con fuerza. “Pero no es solo mía. La ganó Nayarit. Yo la porto, pero pertenece a todas las chicas trans que no pudieron hacerlo por circunstancias económicas, sociales o familiares. Mi mensaje es claro: no están solas. No quiero que ninguna vuelva a sentirse como yo me sentí: sola”.

En Nayarit no existe una organización que apoye a las mujeres trans. Angie quiere fundarla. Ese es su siguiente paso.

“Mi futuro es fundar una organización que respalde a las chicas trans de mi estado, que les brinde acompañamiento, oportunidades y seguridad. Que nunca tengan que sentirse solas, como yo me sentí”.

Su historia se centra en un proceso personal: el de una adolescente trans que buscaba su lugar y que con el tiempo se consolidó como empresaria, activista y virreina.

“Creo que cuando una actúa desde el corazón, el universo acomoda las cosas”, dice. Y el universo de Angie se llama trabajo, fe y amor propio.

La batalla invisible

Cuando le pregunto si venía dispuesta a ganar, Angie no duda.

“Claro que sí. Tenía confianza total, porque me preparé con todo un equipo. Sin mi director, Alejandro Ramírez, nada de esto hubiera sido posible”. Lo dice sin arrogancia, con humildad y certeza.

“El hecho de representar a Nayarit ya me hacía sentir ganadora. Ese viaje me permitió conocer a la Angie que yo misma había construido. Ser, por fin, Angie Lozano”.

Pero detrás de la seguridad hubo sombras: “Lo más difícil fue lo mental. Desde pequeña convivo con la depresión y la ansiedad. Ahora imagina viajar sola a la Ciudad de México, cargando todo eso y sabiendo que iba a representar a mi estado. Tuve que apoyarme en terapia, porque la salud mental no es solo parte de la preparación para un certamen: es parte de prepararse para la vida”.

Hace una pausa.

“La sociedad encasilla a las mujeres en una belleza estereotipada, y más a las mujeres trans. Yo quería romper con eso. Mostrar que la belleza también está en las historias, en la fortaleza, en la capacidad de seguir vivas. Pienso mucho en las que ya no pueden hablar, en las víctimas de transfeminicidio. Por ellas también quise estar aquí”.



Angie se preparó para competir en una pasarela, pero el proceso también implicó un trabajo personal. Enfrentó miedo, juicio y dudas, y desarrolló confianza en sus propias capacidades.

El peso del mundo en una corona

“Más allá del brillo, del vestido y de los flashes, lo que realmente me puso a prueba fue la mente”, confiesa. “Aprendí que podía dominar el estrés y el cansancio: cuando mi cuerpo decía basta, mi cabeza seguía. Y sí, estaban los comentarios, los prejuicios... duelen, porque sabes que afuera aún existe el odio. Pero también sé que cada vez que una mujer trans sube a un escenario, algo en el mundo cambia, aunque sea un poco”.

“No le hacemos daño a nadie. Solo buscamos paz, respeto y amor. El respeto no es un favor, es un derecho. Este certamen lo demuestra: también somos parte de la sociedad, también representamos a nuestros estados, también representamos a nuestro país”.

Cuando escuchó su nombre en el escenario, una sola imagen cruzó su mente:

“Vi una foto con mi mamá y mi papá. Mi padre falleció cuando tenía un año. Mi madre me ha acompañado en todo. Me dijo que él estaría orgulloso de mí. Cuando escuché ‘Angie Angel Bejar Lozano’, con el apellido de mi padre, sentí que estaba conmigo”.

Esa escena cerró un círculo: su madre la había coronado en

Nayarit, y ahora el eco de ese gesto la acompañaba mientras México entero la miraba.

“Ella siempre me apoyó. Eso no todas las chicas trans pueden decir. Por eso quiero crear esa red, ese acompañamiento. Para que nadie tenga que caminar sola”.

Cuando le pregunto qué mensaje llevará a Ámsterdam, su tono se vuelve más serio:

“Existe un problema profundo con la salud mental. A partir de los 17 años, muchas personas se enfrentan a la depresión, las adicciones, la ansiedad... y ese peso se intensifica si formas parte de la comunidad LGBT. Te sientes sola, vulnerable, y a veces buscas refugio en lugares que no te protegen. Yo quiero llevar valentía, ofrecer esperanza. Que las chicas sepan que pueden vivir plenamente siendo ellas mismas, con autenticidad y sin miedo”.

Belleza con motivo

Entre luces de neón y cámaras, el certamen estrenó una nueva banda: Belleza con motivo.

“Porque la gente suele basarse solo en la belleza física, en lo efímero. Esta banda representa otra cosa: la belleza que nace del motivo, del coraje detrás de una cara que sonríe aunque duela”.

Angie lo explica con firmeza: “Antes no podíamos expresarnos. No había respeto, ni acceso a servicios básicos. Todo era burla, peligro, exclusión. Hoy muchas son docentes, empresarias,

políticas, profesionistas. Caminamos por la calle sin miedo. Lo que antes era impensable, hoy es nuestra realidad. Hemos avanzado gracias a las que alzaron la voz y se arriesgaron. Quizá no sea todo como quisiéramos, pero hemos avanzado".
Una declaración personal.

A la niña que no entendía su cuerpo

Le pregunto qué le diría a la niña que no comprendía su cuerpo. Angie responde con firmeza: "Desde pequeñas comenzamos a ser rechazadas sin entender por qué. No es algo que eliges; es un proceso de autodescubrimiento. Hoy me pongo un vestido y no siento que me visto de mujer: me visto siendo una mujer. Hoy puedo decirle a esa niña que lo logramos. Que hoy somos Miss Trans de México".

Angie recuerda cómo en su infancia buscaba referentes en la televisión y solo encontraba caricaturas crueles: "Las comedias se mofaban de nosotras. Transmitían odio disfrazado de entretenimiento. Por eso me emociona saber que hoy hay niñas con ejemplos dignos. Antes crecíamos con vergüenza; ahora crecen con orgullo".

"Hoy dicen que enseñar sobre identidad de género es adoctrinar a las infancias. ¡Para nada! Es enseñarles a ser libres, a no tener miedo de ser quienes son".

Transformando con amor

"Perder personas que me importaban fue parte del proceso", dice despacio. "Por elegirme a mí, por elegir mi felicidad, dejé de ser aceptada por muchos. Pero siempre es elegirse a una misma."

Su voz no refleja resentimiento; transmite una calma sostenida por su experiencia.

“En la soledad una aprende a florecer. A conocerse, a amarse. La transformación no solo es física, también es mental. Cualquier persona, trans o no, se transforma día a día”.

Hace una pausa, sonrío: “Detrás de la reina, la historia se llamaría Transformando con amor. Porque todos lo necesitamos. No solo por los demás, sino por una misma. Desde dentro. La transformación es para todes”.

Se produce una pausa. No marca un cierre, sino el inicio de una nueva etapa. Más allá del reconocimiento, Angie consolida un proceso personal: se ganó a sí misma.

En ese cambio personal, donde antes había duda, ahora hay seguridad. Reconoce el valor de aceptarse y sostenerse desde su propia identidad. Lo llama: amarse es la forma más profunda de revolución.

Nicolás Durante: memoria, acusación y escritura

Por Armando Noriega

Nicolás Durante llegó a México al final de la pandemia. Dejó en Chile una trayectoria en el periodismo financiero y, en el proceso, también dejó una identidad profesional ya construida. En la Ciudad de México encontró otra cosa: anonimato. Desde ahí escribió su primera novela, ***Tuve que inventarme una memoria*** (Editorial Gato Blanco), un relato que parte de una acusación pública y se sostiene en la fragilidad de los recuerdos.

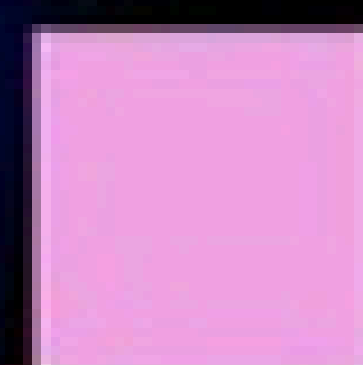
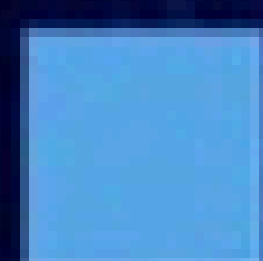
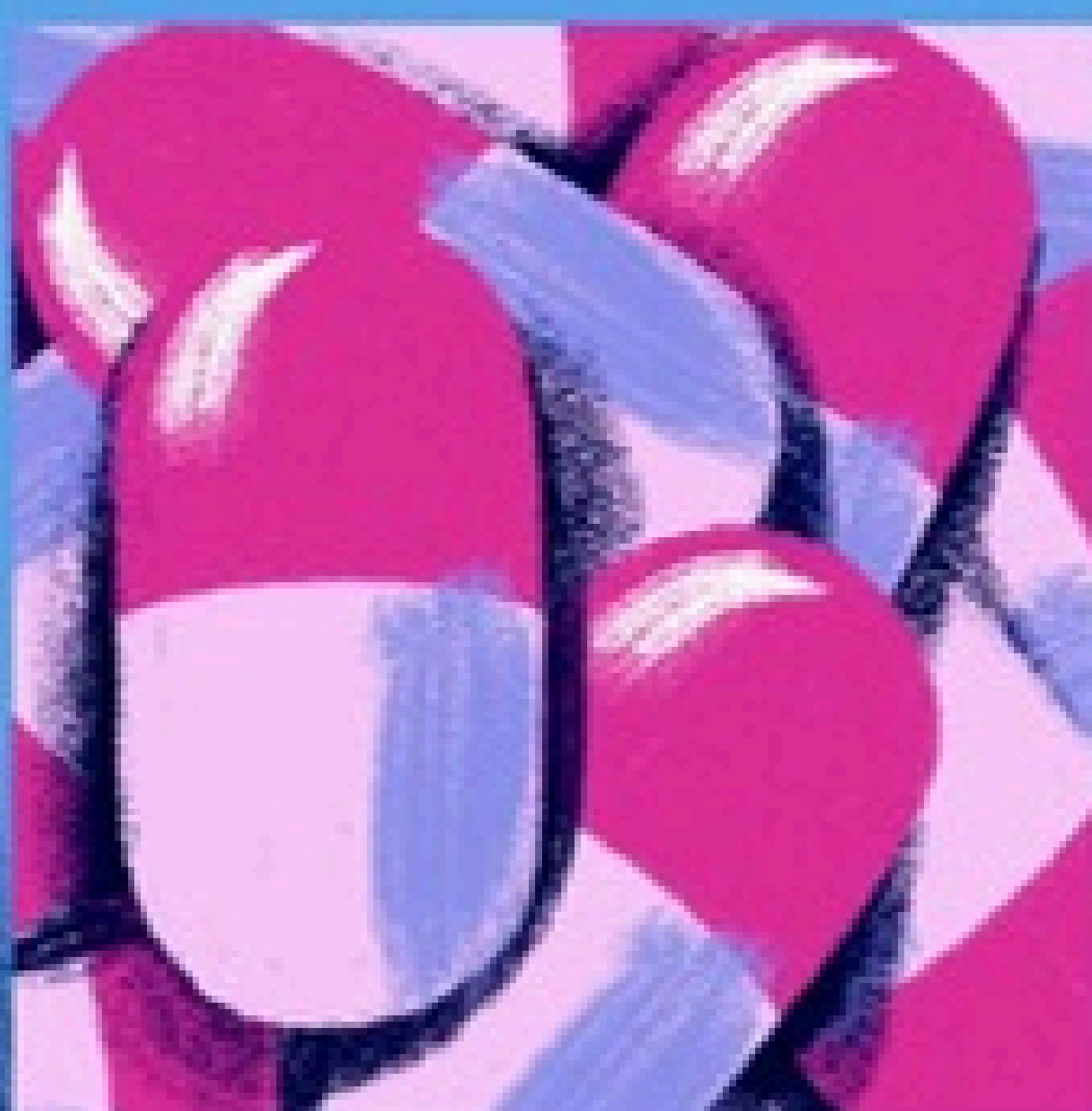
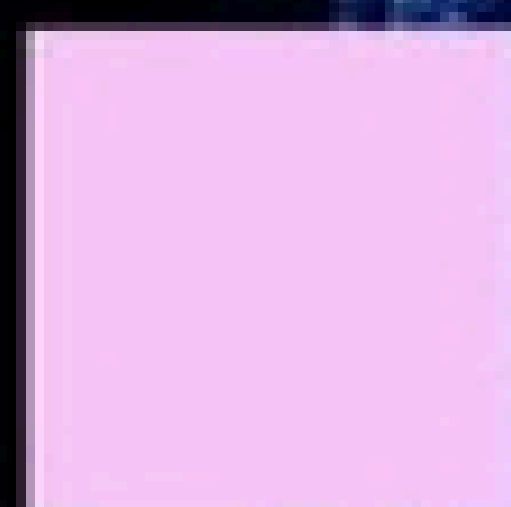
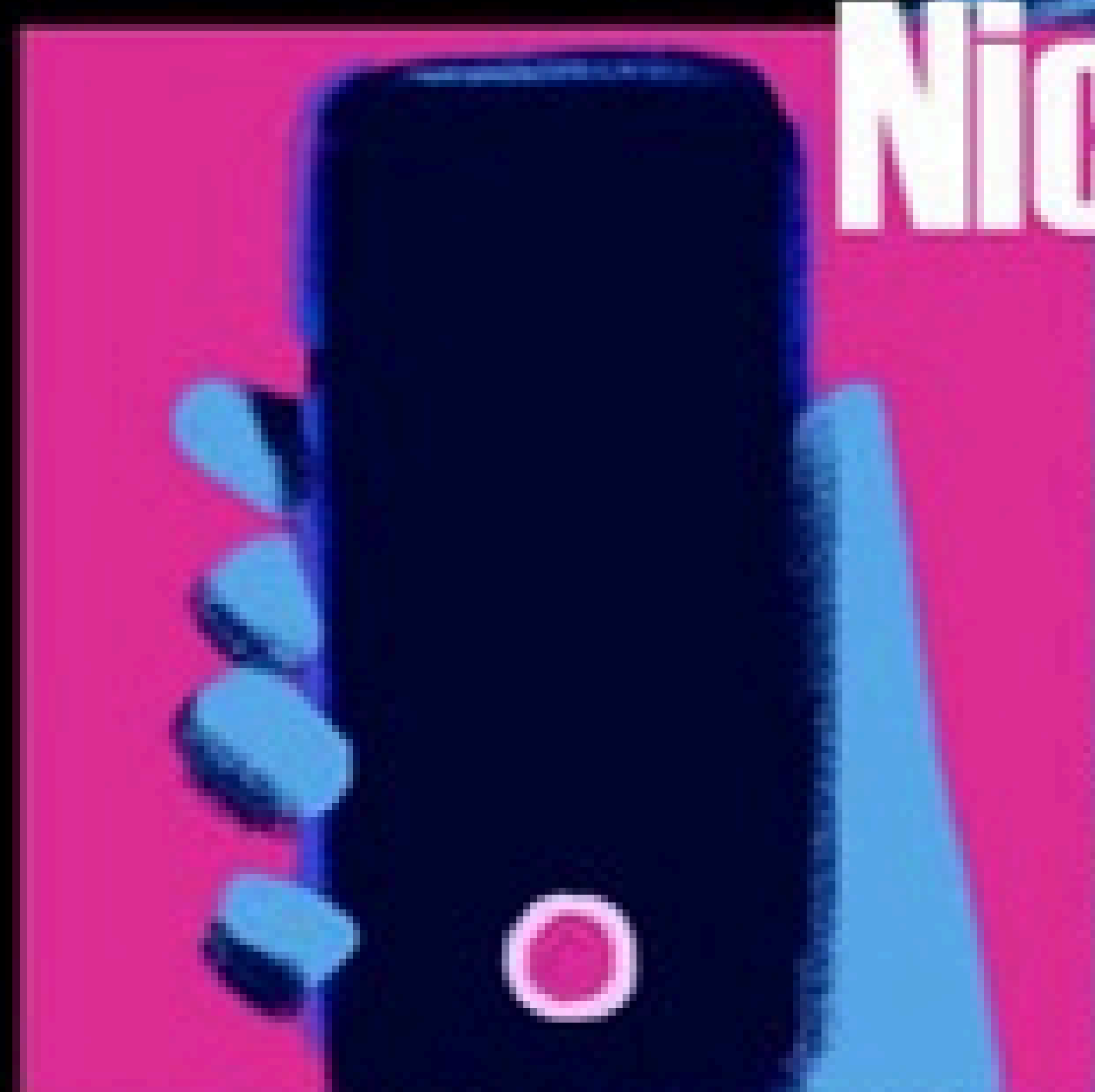
El autor de la novela no se presenta como novelista consolidado ni como figura literaria. Habla desde un lugar más cercano a la exploración. Su formación periodística, sin embargo, es evidente en la forma en que construye el mundo de la novela: documenta, verifica, vuelve sobre los hechos.

“Uno no deja de ser periodista nunca”, dice. En su caso, eso se traduce en una manera de observar: escuchar al otro, entender cómo habla, cuáles son los límites de su lenguaje. Ese método lo trasladó a la ficción. La historia no está basada en un caso específico, pero sí recoge el contexto de los movimientos de denuncia, como el *MeToo*, y de los múltiples casos en universidades latinoamericanas.

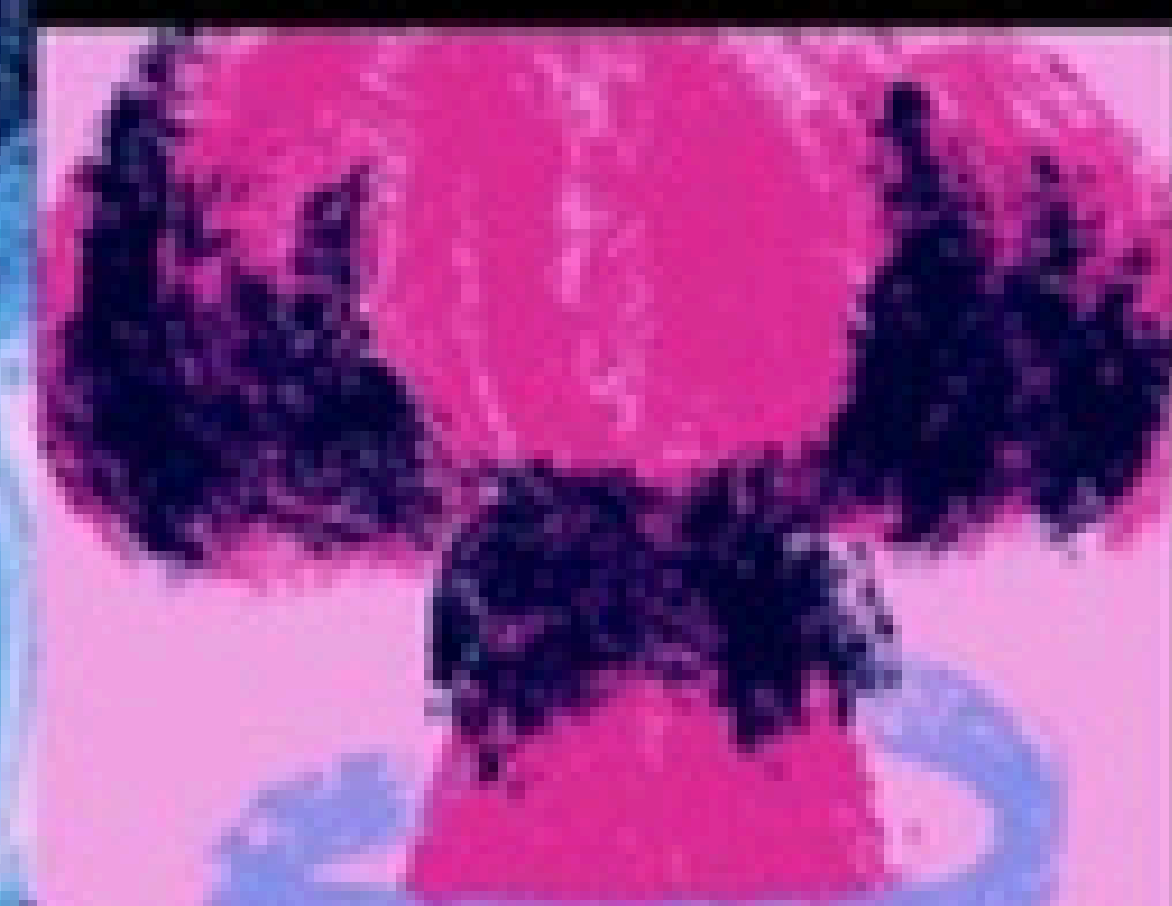
El punto de partida fue el personaje. Matías apareció antes que la historia. En un inicio, Nicolás pensó en un escritor fantasma que redactaba biografías de personajes cuestionables: políticos

Tuve que inventarme una memoria

Nicolás Durante



EDITORIAL
GATO
BLANCO



corruptos, abusadores, figuras públicas marcadas por escándalos. Pero al avanzar en la escritura, la historia cambió. Apareció una segunda línea narrativa: la de un espía ruso en México durante los años noventa. Ambas historias terminaron funcionando como espejo, unidas por un mismo conflicto: la forma en que se recuerda un hecho y cómo ese recuerdo entra en disputa.

La acusación contra Matías nunca se narra directamente. Ocurre fuera de escena, pero determina todo lo que sigue. A Durante no le interesaba reconstruir los hechos con precisión judicial, sino observar las consecuencias. Qué ocurre con el acusado, con la posible víctima y con el entorno. Cómo reacciona una sociedad que hoy está atravesada por la inmediatez de las redes sociales y la necesidad de tomar postura.

En ese contexto, la memoria se vuelve central. Durante la describe como un personaje más. No solo en su dimensión individual, sino también colectiva. Los recuerdos, dice, no son estables ni completamente fiables. Frente a un hecho traumático, el ser humano tiende a completar los vacíos. No necesariamente para mentir, sino para poder sostener una versión que le permita seguir adelante.

Esa idea también se conecta con la figura del ghost writer. Un personaje que escribe la vida de otros mientras intenta desaparecer de la propia. Para Nicolás, esa profesión no solo es un recurso narrativo, sino una forma de pensar la identidad. ¿Quién cuenta la historia? ¿Quién la firma? ¿Quién decide qué se recuerda y qué se omite?

La novela ha sido descrita por su editor como un *thriller hitchcockiano*. Durante toma distancia de la etiqueta, pero reconoce afinidad con ese tipo de tensión narrativa. No le interesa una historia que se resuelva de manera predecible. Busca lo contrario: que el lector pierda certezas, que la historia se desplace, que el control no esté del todo en manos del narrador.

El proceso de escritura refleja esa lógica. Las primeras páginas surgieron de manera intuitiva. Después vino el orden: fichas, escaletas, notas sobre los personajes y sus decisiones. Una estructura que le permitió mantener coherencia sin perder la apertura inicial.

Ahora trabaja en una nueva novela. El enfoque es distinto. Si la primera se mueve en lo público -la acusación, la exposición, el juicio social-, la siguiente se centra en lo íntimo. La relación entre un hijo y su madre, atravesada por la enfermedad, la dependencia y el desgaste cotidiano. El interés se mantiene en lo psicológico, en la memoria, pero en un espacio más reducido.

México sigue presente. Aunque intente desplazar la historia a otro lugar, la ciudad aparece. Durante lo asume como parte del proceso. Escribe desde donde está.

La conversación se extendió más allá del libro. Nico y yo seguimos hablando, ya sin grabadora, sobre periodismo, proyectos y formas de contar historias. Coincidimos en que hay trabajo por hacer. Empezaremos a colaborar. Esa parte todavía no está escrita. Se irá contando en el camino.

LITERATURA

Todos somos una casa embrujada

Por Sandra Becerril

Antes de que la ciudad se partiera en dos con el terremoto, antes de que los edificios se abrieran como costillas expuestas y las madres corrieran por las calles levantando escombros con las manos, el Distrito Federal ya estaba fracturado. No se veía en las fachadas ni en las avenidas llenas de microbuses verdes, pero se sentía bajo la piel, como una vibración sorda que no encontraba salida. Las antenas de televisión se inclinaban sobre las azoteas como esqueletos oxidados, los cables eléctricos formaban venas negras sobre el cielo gris, y el aire olía a gasolina, maíz hervido y humedad atrapada. Yo también estaba fracturada. Era una grieta.

Todos traemos cargando nuestros propios fantasmas, nuestras almas perdidas, los espíritus que dañamos. Estamos rotos, somos las grietas de las paredes, la humedad en la pintura formando figuras que fuimos, pero ya no somos. Intentamos escapar de los murmullos y de sentirnos observados todo el tiempo, porque sabemos que cuando volteemos, quizá, no haya una nada, sino ese otro mirándonos muy de cerca.

Si pudiésemos ver todo lo que hay a nuestro alrededor, si no estuviéramos tan ciegos por nuestro narcicismo, entonces nos topariamos con muertos, antepasados, demonios, sombras, todos en un ansioso batir de vida rodeándonos, comiendo de nosotros y de nuestro espacio. Son los suspiros que se nos escapan al dormir y las pesadillas que nos torturan. Ellos, nosotros.

Así que cuando llegamos al departamento por primera vez los embrujados éramos el pequeño Christian y yo.

No buscábamos dónde vivir, nos gustaba nuestra casa. Llevábamos ahí nueve cómodos años, casi desde que él nació. La renta era baja para una zona tan bonita y nos permitían tener a nuestros gatos, estaba cerca de la escuela y de los parques. Sí, éramos felices ahí. O quizá solo estábamos tranquilos, porque es un sentimiento que suele confundirse con felicidad, con enormes ventanas que yo mantenía cerradas casi todo el tiempo. Decía que era para que los gatos no escaparan. Me creía que era por seguridad.

La verdad era que me tranquilizaba que nada saliera.

Desde que el padre de Christian se fue una madrugada sin despedirse, aprendí que las pérdidas no avisan. Dejó el cenicero lleno, dos cajetillas vacías sobre la mesa y el olor a tabaco pegado en las cortinas. No una nota. No cerró la puerta con cuidado. Solo desapareció. Esa mañana Christian tenía cuatro años y me preguntó si su papá regresaría para contarle el cuento.

Le dije que sí.

Mentí con la naturalidad de quien cree que proteger es lo mismo que borrar. Cuántas cosas ignoramos los hijos por esa máscara que los padres solemos usar. ¿Será bueno? ¿Usarlas? ¿Mentirles a la cara diciendo que todo estará bien cuando el mundo es una mierda?

A partir de entonces lo vigilé todo. No permitía que cruzara la calle solo. No dejaba que se quedara en casa de amigos. Lo acompañaba hasta la puerta del salón y lo esperaba a la salida con

una puntualidad obsesiva. Revisaba que respirara por las noches. Si tosía, me quedaba despierta hasta el amanecer. Si cerraba la puerta de su cuarto, sentía que algo definitivo estaba ocurriendo al otro lado.

Yo decía que el mundo era peligroso. Y lo era. La ciudad era grande, hostil, impredecible. Pero el verdadero peligro que me aterraba era que él descubriera que podía vivir sin mí.

Porque si crecía, podría irse.

Y si se iba, yo volvería a quedarme frente a un cenicero lleno y una casa vacía.

El día que conocí el edificio llovía con una insistencia melancólica. En el centro de Coyoacán desmontaban adornos navideños y los vendedores ofrecían churros recién fritos que dejaban en el aire un olor dulce y pesado. Aparqué el auto, en el centro. Bajaríamos a comprar un churro con cajeta para Christian y nos iríamos. Lo hicimos mil veces antes. Además, tenía prisa, quería ver a Jorge. Siempre quería ver a Jorge, a toda hora, era adicta a él.

Iríamos a visitar algunos departamentos para que se mudara, estaba cansado del lugar donde vivía y quizá algo más cerca de Christian y de mí. Justo detrás de mi casa había unos muy lindos, el trato estaba a punto de cerrarse. Y yo de verdad necesitaba, quería con toda el alma, tenerlo a una cuadra. Quería ver mi reflejo en sus ojos a diario y escaparme después de dejar al niño en la escuela a dormir juntos y calientitos. Era nuestra fantasía. Sí, muy simple, pero lo era todo.

Con el churro goteando cajeta en las manos de Christian nos sentamos en una banca a que lo terminara porque no quería que ensuciara el auto y quedara todo pegosteoso otra vez. Lo miré,

disfrutaba ver con las ganas con las que comía, con esos ojos grandes y sus pestañas de palmera que todas las señoras envidiaban. Verlo, solo eso. Mirarlo con la profundidad de quien sabe que creó algo hermoso y no sabe ni cómo sucedió. Todavía no me creía que ese niño que me reventaba el corazón de amor hubiese sido elucubrado por mí, hubiese salido de mí. Lo miraba con la concentración absoluta de quien contempla algo que no entiende del todo pero sabe que es suyo.

Mientras lo mirara, nada podía sucederle.

Fue cuando vi a la mujer que caminaba con seguridad sobre el adoquín mojado, fumando con los ojos entrecerrados, como si el humo le perteneciera al cuerpo, con un traje sastre negro que avergonzó mi chamarra ya no tan blanca por lavarla tanto. “Así me vestía”, pensé “cuando no me embarraban de cajeta y no tenía que cargar a un bebé con tacones”. Miré mis tenis, descubrí que se veían más viejos de lo que en realidad eran.

Yo ya no fumaba frente a Christian. Desde que su padre desapareció, el olor lo incomodaba. Decía que le recordaba cuando él salía al balcón y cerraba la puerta para que el humo no entrara.

La mujer se detuvo frente a un edificio blanco que nunca había notado, pese a haber pasado por esa calle innumerables veces. No tenía nada extraordinario: paredes ligeramente descascaradas, lobby de cristal opaco, dos elevadores antiguos.

Christian me jaló la mano.

—Mamá, quiero ir al baño.

La mujer escuchó y ofreció el sanitario de un departamento que estaba rentando en el tercer piso. Acepté casi sin pensarlo. Podría fumar un cigarro mientras él estaba adentro. Sería rápido.

El elevador era más estrecho de lo que parecía. Los espejos devolvían reflejos que no terminaban de coincidir con nuestros movimientos. Christian hizo una mueca frente al espejo y, por un segundo, me pareció más alto. Sus hombros parecían ensancharse apenas. Parpadeé y volvió a ser el mismo niño de siempre.

Cuando las puertas se abrieron, sentí que el aire tenía un peso distinto.

El departamento ocupaba todo el piso. Era pequeño, pero algo en su interior parecía extenderse más allá de lo visible. Christian entró al baño y la mujer me condujo a una recámara angosta que desembocaba en una terraza desproporcionadamente grande.

Desde ahí se veía la ciudad.

Y más allá, el mar.

Primero escuché las olas. Después sentí la brisa húmeda hasta que vi la línea azul extendiéndose hasta el horizonte.

El mar no debía estar ahí.

La Ciudad de México estaba lejos de cualquier costa.

—Es el vecino —dijo la mujer con naturalidad—. Le gustan los sonidos de naturaleza.

Pero el olor era sal.

Por primera vez en años imaginé una vida distinta. Me vi escribiendo de noche, fumando sin esconderme, dejando que Christian durmiera sin vigilar cada respiración. Pensé que quizá podríamos mudarnos. Pensé en Jorge, mi novio secreto. En la posibilidad de tenerlo cerca sin que eso significara convivir todo el tiempo. La idea de compartir espacio me asustaba, pero la distancia también.

Christian salió del baño. Algo había cambiado. No era evidente. Pero su voz tenía un tono más grave. Cuando dijo que no quería irse, lo hizo con una firmeza que no le conocía.

Lo encontré mirando fijo una pared. La pintura blanca formaba ondulaciones apenas perceptibles. Si inclinabas la cabeza, parecían rostros atrapados bajo capas de yeso.

Rasgué la superficie con las uñas y encontré una fotografía cubierta. Un niño sostenía una rama de lavanda.

Sobre la imagen alguien había escrito con crayón blanco: "40 años". El niño no parecía mayor de nueve. Sentí que el suelo cedía bajo mis pies.

Busqué a Christian. Estaba más alto. Las habitaciones comenzaron a multiplicarse. Donde había un pasillo apareció otro. Donde recordaba una cocina surgió una sala distinta. Las puertas ya no llevaban al mismo lugar dos veces.

El departamento respiraba. Escuché a Christian llamarme. Su voz ya no era infantil.

Intenté correr, pero el aire se volvió espeso, como si caminara dentro del agua. Cada paso dolía.

Cuando lo encontré en la terraza, medía casi lo mismo que su padre. El mar estaba inmóvil. Las olas detenidas en mitad del gesto. La superficie endurecida como una costra de sal. Bajo ella, sombras inmensas giraban lento, como cadáveres suspendidos.

—Está muerto —Su timbre de voz era irregular. —El tiempo, mamá. Yo lo había querido congelar. Había deseado que nunca creciera, que nunca cambiara, que nunca se fuera. La casa no hacía más que obedecer. Pero el tiempo detenido no permanece intacto, se pudre. Recordé todas las veces que lo frené. El campamento al que no lo dejé ir. La vez que quiso tomar el autobús solo. Las tardes en que cerré las ventanas para que nada escapara, ni siquiera el aire.

Jorge apareció en medio del laberinto, fue a buscarnos porque llevaba demasiado sin comunicarme. Intentó encontrar la salida. Murió antes de lograrlo. Su cuerpo se volvió ceniza entre mis manos.

La mujer del traje negro me explicó sin dramatismo que la casa no atrapaba cuerpos, sino negaciones. El amor que no deja crecer termina por devorar lo que pretende proteger.

Intenté abrazar a Christian. Mis manos estaban arrugadas. Mi piel manchada. Habíamos envejecido décadas en minutos.

Cuando la mujer me ofreció intercambiar lugares, acepté. Porque si él podía volver a ser mi niño, aunque fuera en una imagen, yo soportaría cualquier condena.

Ahora habito el tercer piso.

Intenté salir. Al cruzar la puerta sentí que mi piel se convertía en polvo. Comprendí que mi territorio es este departamento.

A veces el mar regresa. A veces no.

La fotografía de Christian cambia según mi culpa. Niño. Adolescente. Hombre. Anciano superpuestos.

Una vez llegó una madre distinta. Cuando su hijo comenzó a crecer dentro del departamento, ella lloró pero no lo detuvo.

—Te vas a ir. Y eso está bien.

La casa tembló. La puerta se abrió. Se fueron. Yo comprendí que mi condena no es un castigo divino. Es la consecuencia de mi elección. Yo elegí no soltar. Ahora visto el traje sastre negro. Sostengo una cajetilla que nunca se termina. Coloco el letrero de “Se renta”.

La Ciudad de México sigue vibrando bajo el concreto. Las madres caminan por Coyoacán apretando demasiado fuerte la mano de sus hijos.

Yo las observo. Les sonrío. Les ofrezco el baño. Les hablo de la terraza. Del mar. Del lugar perfecto donde nada cambia. Ellas creen que el horror está en perder.

No saben que el verdadero terror es impedir que el otro crezca. No saben que el amor que asfixia convierte a ambos en fantasmas.

Yo soy el fantasma de esta casa.

Y sigo esperando.

PONGAN CAIFANES

Por Carlos Velázquez

Chabelo y yo venerábamos a Wagner con locura. Llámenme Sigifredo. Lo amábamos más que a nuestras familias. Más que a la hora feliz. Incluso más que a los burritos de prensado. Sólo existía algo que nos chiflaba más que la música del compositor alemán: las peludas y vigorosas piernas de La novia del Yeti.

Todas las mañanas la sabroseábamos a la distancia en el gym mientras nos preguntábamos cuándo despertaría de su hibernación nuestro carnal el abominable hombre de los raspados. ¿De qué sabor van a querer el yuki? Quizá este era el año del señor en que tendríamos la dicha de volver a embriagarnos con él. Aunque según nuestros cálculos todavía faltaba un cuatrienio. Y para combatir el aburrimiento, nos atrevimos a invitar, cada quién por su lado, a La novia del Yeti a salir. Tanto Chabelo como yo fracasamos. A los dos nos bateó. Nos fulminó con ojos de culeros malamigos dejen que despierte mi viejo y los voy a acusar par de pasados de lanza.

Pinche Pepito, me troleó Chabelo, rascarle los huevos al diablo es cosa de puqueques, tratar de bajarle la morra al Sasquatch eso sí es para verdaderos amantes de retar al peligro. Si el carnal Yeti se entera nos va a cargar la becky.

Aguanta, lo serené, mira, para cuando mi compadre abra sus ojitos preciosos, La novia del Yeti ni se va a acordar de nuestras proposiciones. Además, bien que la vi salir de antro con el Monstruo de la Laguna Verde. Tampoco es que su expediente esté impecable.

Pero entonces, como si lo hubiéramos invocado, el Yeti salió del letargo.

Sopota madre, le chillé a Chabelo. Me va a colgar de los güevos este cabrón. En cuanto esta morra le chismeé, el Sasquatch me va a partir en dos con sus garrotas. Tenemos que fabricar una coartada, apresuré. Vamos a desaparecernos, al menos un tiempo, en lo que al compadre se le pasa el entripado. Vamos a darnos uno de nuestros tradicionales atracones de música. Hay que organizarnos una sesión maratónica de don el doctor Wagner.

Sabía que La novia del Yeto era capaz de señalarme, así que borrarne del mapa era la mejor manera de mantener a salvo las branquias. Aprovecharía para saldar una manda que tengo pendiente desde hace años: chutarme en video las más de quince horas que dura la representación escénica de Los anillos de los nibelungos.

Chabelo y yo nos aprovisionamos con cerveza para un regimiento de matachines deshidratados por danzar varias horas bajo el sol lagunero y nos escondimos en mi departamento. Si mi compadre salía pateando cristianos de su letargo, como era su costumbre, no era mi pedo. Yo estaba encerrado en mi chanta rindiéndole tributo a nuestro padre celestial Wagner. Él lo entendería.

Lo quiero mucho, a mí compadre. Pese a sus fallas de carácter. Sus debilidades. Y su alcoholismo sin cuartel. Lo que sí no le perdono es su horrible gusto musical. Sigue atrapado en los 90s. Hemos tratado de educarlo. De meterle el pedigrí por los oídos. Pero es inútil.

Su gusto es popero y ábranse a la becky los cultuquetas. Siempre nos malviajaba las sesiones de escucha con las más disparatadas de las peticiones. Le sacábamos la vuelta para poder atragantarnos de música clásica, pero siempre se las arreglaba para echarnos a perder la experiencia.

Si no hubiéramos tratado de pedalearle su bicicleta, Chabelo y yo habríamos salido a darle su recibimiento al Yeto como se merece. A corrernos una juerga de varios días en Las Nenas. Ah, cómo le gusta a mi compadre bailar “Juguito de piña” bien amacizado a una ficherita. Pero ahora lo mejor era desaparecerse. Aguardar a que se aventara su primera bronca con su mujer y corriera a abrazar la peda con los compas. Y de paso perdonarnos por querer pasarnos de tueste.

La noticia de que la bestia había despertado recorrió el pueblo en pocos minutos. Todos procedieron a atrincherarse. A cargar las carabinas. A tapiar las ventanas. Gente que no se persignaba se persignó. Después de tantos meses chupando alfombra, el Yeto siempre revivía con una sed de la mala que le llevaba días (y a veces semanas) apagar. Cuando se acababa el alcohol de los únicos dos expendios que hay en ocho kilómetros a la redonda, recorría casa por casa exigiéndole a la gente que le entregaran el alcohol del que dispusieran. La carnicería hacía doble pedido de costillares de puerco. Era famosa la afición del Yeto por pegarle al ahumador.

Programamos la sesión de escucha a las seis de la tarde. Hasta entonces no tenía que preocuparme por la furia de mi compadre. Su primera actividad del día sería hacerle la visita conyugal a su mujer. Para bajarse la calentura acumulada. En otras circunstancias el desfogue lo ablandaría y lo pondría de buen humor. Pero en cuanto terminara su segundo o tercer round, La novia del Yeti le

chismearía que la tiramos el can. Y en lugar de largarse de farra, como era su costumbre, saldría a buscarnos para partirnos la madre.

Tocaron el timbre y me sobresalté. Ya me cargó el payaso, lamenté. Mi primer impulso fue comprarme un boleto de avión para Alemania. Me asomé por el balcón y vi que era el repartidor de Amazon. Mi pedido se había adelantado. Según mis cuentas todavía faltaban tres o cuatro días para que cayera. Era una pantalla de 85 pulgadas. El US Open sería en una semana y la onda era estrenarla el día de la inauguración. Pero el destino quiso regalarme la dicha de que apareciera antes y así hacerle los honores a Wagner en 4K.

Puse las chelas a enfriar en hielo. Tal y como especifican las sagradas escrituras. Qué es esa mamada de meterlas al refri como un vil amateur. Aquí en estas llanuras norestenses, donde el calor hace que el Yeto se retiré largas temporadas a hibernar, la cerveza nunca está caliente. Retaqué la yelera y puse un disco de Shame mientras descorchaba la pantalla. Pinche aparatejo hermoso, sólo le faltaba coger para ser perfecta. Desmonté la pantalla vieja de la pared. La nueva pesaba demasiado y no pude colgarla solo. Esperaría a Chabelo para que me tirara paro.

Mi celular comenzó a vibrar. Era el Yeto. No puede ser, pensé. ¿Ya tan pronto se enteró? Apagué el teléfono. Para distraerme bajé a la cocina a ayudarle a mi madre a embarrar. Se acercaba el santo de San Juditas y se ameritaba la tradicional tamaliza. Las membranas interdigitales de mis manos son perfectas para el trabajo. Puedo embarrar hasta 200 tamales en una hora. Es una de las actividades más terapéuticas que existen. Es la compensación de la que gozamos los reptiles al no poder comernos las uñas. De no ser por fugas como esta, ya me habría aventado del balcón de los puros nervios que me provocaba la ira del Yeto. Y ni cómo defenderme. Es un master para tirar madrazos.

A las cinco volvió a sonar el timbre. Era Chabelo. Traía apagado su teléfono. A él también le había llamado el Yeto. ¿Estás listo para el atorón? le pregunté mientras trepábamos la pantalla a la pared. No existe melómano que se respete que no haya visto El anillo de los nibelungos. No podemos declararnos eruditos en Wagner hasta entonces. No importa que te sepas sus sinfonías de memoria. Disfrutemos de la ausencia del Yeto, le dije. Quedan pocas horas. En cuanto aparezca nuestros oídos van a saturarse de basura. Si es que nos quedan después de la chinga que nos va a acomodar, rebatió Chabelo.

Nos ajuareamos unos paquetazo. Para que la botana no escaseara. Descolgué el teléfono fijo. Di instrucciones de no abrir la puerta. Sin excepción. Así tocara el mismo papa Panchito. Y que no se encendiera luz alguna. Que pareciera que no había nadie en casa. Estaría arriba en mi habitación oyendo la misa en alemán. Dejé dinero para que pidieran varias órdenes de tacos a las nueve de la noche y me las pasaran con el mayor de los sigilos posibles. Y si por alguna casualidad maléfica llegaba a tocar la puerta el Yeti y si alguien cometía el error de abrirle, me negaran. Díganle que me fui por tabiros a Leipzig.

Destapamos nuestra primera chela y le dimos play a Das Rheingold, la primera parte, en el YouTube. No había transcurrido una hora cuando se me antojó limpiarme el paladar con un fuerte. La ocasión amerita un shotcito, ¿no? le dije a Chabelo. Saqué el Macallan 15 y serví dos caballitos. Por Wagner, brindé. Se me hace que no le veremos la jeta al Yeti en varios días, aventuré. Seguro se atoró en la cantina y la va a seguir en el Toledo. Ese afterhours con venta de caguamas que permanecía abierto toda la madrugada. Saldría de ahí a las siete am directo al menudo Muro. Y luego la seguiría hasta que alcohol lo derrotara. En una semana más o menos.

A las siete de la tarde, cuando nos aproximábamos a la mitad de “El oro del Rin”, sonó el timbre. Me asomé por el balcón y lo vi. Era mi compadre. Venía pedísimo. Como si hubiera salido del desmayo varios días atrás y no apenas unas horas. No había pasado por la peluquería el desgraciado, como hacía siempre que terminaba una de sus temporadas en el ostracismo, y traía el pelo de un nómada que nada tiene varios capítulos del libro de historia sin pegarse un baño. Antes de aparearse escandalosamente con su mujer, primero se cortaba la greña y las uñas. Y se rebajaba la perilla. Le encanta esa barbería hípster que abrieron en el mall. Con venta de whiskey incluida. Ahí comenzaba a afinarse. Su aspecto delataba que algo andaba mal. ¿Ya se habría enterado de nuestros intentos de quiebre?

Ya bailó bertha, dijo Chabelo. Y ora qué hacemos. Continuar con el plan, le respondí. Vamos a hacernos güeyes. Que crea que no hay nadie en la casa. Dos minutos después volvió a tocar el timbre con insistencia. No se va a mover hasta que no le abramos, dijo Chabelo. Se va a poner todo histérico si no. Orita se va, dije en un pálido intento por tranquilizarlo. Pero la cosa se puso peor. El Sasquatch pateó la puerta tres veces. Abran, güeyes, gritó. Ya vi la luz de la tele. Está emputado, chilló Chabelo. Seguro La novia del Yeti ya nos delató.

No me quedó más remedio que dejarlo pasar.

Subió las escaleras y me abrazó efusivo. Qué clase de compadre son estos, me regañó. Qué te hice, cabrón, que no me preparas la bienvenida que me merezco. Fingí que no me había enterado de que ya había llenado de hibernar. No sabía que ya andabas entre los vivos, le respondí. Pero si hasta tienes el teléfono apagado. ¿Todo cool? Los pinches bancos, me excusé, chingan mucho. Están mame y mame que agarre otra tarjeta de crédito. ¿Y tú? le preguntó

a Chabelo. ¿También lo apagaste por lo mismo? No, le reviró, a mí los que me traen asoleado son los de telcel. Cómo chingan. Quieren que me cambie.

Sólo algo me cagaba más que el pésimo gusto musical de mi compadre. Su compulsiva manera de fumar. Es el típico ansioso que todavía no se termina un cigarro cuando ya está encendiendo el otro. Siempre me deja la casa apestando a cantina. Le encanta dejar caer la ceniza al piso. Al cabo que aquí tiene a su pendejo que va a trapear al día siguiente. Tira las colillas en alguna botella con restos de cerveza, le rogaba. Al menos no las avienta a las plantas. Es inútil esconderle los cigarros. En cuanto descubre que se ha quedado sin parque sale disparado a comprarse más y más cajetillas.

Se dejó caer en mi sillón favorito. Como me había expropiado mi lugar, tuve que aplastarme junto a Chabelo. Sacó una caja de Marlboro del bolsillo de la camisa y prendió el primero. Le improvisé un cenicero con un vaso de unicel con un chorrito de agua. Se lo puse en la mano. Y aunque no me lo rechazó, cada vez que tiraba la ceniza era incapaz de atinarle al vaso. Cuando no estaba pitando, dejaba que el cigarro descansara entre la comisura de los labios. Del lado izquierdo. Lo mordía como si estuviera refunfuñando. El humo subía hasta su ojo y lo hacía cerrarlo como si tuviera problemas para enfocar la vista. Parecía que trataba de descifrar un objeto deforme y lejano.

Qué están viendo, preguntó después de darle el primer trago a la cheve. ¿Ópera? ¿Neta? No mamen, cabrones, ópera, se burló. Pinches ñoñazos. Y además de ese pinche nazi. Quiten esa chingadera, protestó. Pongan Caifanes.

Nos cagábamos de miedo. En cualquier momento la sala podría convertirse en una función de WWA. Con nuestras perchas como

muñecos de utilería haciendo crac bajo la corpulencia del Yeto. Por qué este cabrón no se abre de capa, me pregunté. Por qué no la arma de pedo. ¿Será que no sabe nada? ¿Será que La novia del Yeti no nos empinó? El ojo izquierdo comenzó a lagrimearle por culpa del humo. Sin embargo, no se apartó el cigarro de la boca. Era parte de su outfit. Tan importante como su mata hasta la cintura o sus juanetes del tamaño de una paleta payaso congelada. Pongan Caifanes, insistió. Duré fuera de circulación vario rato, no sean gachos. Complázcanme, lo único que quiero es escuchar la voz de Saúl Hernández.

Chabelo y yo nos miramos de refilón. Por qué el compadre no se había puesto belicón. ¿Jugaba con nuestras mentes? ¿Se la curaba con nuestras caras de espanto? ¿Era un montaje para en el momento menos esperado desatar su cólera? Como fuera, no quitaría a Wagner. De todas maneras, nos madrearía. Así que decidí mandarlo a la chingada. Espérate a que pase La Cabalgata de las Valkirias, compadre, le dije. Vas a ver qué chingonada, pinches caballos patones sobre el escenario.

Ahí donde ven a mi compadre de roperote y amenazante, su principal arma es el chantaje sentimental. Es bien sentidote el Yeto. Cuando ruge o gruñe, su voz es más gutural que la del cantante de Cradle of Filth. Pero cuando te quiere extorsionar emocionalmente, le sale una voccecita de chica súper poderosa que nomás no se explica uno. ¿Será acaso un problema hormonal? Qué le habrá resultado en su último perfil tiroideo. Pinche mal amigo, se quejó. Ora qué te hice. Por qué estás tan frío conmigo. ¿Todavía estás encabronado por aquellos discos que rompí? No fue a propósito. Me senté encima sin querer. Ya perdóname.

Nomás de acordarme me volvió a dar muina. Ahora puede uno pedirlos en Amazon, caros, si tú quieres. En aquel tiempo era imposible conseguir discos de Arto Lindsay. Eso ya está perdonado, compadre, le aclaré. Pero agarra la onda, tenemos semanas preparando la velada. No sabíamos que te liberarías del subsuelo justo hoy. Escogiste el peor día. Me lanzó una mirada de perrito castigado. No dejará de hacerle a la llorona, pensé. Hasta que, como siempre, se salga con la suya y terminemos escuchando “Estás dormida” a todo volumen. Cómo le raya esa canción al güey. Compadre, volvió a insistir, pon un par de rolas y luego le sigues con Wagner, pinche morenazi.

Conocía todos sus trucos. Bastaba que quitara al buen de Richard para que de Caifanes saltáramos a cuanta mamada trasnochada le gustaba al Yeto: The Cranberries, Scorpions, Rod Stewart y cuanto bodrio del pop sonara en la radio. Cualquiera se imaginaría que al Abominable Hombre de las Nieves le gustaría pura música de ganadero. Chalino, Grupo Exterminador, Valentín Elizalde, onda bronca pues, como su carácter.

Lo vi venir. Lo vi acomodarse en el sillón para tirarme una de esas charras sobre el valor de la música popular cuando sonó su teléfono. Los tres nos asomarnos a la pantalla para ver de quién se trataba. Era La novia del Yeti. Dejó que sonara un minuto que se nos antojó eterno. No, no pensaba contestar. Así que lo apagó. Una de dos. O lo sabía todo e ignoraría los ruegos de La novia del Yeti de que no nos dejara lisiados. O no sabía nada y se le andaba escondiendo a su ruca para que no le matara la peda. Era un volado. Mejor no preguntar. No fuera a ser el recordatorio que necesitaba para explotar.

Quise desviar la atención y le pregunté por mi ahijada. Tú sabrás mejor, malpadrino, me reclamó. El que estaba desconectado era yo. Hija de su anterior matrimonio, la Yetisita, era todo lo opuesto a su padre. Bonita y amante del skin care. Estudiaré cosmetología, presumía cada vez que le preguntabas qué quería ser de grande. Su objetivo era volver modelo a mi compadre. Demostrar que era más guapo que el wookiee ese que anuncia L'Oréal. Pero mi Yeto se le escondía a todo aquel que lo quisiera desinfectar. Su olor era una tortura. Y cómo apestaba después de su periodo de hibernación. Teníamos que soportar el jiede intenso de sus axilas chilladoras. Hasta que no saciara su sed no habría poder sasquatch o humano que lo obligara a asearse.

Ya sé cómo vamos a solucionar esto, dijo el Yeto. Vamos a jugar unas power slap Chabelo y yo. Si él gana, veremos la ópera completa. Si yo gano, me ponen a los Cranberries. Ya te chingaste, pinche hijo de Shenna Bathory, pensé. Te la vas a pelar, compa. Así como ven a mi compadre de dadote, que puede levantar una CX-30 Mazda sin rechistar, nunca ha podido ganarle a Chabelo a las power slap. Par de matalotes los dos. Queda claro que no es una cuestión de fuerza, es pura mañana, porque ninguno de nosotros tiene la musculatura del Yeto. Pa empezar yo ni puedo medirme con nadie por lo resbaloso de mis manos.

Las power slap estaban prohibidas en mi casa. El Yeto era un mal perdedor. No podía entender que perdiera con un humano y no con otro sasquatch. Siempre terminaba frustrado por ser derrotado por Chabelo. En represalia se bebía nuestra reserva de alcohol en minutos. Pisto y cerveza. Nos dejaba secos y teníamos que salir de madrugada a conseguir. Y con lo cara que estaba la multa por conducir con aliento. ¿Nos regalas un minuto? le dije a mi compadre y me llevé aparte al Chabelón.

¿Crees que sepa? inquirí. Quién sabe, me respondió. Ya lo conoces. Quizá sí y se esté divirtiéndolo con nosotros. Igual y no tarda en sacarlo a bailar y nos cae encima a chingadazos. Onque por otro lado, continuó, si su vieja lo anda buscando es porque no lo ha tenido enfrente y no ha tenido tiempo de echarnos de cabeza. Bueno, le dije, esto es lo que haremos, vamos a apostar que además de poner lo que nosotros queramos si ganas, tiene que lanzarse por dos cartones al expendio. Y cuando lo haga nos largamos al basquet, esta noche juegan Toros Laguna, el último lugar donde se le ocurrirá buscarnos es ahí.

¿Y si gana? deslizó Chabelo con inusitada inseguridad. A ver, cuántas veces han jugado, le pregunté. Un chingo, ¿no? Y no te ha sometido ninguna. Esta vez no será la primera. Además, debe estar débil por la hibernación. Si anda así de pedo a esta hora es porque seguro ni unas ahogaperros se chingó antes de comenzar a chupar. Bueno, dejen de cuchichear, par de chirindolas, rezongó el Yeto mientras encendía su enésimo cigarro mientras mordía con los dientes uno a punto de consumirse. ¿Jalan o se pandean? Va, pinche compadre, le reviré. Pero el perdedor además tendrá que reabastecer la hielera de chelas. Sobres, puños, dijo y se puso de pie acomodándose un chingadazo con el ventilador de techo.

Eh, eh, gimoteó irónico, ¿ya comenzamos con el fair play?, referi. Compadre, compadre, me apresuré a recordarle, esta no es tu cueva cinco estrellas. Aquí tienes que andar al tiro con los techos, ya te la sabes. No cabes, man. Un hilito de sangre le brotó de la frente. Sus pelos blancos se pintaron de rojo. Como siempre que se peleaba en la cantina y le sorrajaban botellas en la cabeza que le rebotaban como pelotas de squasch. Fui al botiquín y traje gasas. Le vacié un shot de sotol y le vendé la herida. Estaba listo para batirse con Chabelote. Quien también estaba peludo, no como el Yeti, pero sí más que Ari Telch.

Despejamos la sala y el Yeti y Chabelo se pararon justo en medio. Movimos la mesa de centro y el resto de los muebles. Sólo dejamos un par de sillones, atrás de cada uno, para que el noqueado se derrumbara en blandito. Ver caer desmayado al Sasquatch es todo un espectáculo. Es hermoso atestiguar cómo desfallece esa mole. Es como volar un edificio con dinamita. Después de dos o tres minutos de volver en sí comienza a alegar trampa. Que los sasquatch son legendarios en las competencias de cachetadas. Lo mismo de siempre. Pidiendo que se repita la bofetada. Lo cual nunca le conviene. Porque ya aturdido con la primera, la segunda lo remata a tal grado que le es imposible regresar solo a su casa. Y cómo odia los Uber, vaga por las calles sembrando el terror como endenantes.

El volado lo ganó Chabelo. Sería el primero en soltar el madrazo. Excelente. El que pega primero, pega dos veces, sambute el dicho. Pero en este caso no haría falta una segunda vuelta. Como otras veces, con la primera arreglarían a mi compadre. Sin tragar y con media estocada dentro no soportaría el guamazo. Lo único a su favor es que estaba bien descansado, bien dormido. Pero eso no le impediría ver estrellitas. En posición se retaron como los boxeadores en la ceremonia de peso. Sin odiarse el uno al otro, pero aborreciéndose por momentos. No olvides girar bien la cintura, le recomendé a Chabelo cual coach improvisado.

Chabelo lo midió. Lentamente le marcó la palma de la mano en la mejilla. Uno. Dos. Y tres. Soltó el cachetadón. La humanidad del Yeti se fue para atrás. Manoteó como si se precipitara hacia un lago o hacia una tumba. Si alguna vez fuiste niño y atestiguaste como talaban el árbol más antiguo de tu cuadra, podrás hacerte una idea de cómo se produjo la caída del Yeti. Se recargó lo que dura uno de sus suspiros sobre el sillón y luego acabó en el piso.

Rebotó y comencé el conteo. Uno, dos, tres, cuatro. Al segundo cinco me di cuenta de que no había perdido el conocimiento. Estaba lúcido. Era la primera vez en todos estos años de power slap que Chabelo no lo noqueaba.

Quédate en el piso, rogué. Quédate en el piso. No te levantes, hijo de la verdura. Ni se te ocurra pararte. Chabelo y yo nos miramos. No podíamos creerlo. El Yeto se estaba incorporando. Este cabrón se cree Highlander, pensé. Andaba tan pedo que bastaba con empujarlo para que se fuera al traste. Ese putadazo lo debía haber mandado de regreso derecho a la hibernación. Apoyó una rodilla sobre el piso y se impulsó con una mano, como un rey dispuesto a recobrar su imperio. Antes de los ocho segundos me miró fijo a los ojos y pronunció vengativo es mi turno.

Necesito inspiración, bramó el Yeto y se abalanzó sobre la yelera. Aclaración: la nuestra no es una de esas vulgares a las que le cabe un cartoncito todo apretujado. Es una como las que ves en las esquinas por la madrugada hasta el tronco de burritos de yelera. Bien le puede caber un cadáver. O un zacahuil. Tanteándole diría que fácil le entran noventa y pelos botellas de media. El Sasquatch abrió seis cheves y se las embocó todas al mismo tiempo. Tardó ocho décimas de segundo en liquidarlas. Así bebía cuando quería llamar la atención. O estaba emocionado. O nervioso. O cuando quería beber todo lo que fuera posible antes de que apareciera La novia del Yeti y se lo llevara a rastras.

Volvieron a tomar sus posiciones. El Yeto comenzó a tambalearse. Había llegado servido. Con ese six terminó de arreglarse. Segundos antes estaba entero. El chingadazo lo había reanimado. Y ahora estaba pedísimo. Pero él solito se había saboteado. Tuve que agarrarse con la mano izquierda de la mesa. Colocó la derecha

en la mejilla de Chabelo y procedió a medirlo. Eh, cuate, nada que me atinas en la oreja, lo amonestó Chabelo en un intento por sacarlo de concentración. Es descalificación directa.

Inició el conteo. Uno. Dos. Y tres. El Yeto levantó la garra para asestar la cachetada marranera. Garra que es más poderosa que una catapulta. Que podría partir en dos al Hombre Lobo. Tan poderosa como el olor de su axila. Y quién lo diría, el Yeto abanicó el golpe. Su extremidad pasó zumbando a unos centímetros de la choya de Chabelo. Una sonrisa de éxtasis que significaba eres un pobre pendejo nos asomó en el semblante. Había fallado. Y la regla marca que aquel que yerra su oportunidad es declarado automáticamente perdedor. Ya te fuiste a la Burger boy, mi sasquatch, canté victoria.

El Yeto no sólo no le atinó al Chabelón, sino que además se quedó girando sobre su eje. Aquí viene otra caída, pensé socarrón. Qué divertido. Doble función por el precio de un boleto. Por unos segundos el Yeto se suspendió en lo que parecía ser una danza consigo mismo. Nos cagamos de risa de ver cómo trastabillaba. En eso, sus pasos de baile lo empujaron justo hacia el televisor. Nos percatamos de que la habíamos instalado mal porque se desplomó hacia el suelo. Corrí a cacharla. Durante un instante la sostuve sobre estas manos que ni para hacerme una puñeta sirven porque se me resbala la monda. Se me escurrió y la pantalla se hizo añicos.

No, puta madre, no, grité. La acabamos de debutar. Ni siquiera he dado el primer abono.

Perdón, perdón, compadre, balbuceó el Yeto mientras encendía un cigarro. Te compensaré. Te rolo mi pantalla para que no quedes a riel. Nada más que orita no puedo ir por ella porque mi

vieja ya no me va a dejar salir. ¿Estás pendejo? Le ladré. Tu pantalla es un pinche mugrero chino. Esta vale cuarenta mil varos. Pero así orientalota y sin marca se ve más chingón que tu pinche adefesio. ¿Cuarenta mil varos? Si con once mil te armas una piratona. A esas no les duele nada. Es más, hubiera aguantado la caída sin doblarse. Fue hasta la gaveta de las golosinas, así le digo al escondite de mis puros, sacó un Cohiba y le arrancó la punta con los dientes.

Tantita madre, cabrón, estallé. Te quiero un chingo, te considero mi carnal del alma, más que al Drácula y al Frankenstein, pero cuesta más pilotearte que al Toro Torres. Te presentas sin avisar, no pones un peso para las caguamas y pa rematarla te chingas el mobiliario. Compadre, lloriqueó, no te pongas de cuenta chiles que me da harto sentimiento. Desde cuándo necesito invitación para ver a mi compadre. Eres un puto egoísta, le reproché. Te vale madre si queremos escuchar a Wagener. No estás tranquilo hasta arruinarnos la fiesta. Ps, qué güey, trató de defenderse, me gusta un chingo la voz de Dolores O'Riordan. Pues a mí no, le alce la voz, exasperado. Vi como los ojillos se le anegaban de lágrimas.

Te la pago, compadre, ofreció, según él para amortiguar mi enfado. Te abono por semana. Qué me vas a pagar, vociferé mientras me ponía los guantes especiales para recoger lo que quedaba de la pantalla sin que me patinaran las manos. Ni siquiera me has regresado el dinero que te presté para esterilizar a tu perro. ¿Y la mesa sobre la que te caíste pedo y según me repondrías? Voy a pagar esa pantalla durante dieciocho mesesotes y voy a tener que ver las películas en la puta laptop. Ya no me quiero encabronar más. Sabes qué, gánale. No te quiero ver más por hoy, le dije y le abrí la puerta.

El Yeti nunca he tenido empacho en llorar. Si algo lo sacude suelta las de cocodrilo sin pudor. No le importa que lo vean. Le pasa a cada rato en el cine con las comedias románticas. ¿Me estás corriendo, compadre? me preguntó haciendo puchero. ¿También me vas a vetar como al Toro Torres? No lo sé, respondí. Tengo que meditarlo. Pero en este momento quiero que te abras como botón de tulipán. El rostro del Yeti cambió con mi última oración. Se ensombreció de repente. Ah sí, pinche mal amigo, me espetó. ¿A poco tú muy perfecto? Ya sé que le andas tirando el pedo a mi vieja. Quieres mis fierros de alicate, ¿no?, culero.

El Yeto me enseñó los colmillotes. Con los que espantaba a los tránsitos cuando lo detenían por conducir en estado de ebriedad. No traigo licencia, pero traigo esto, puto, decía y lo dejaban ir. Cuando vi la baba escurrir de su boca me culié. Y un chingo. Claro que me asusté. Prefería rifarme un tiro con un dragón ponzoñoso, la neta. El Yeto podría ser mi compadre. Y podría quererme un chingo como presumía. Pero no dejaba de ser un animal. Y cuando los animales atacan no respetan género, raza o condición social. Y aunque nos diéramos un tiro derecho, era seguro que me mandaría al hospital. Me dejaría cojo o con una clavícula rota. No es que él fuera a salir limpio, pero pinche matalote, con estas ancas de rana no podría someterlo.

De nada me serviría tratar de apaciguarlo. Fui al armario y saqué la pistola de dardos tranquilizantes. Era mi única salida. Luchar cuerpo a cuerpo con el Yeti es más temerario que meterte a nadar con tiburones marinado de sanguasa. Ah, sí, pinche compadre, ¿te atreverías a sedarme? dijo y soltó un rugido que se escuchó hasta el expendio que está a dos calles. Amartillé el arma y le apunté justo en medio de los ojos. Estaba a punto de disparar cuando se

escucharon unos gritos. Cleto, Cleto. Ya sé que estás ahí. Sal, cabrón. Nos vamos para la casa. Era La novia del Yeti. Había traído su torton de tres toneladas para llevárselo hasta Villa Juárez.

Sonó el timbre. Abre la puerta, le ordené a Chabelo sin dejar de apuntar al Yeto. No, no seas gacho, Chabelito le imploró el Yeti. No la dejes pasar. Si existía una persona capaz de controlarlo, esa era su vieja. Y había aparecido justo a tiempo. Escuchamos las pisadotas subiendo la escalera. En cuanto lo vio, La novia del Yeti empezó a regañarlo. Mira zoquete, cómo traes la frente. No tienes ni veinticuatro horas fuera del cascaron y ya andas todo madreando. Jálale, lo arreó. Tenemos que peluquearte. Y perfumarte. Hueles a zorrillo viudo, hijo de la chingada. Toda la ferocidad del Yeto desapareció. Era mandilón de abolengo. Y comenzó de arrastrado con su vieja.

Eh, no, mi amor, dijo con su voz toda cavernosa, no me quiero ir todavía. Vine a visitar a mi compadre. Nada más un par de traguillos más y acabamos. Vete tú sola pal rancho y allá te alcanzo. Mantuve la pistola fija en mi objetivo. El Yeto me podía saltar encima en cualquier instante. Estás jodido, le dijo La novia del Yeti. De aquí no me muevo hasta que te vayas conmigo. Comenzó a arrastrar las patotas hacia la puerta. Pobre compadre, me daba pena verlo todo compungido. A nadie le gusta que se la corten. Pero de no ser por la aparición intempestiva de su morra, ya me habrían crujido todos los huesos del abrazo del oso que me estaba cocinando.

Una vez en el rellano hizo una de las pendejadas que tanto le encantan para llamar la atención. Uno de esos actos inexplicables si no eres un doble de acción. Se dejó caer por las escaleras. Rodó los más de treinta peligrosos escalones que conducen a la calle. Más de uno ha salido borracho de aquí y ha acabado en la Cruz

Roja después de recibir una buena dosis de cemento. Chabelo y yo corrimos a asomarnos. El Yeto se levantó como si nada. Estoy bien, gritó. No me pasó nada. Es de esas cosas que nunca voy a entender. Yo siempre tomando suplementos y vitaminas. Y tengo miles de achaques. El Yeto se alimenta mal, duerme peor y es fumador compulsivo y tiene una salud ejemplar. Nunca se enferma ni se rompe una uña.

Mientras se encaraba a la camioneta me pregunté quién le había dicho a La novia del Yeti que mi compadre estaba en mi casa. En el grupito tenemos una regla de oro. No importa cuánto te emputes con tu compa, nunca le reveles su paradero a su esposa. Y aunque mi integridad estaba comprometida, no hubiera recurrido al viejo truco de la traición. No le hubiera llamado a La novia del yeti para que me rescatara. Yo fui, me confesó Chabelo. Sé que le falté el respeto al código. No debí hacerlo, lo sé. Pero me culié machin cuando lo vi llegar. Pensé que nos mataría. Que nos trituraría y se quedaría a tomarse las chelas mientras nos desangrábamos. Entré en pánico y le mandé un SMS a su mujer. Se tardó un chingo en llegar.

El torton arrancó y le pedí ayuda a Chabelo para meter los restos de la pantalla plana en la caja de cartón. Hasta la sala escuchamos cómo entró la reversa del torton de manera atrabancada. EL Yeto chifló. Nos asomamos y desde la caja de camión me la sentenció. Juega, pinche compadre, gritó. Estás entrado. Esto no se va a arreglar hasta que nos agarremos a putazos, aclaró. Algo más iba a decir pero ya no pudo porque La novia del Yeti arrancó y con el acelerón mi compadre se fue de espaldas y se puso un estéte quieto en la chompa con la caja del camión.

Selección **poética** de

Alejandro Paniagua Anguiano

Arrullo

Cansado de jugar Pac-man,
voy a la cocina.
Veo a mi abuela que sostiene
un puñado de veneno para ratas
y está dispuesta a echárselo a la boca.
Su mano temblorosa arrulla las partículas.
La ponzoña se va quedando dormida
en medio de nuestra inmovilidad,
de nuestra mudez.
La nariz constipada de mi abuela
le canta al veneno
una dificultosa canción de cuna.
Ni la vieja ni yo decimos nada.
Ella tira el polvo al fregadero
y sube a encerrarse en su cuarto.
Yo vuelvo a jugar Pac-Man.
Años después, ella muere de cáncer.
Ahora yo sostengo un puñado

de ansiolíticos genéricos
y estoy dispuesto a echármelos a la boca.
Mi mano aún no tiembla,
así que le impido a los medicamentos
quedarse dormidos o conocer la ternura.
Al voltear de reojo, aparece mi sombra,
que intenta ser el niño que yo fui
para interrumpir mi rito.
Pero mi silueta no consigue cambiar
mis ganas de matarme
por una vergüenza momentánea.
Mastico las pastillas
que se cohesionan en mi boca
sin haber escuchado jamás una canción de cuna.

Mujeres vampiro

Mis vivencias, muchas,
son temibles como las mujeres vampiro.
Mis decisiones, varias,
resultan escabrosas
como un montón de momias de Guanajuato
que no solo cobran vida,
también saben hacer Quebradoras y Hurracarranas.
La mayoría de mis tribulaciones
podrían perfectamente formar parte
del título de una película de luchadores.
Por ejemplo, El Santo contra mi afición juvenil
por inhalar thinner luego de tener sexo
con una persona esquizofrénica.
También podría funcionar Octagón y Atlantis
contra la vez que consumí tanta cocaína
que me rompí un diente
por el temblor imparable de mis mandíbulas.
O Mil Máscaras contra mi cerebro del mal
que funciona erráticamente
provocando una epilepsia focal
con alteración de la conciencia,
una depresión incesante,
germofobia,
un cuadro de ansiedad generalizada
y ataques de pánico.
O Blue Demon contra mi resistencia a la insulina.

Pienso en otros títulos como Máscara Sagrada
y su lucha a muerte contra la vez
que me agarré a golpes en un baño de Sanborns
con un tipo que me estrelló la cabeza
cuatro veces contra el espejo empañado.
O qué tal, Tinieblas y Alushe contra el insomnio
que ha llegado a durar tanto
que comencé a sentir miedo
de que un orangután
rompiera la puerta de mi habitación
para quebrarme el cráneo.
O la venganza de Huracán Ramírez
por el día que me tomé diez tabletas de Sertralina
y hubiera seguido con otra caja entera,
pero me detuvieron los gritos de dolor de mi abuela
provocados por su tumor en los pulmones.
Quedaría bien El Rayo de Jalisco
contra mi encierro en un hospital psiquiátrico
donde no dejaba de pensar
que debía arrancarme la lengua
como castigo a mis actos indecibles.
Mi vida podría ser, sin duda,
la mejor villana de una cinta
con diálogos y efectos de mal gusto,
interpretada por hombres a la vez gordos y musculosos
que actúan con patetismo
y un montón de criaturas demoniacas

mal caracterizadas con disfraces
que revelan en todo momento
sus costuras y su pésima confección.
Mi existencia bien podría ser nombrada como:
El Santo contra la imposibilidad
de ser dichoso o, ya de perdida, estar en calma.

Ciencia Ficción

Justo el día de la Candelaria,
mi abuelo paterno —Zenón Arriaga—
se arrancó el rostro y nos reveló que era un androide.
Sus ojos estaban sostenidos por cuatro pernos oxidados,
su exoesqueleto mostraba manchas de óxido y sangre artificial,
lo que había debajo de su nariz era un enorme botón rojo.
Resultó que los puñetazos que el anciano le daba a mi abuela
hasta dejarla irreconocible
y las heridas que le hizo a mi madre en las manos con un machete,
no eran nada más que la ejecución de un programa.
Sus mentiras para meterme dos años al reclusorio Sur
por los papeles de un terreno espurio,
o sus manoseos indecentes durante mi infancia,
eran simplemente ceros, unos y espacios
que se convertían en acciones de una inteligencia artificial.
Las decenas de disculpas que espetaba como una letanía,
luego de eyacular entre mis piernas,
eran voces moduladas por un reproductor de sonido
ya bastante cascado.
Le grité a mi abuelo: “¡Chatarra, hija de puta!
¡Cachivache de mierda!”.
En la forma como se apagaron despacio
las luces Led en su consola de mando
noté algo muy parecido a la tristeza.
La pasta térmica que se derretía dentro de su procesador
emulaba un llanto cansado,
un gimoteo de una espesura sobrecogedora.
Enseguida arranqué un puñado de cables
amarillos, rojos, azules y negros
de su verdadera “cara”.
Empujé su carcaza de titanio y acero inoxidable por las escaleras.
Las chispas amarillas que arrojaba mi abuelo
encendieron, y aún hacen arder,
mis aborrecimientos.

El Monstruo de Metro Revolución

Por Javier Lether

Por los pasillos del metro Revolución un eco metálico fue arrastrado cuando el último convoy se alejó. Una escoba era balanceada como un péndulo por una figura naranja con gris, junto a él estaba una cubeta sucia y despostillada. Él apareció de entre las sombras, esperando a que ningún usuario estuviera cerca.

Los guardias y sus compañeros apenas le dirigían la palabra; cumplía con sus deberes: limpiar los pisos, las ventanas manchadas, los vómitos resacos. Su nombre era Humberto, aunque casi nadie lo sabía. Para todos era “el monstruo”.

La neurofibromatosis lo había acompañado toda su vida. Con los años su rostro se fue deformando: una mitad era alargada y bultosa, el ojo izquierdo era casi ciego, la piel era dueña de bultos duros como si tuviera piedras enterradas, y la punta de su dedo índice derecho tenía una proporción mayor al resto.

Su cabello y barba eran grisáceos, demasiado delgados para disimular la asimetría de su cara.

Caminaba lento, arrastrando los pies. Sabía que, con solo verlo, la gente se sentía incómoda. Cuando lo miraban, no era con curiosidad, era con asco y miedo. Las mujeres, sobre todo, bajaban la mirada cuando, por error, se cruzaba con la de él, o se apresuraban a cambiarse de vagón cuando lo veían pasar muy de cerca. La realidad es que Humberto nunca había experimentado algo como el amor de pareja; nunca nadie lo había acariciado, jamás sostuvo la mano de alguien y mucho menos había rozado los labios de otro ser humano.

Desde niño, aprendió a sobrevivir a los susurros, prejuicios e insultos: en la época de la primaria, los demás niños lo le gritaban: “mutante”, “deforme”, “cuasimodo”. Eso no cambió con en la secundaria; un grupo de chicos lo tiraron al suelo y le pisaron la cabeza repetidas veces. Con el tiempo abandonó los estudios, pero jamás dejó morir la oculta y privada esperanza de que algún día todo sería distinto y sería tratado con respeto y dignidad.

Se refugiaba en un mundo interno, donde se sentía seguro con lo poco que tenía: sus plantas y flores las cuales admiraba por sus formas y colores, una colección de canciones viejas que cantaba en voz baja y que bailaba junto a lo que más amaba: su madre.

Vivía con ella en una casa de lámina, en una de las periferias de la Ciudad de México, donde las calles se convierten en terracería y la clase obrera llega solo a dormir a sus hogares, como si fueran dormitorios que día a día pierden su vida en las largas distancias a sus trabajos y en las anchas horas de transporte público.

El trabajo como intendente del metro le daba poco, en realidad casi nada, pero lo suficiente para sobrevivir; no tenía prestaciones, ni seguro médico. Apenas alcanzaba para comer, pero Humberto se aferraba a él porque de la daba la ilusión de que servía para algo; era una forma de aferrarse a una prueba mínima de existencia y de utilidad.

En ese lugar subterráneo encontraba algo parecido a la paz. Sobre todo, porque cubría el turno nocturno, así no tenía que lidiar con las miradas y todo aquello que lo acongojaba durante el día.

Una noche, pasaba de las doce, el último tren se había marchado. Humberto trapeaba cerca de los torniquetes, al mismo tiempo que cantaba en voz baja:

—“Ay, qué bonito es volar a las dos de la mañana, ay mamá. Volar y dejarse caer en los brazos de una dama”.

Entonces escuchó el golpeteo de un bastón:

—Señor, ¿trabaja aquí?, ¿podría ayudarme?

La voz era ingenua, pero amable.

Una muchacha avanzaba con cautela. Llevaba gafas oscuras y un bastón blanco con rojo, el cabello estaba sujetado por un moño rosa que dejaba asomar su cuello blanco y delgado.

Humberto dudó un momento mientras meditaba su respuesta.

—Claro, señorita. ¿Se siente bien?

—Un poco perdida. —respondió—. Vine a trabajar y me quedé hasta muy tarde porque no me fue bien, pero el último metro ya se fue y ya no hay transporte afuera y... no tengo a donde ir hasta que amanezca.

Humberto miró por los pasillos. No encontró al guardia del turno, (se había ausentado como a veces hacía).

No dijo nada por un momento mientras meditaba su respuesta, pero al no encontrar una mejor solución terminó por ofrecerle asilo en el metro.

—Puede quedarse un rato aquí, señorita. Es más seguro que allá afuera.
—No lo meterá en problemas, ¿verdad?
—No, no se preocupe —replicó.

Ella se acomodó junto a una columna, apoyando su bastón sobre las rodillas.

—Muchas gracias, señor. ¿Cuál es su nombre?
—Humberto.
—Yo soy Inés —dijo—. Es un placer y perdón por molestarlo.
—No se preocupe. ¿Vive lejos? —preguntó Humberto tratando de no parecer impertinente.
—Un poco. Vivo... —hizo una pausa breve—, vivía por Ciudad Azteca, pero últimamente es difícil recordar los caminos que nos llevan a casa.

Hoy fue mi primer día trabajando en esta estación; no la conozco muy bien, pero sé que mucha gente la recorre a diario y decidí arriesgarme a venir. No me fue muy bien, pero logré juntar algo de dinero.

—Qué mala suerte. —murmuro él—.
—Quizás... —respondió ella con tono dulce— Bueno, dicen que no hay mal que por bien no venga... Al menos no pasaré la noche en la calle; no todo es malo en esta vida, porque si no, no lo habría encontrado a usted.

Hubo un silencio. Humberto no supo qué decir; no recordaba haber tenido una conversación tan prolongada con otra persona que no fuera su madre o algún doctor. Había pasado mucho tiempo que había olvidado el protocolo para llevar a cabo esas conversaciones que todo el mundo podría considerar como triviales y mucho menos que estas mostraran gentileza hacia él.

—Hace rato, ¿usted estaba cantando? —preguntó Inés.
—No... Bueno... Sí. A veces lo hago mientras trapeo o barro el piso.

—Lo sabía. Esa canción era La Bruja. —dijo ella—. Ese es un guapango; uno de mis favoritos. Usted no canta nada mal.

Él bajó la mirada, incomodo, pero con una leve sonrisa que no pudo esconder.

—Es solo para pasar el rato y así no se siente tanto el silencio. —respondió con timidez.

—¿Tiene mucho trabajando aquí?

—Sí. Desde hace años.

Se detuvo un momento, como si no estuviera seguro de como continuar, pero algo en la voz de Inés lo animó a proseguir en pocos segundos.

—Creo que el metro es el corazón de la ciudad y que éste nunca deja de latir, incluso cuando duerme por las noches... —dijo—. Y yo... pues... lo limpio para que no se detenga. Claro que no le doy mantenimiento como un mecánico, pero lo hago lucir un poco más peinado porque soy intendente.

—Entonces usted cuida el corazón de esta ciudad. —exclamó—. Eso suena hermoso, casi poético.

—No lo es tanto. Aunque... hay ocasiones que me parece sentir que el ruido del metro es como el mar, nunca he ido, pero quiero pensar que así suenan esas vibraciones y esa sensación de que algo es muy grande y nunca termina.

Inés rió con ternura, sin hacer mucho ruido.

—¿Y usted? —preguntó Humberto—. ¿A qué se dedica?

—Canto en los vagones. —dijo Inés.

Apoyó el bastón entre sus manos, buscando una posición cómoda. Respiró profundamente, y luego, delicadamente comenzó a cantar.

—“Volver a los diecisiete después de vivir un siglo es como descifrar signos sin ser sabio competente...”

No levantó el volumen. No cambió el gesto. Cantó como si siguiera hablando. El sonido se quedó suspendido en el vacío, mezclándose con el zumbido lejano de la estación que golpeaba las paredes y regresaba pacíficamente.

Humberto no se movió. Sintió que, si hacía cualquier cosa, la voz se rompería y todo en ese momento dejaría de ser esplendido.

—“Volver a ser de repente tan frágil como un segundo. Volver a sentir profundo como un niño frente a Dios...”

Cuando ella se detuvo, un clima cálido se aproximó impetuosamente. Había dejado de existir cualquier presencia de incomodidad; la timidez no era tangible, se habían desplomado la inseguridad de ser desconocidos, como si un polvo pesado se hubiera desvanecido en cada rincón del metro.

—Eso cantó para ganarme la vida —dijo Inés, simplemente.

Humberto no entendía por qué... Pero sintió que algo dentro de él nacía; un suspiro intenso que se prolongó hasta parecer inhumano, brotaba como un regocijo de entre tantas penas que se ahogan en la garganta más profunda.

—Eso fue hermoso... Canta muy bonito. —aseguró sin vergüenza alguna.

Él la observó más a detalle con el ojo que no estaba descompuesto: las gafas oscuras, el bastón rojo y blanco, la forma en que inclinaba la cabeza para poder escucharlo. Eso ya lo sabía desde el momento en que se presentó, pero algo, hasta ese momento, no había terminado de acomodarse.

Entonces lo entendió. No fue una sorpresa, sino más bien una certeza que se abrió paso. No era que ella no pudiera verlo. Era que, frente a ella... No tenía que esconderse. Sintió como la armadura que usaba para enfrentar al mundo se comenzaba a desmoronar, como sus músculos y huesos se aflojaban. Por primera vez no tuvo la necesidad de bajar la mirada, ni girar el rostro, o medir la distancia exacta para no incomodar. Se quedó ahí. Sin corregirse, sin esconder nada, contemplando la oportunidad y la alegría de ser visto como un ser humano como todos los demás.

Hablaron durante horas, entre silencios cómodos y risas breves. Al principio, sobre cosas rutinarias, luego, poco a poco llegaron a esos temas de los que no se habla a menudo y menos con extraños; se dieron cuenta que existía una complicidad, una comprensión fantástica entre ellos.

Él le contó sobre su madre, de su soledad, su deformidad; de cómo la gente sentía horror al verlo y lo evitaban, sobre los susurros y miradas que había recibido toda su vida. Ella le habló sobre su infancia: de los colores que recordaba: el azul del cielo, el verde de un vestido que su abuela le había cosido, el amarillo de la última mañana que logró presenciar.

—Desde niña fui perdiendo la vista. —dijo Inés—. Antes veía un poco, pero todo se fue apagando. Mis padres cuidaban de mí, pero fallecieron. Le temía a la oscuridad; sentirme sola, pero ya no le temo más porque vivo en ella. Es parte de mí.

Humberto se sentó en un peldaño, a una distancia prudente.

—Lo siento mucho. No debe ser fácil.

—No lo es. Tampoco ha sido sencillo para usted —respondió ella—. Pero, sabe, uno aprende a orientarse con los sonidos. A veces, siento que puedo ver más que la gente normal, cosas como: el dolor, el miedo,

el amor. Incluso sé cuándo dice mentiras, o finge compasión hacía mí, también si realmente hay bondad y nobleza en su voz. Las palabras, incluso los silencios muestran lo que realmente llevamos en el corazón y en el pensamiento. Podemos intentar engañarnos a nosotros mismos y al resto del mundo, pero el alma siempre buscará la manera de hacerse presente; lo que somos internamente se revela en las pequeñas cosas, cuando no nos damos cuenta. Como usted... cuando lo escuché cantar. Por eso me atreví a acercarme.

Humberto sonrió. Tenía motivos. Él sabía que un tesoro como la confianza pocas veces se encuentra y que cuando este llega, no lo hace por accidente, sino por con un motivo exacto que revela la certeza de que otro ser humano se siente a salvo de develar sus más oscuros secretos, aquellos miedos irregulares, la extensión de los sueños de la infancia, el permanente y molesto dolor de la vida adulta o la ternura universal que motiva a levantarse a cada uno todas las mañanas.

—Tiene mucha razón. Yo casi no escucho del lado izquierdo, pero con el derecho alcanzo oír lo suficiente para notar los susurros de asco, el miedo de la gente cuando me ven, o el odio que disfrazan de burlas. Pero también oigo lo que nadie escucha: el movimiento de las plantas y las flores, a los pájaros cuando comienzan a volar o el cielo unos minutos antes de que comience a llover. Eso para mí es no estar tan solo porque me emociono con la belleza de las cosas que parecen invisibles.

Ella giró el rostro hacía él.

—Tal vez por eso nos entendemos —dijo—. Somos de esos que el resto no quiere mirar o ha olvidado. Aquellas cosas que colocan en la sección de defectuosos o rotos.

—Así es —Humberto bajó la mirada—. Los que no encajan porque el mundo no comprende que somos, tal vez es miedo porque asustamos sin querer.

—Hay temporadas en las que sueño que vuelvo a mirar —dijo Inés—, pero me despierto y todo sigue siendo oscuridad. Se supone que

debemos aceptar nuestra realidad, pero lo cierto es que daría lo que fuera por ver una vez más el sol.

—Yo sueño al revés —repuso Humberto—. Sueño que nadie me puede ver; que puedo caminar con determinación y seguridad, que mi cara no es como siempre ha sido y existe la compasión. Otras veces, sueño que soy alguien totalmente diferente... que me notan por mis virtudes y que no tengo que repetirme que mi belleza solo está por dentro.

—Tal vez la oscuridad nos iguala —dijo ella.

—Sí. En la oscuridad nadie es feo.

—Sí. En la oscuridad nadie es feo.

Humberto sintió una extraña mezcla de frío y calor en el pecho. Esa mujer no conocía su rostro deforme, no veía su piel lastimada, ni su ojo maltrecho. O al menos, no como lo hacía todo el mundo... Pero por supuesto que lo hacía... conocía su dolor, su soledad y lo escuchaba. Imaginó que, si la hubiera encontrado años atrás, todo o al menos algunas cuantas cosas habrían sido diferentes.

De las doce hasta las cinco, caminaron juntos por los pasillos; subieron escaleras, tocaron barandales, siguieron el eco de sus propios pasos, recorrieron las rejas oxidadas. Dos almas que el mundo había escondido encontraron refugio en la oscuridad.

Cuando el primer tren comenzó a escucharse a la distancia, Inés se puso de pie.

—Gracias por dejarme quedar aquí, Humberto. Más bien... gracias por todo.

— Cualquiera lo hubiera hecho —dijo—. No es nada, Inés.

—No, no cualquiera. Otra persona me hubiera dejado a mi suerte. Fue maravilloso conocerte. En realidad, no creí desear que la noche terminara.

—Pienso igual. En ese caso, quiero darte las gracias por la sencilla razón de haberme tratado con gentileza, como un ser humano normal. Hoy no me sentí solo.

Humberto condujo a Inés hasta la salida. Quiso alargar ese momento por siempre. Al llegar, ella extendió la mano. Él la tomó con cuidado, temiendo que el tacto la asustara, pero ella no retrocedió. Inés buscó la cara de Humberto con la punta de los dedos de su otra mano. Él se dio cuenta de lo que quería hacer, y aunque dudó al principio, dejó que prosiguiera el acercamiento. Pronto se hallaron mano y cara, piel con piel. Ella le acarició con indulgente dulzura la mejilla izquierda, esa que estaba alargada, y mal dibujada mientras sonreía suavemente.

—Tú jamás has sido aquello que toda la vida te han dicho, Humberto. Tú no eres un monstruo. La belleza solo puede habitar en aquellos que pueden reconocerla en los vientos intimidantes, entre los murmullos de los cipreses, o en el vasto horizonte donde algún arco iris se degrada y junto con él cualquier muestra de rencor porque todos están llenos de eso por las agonías del infortunio y tú no has permitido que ninguna se mezcle con la nobleza de tu corazón. Tu alma es bella al igual que tú. Yo lo puedo ver.

Pronto se comenzaron a multiplicar las lágrimas de Humberto y éstas mojaron por un momento los dedos de Inés.

Él la miró alejarse, guiada por su bastón, entre los puestos cerrados y los faros moribundos de la avenida. Donde la luz del amanecer comenzaba a filtrarse. Algo parecido al calor del sol comenzó a brotar en su interior y una felicidad, que no recordaba haber sentido en años, se dispersó en su mirada y su sonrisa.

El metro había abierto sus puertas y los primeros pasajeros se abrían paso para entrar a la estación; quedaban pocos minutos antes de que el primer convoy llegara. Entonces volvió a su trabajo: debía terminar sus

labores. De regreso, las manos de Humberto temblaban, y su corazón se agitaba con cada paso. Por un instante pensó que, si la vida fuera justa, quizá podría volver a verla. Pero en seguida rió para sí mismo: la vida no es justa, Humberto, nunca lo ha sido, pensó.

Sin embargo, comenzó a cantar una canción, una que había escuchado de niño, pero que hasta el momento no había existido motivo alguno para hacerlo.

—“Si te hablan de mí, muchachita, si te hablan de mí en tu presencia... diles que yo soy tu negro santo, Yo soy un feo, un feo que sabe amar, con todo su corazón, qué te quiere de verdad”.

Apenas tomó la escoba, vio a un hombre tambaleando cerca del borde de la estación. Nadie más lo había notado.

—¡Oiga, señor, tenga cuidado! —gritó—.

Era un hombre en estado de ebriedad. El borracho se volvió bruscamente, molesto y asustado por la apariencia de Humberto.

—¡Déjame, pinche monstruo! No te acerques.

Humberto corrió hacia él. Intentó sujetarlo del brazo, pero el hombre forcejeó. El movimiento los desequilibró: Humberto lo jaló hacia sí para evitar que cayera. El borracho pronto estaba tirado en el suelo, a salvo, pero el intendente de aquel metro se resbaló con su propio pie y el peso de su cuerpo lo hizo caer hacia las vías.

En un segundo estaba recostado sobre los rieles con la espalda colocada en los durmientes. El golpe de la caída le impedía mover su cuerpo y entonces lo entendió.

Sus manos se arrastraban en el frío balasto, el metal vibraba debajo de él, el olor a hierro caliente se mezclaba con el combustible y poco a poco iba levantando el polvo que penetraba su olfato. Vio el túnel iluminarse. Su oído bueno se encontraba completamente confundido, pero pronto empezó a sentir los intensos gritos de las personas que pedían ayuda. Sintió el aire del convoy naranja venir con fuerza; su pulso se aceleró. La voluntad lo había abandonado, sus ojos apenas alcanzaban a distinguir las sombras que apreciaban la escena.

Pensó en su madre, en sus recuerdos más antiguos, en los cielos y las canciones que alguna vez lo habían conmovido, en la voz de Inés. Y por primera vez no sintió miedo. Humberto se hundió en la oscuridad del vagón junto a los rieles, justo cuando la luz blanca del tren lo envolvió por completo en un resplandor que lo envolvió en un amanecer eterno. Murió sonriendo, convencido de que, aunque el mundo no lo hubiera querido, había probado que incluso los monstruos pueden salvar una vida.

Días después, los periódicos publicaron la nota: “Muere trabajador del metro al salvar a un hombre”.

En un párrafo mencionaron otros accidentes que habían ocurrido en la misma estación. Cinco años atrás una mujer ciega había caminado sin detenerse y cayó en las vías.

Los policías y algunos periodistas revisaron las cámaras de seguridad, en donde se veía a Humberto caminando por los pasillos, hablando, moviendo las manos, sonriendo y cantando solo. No había rastro de Inés. Solo su cubeta inmóvil junto al borde del andén.

**HAZ CLIC
EN LA FOTO
DEL AUTOR**

**ESTO NO
TERMINA,
AQUÍ**

**HAZ CLIC
EN LA FOTO
DEL AUTOR**

**ESTO NO
TERMINA,
AQUÍ**

SEMANARIO
PUNK

FÚTBOL

Rebeldesoy

Por Pedro Alejandro Vera Muñoz

Hay un sufrimiento que, aunque elegido, ya nunca se puede evitar: es ese el que provoca el equipo de fútbol que se elige en lo más tierno de la infancia, por convicción, herencia o fortuna. Así hay equipos que, en su mayoría, te darán alegrías o que te enseñarán valiosas lecciones a través de las derrotas.

En México hay pocas cosas más estoicas que irle a los Pumas, un equipo querido más por identidad nacional que por sus logros deportivos; y es que este equipo conjunta cantera, leyendas como el más grande jugador mexicano, Hugo Sánchez, y uno de los más carismáticos que han visto las canchas del balompié nacional, Jorge Campos. Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México es el hijo dilecto de la afición nacional porque no se le exige mucho: solo garra y pasión. Los triunfos son cuestión del destino; son un David contra el Goliath del perverso mundo del tejemaneje del fútbol mexicano.

Todo esto crea un cóctel difícil de resumir y, sobre todo, complicado de afrontar como afición; pero es que los amores no responden a la lógica: se van tejiendo en el corazón y es difícil desterrarlos. Ni la desilusión más profunda puede erradicar ese fervor por el equipo. Andrés Canalla encontró en esta mixtura los ingredientes para enhebrar una canción que narre un sentimiento, pero, sobre todo, que busque el sueño más profundo de un aficionado: el de pertenecer.

“Rebelde Soy” es una tonada que inicia como balada romántica, pero que va creciendo, tan honesta como potente, siguiendo una línea íntima que busca también una identidad propia, una lucha por existir, como lo inexplicable de ser fanático.

En conversación con Andrés Canalla, cuenta que esta canción nació como un bálsamo que intentaba explicar el abandono del Turco Mohamed a los Pumas, uno de los técnicos más ganadores de los últimos años del fútbol mexicano, que no logró campeón con el equipo y lo dejó a mitad del torneo. Las preguntas que intentaba resolver Andrés eran: ¿por qué le pasa eso a los Pumas?, ¿se puede competir en este infructuoso modelo económico del fútbol?, ¿por qué le voy a Pumas? Las respuestas se sienten y se acomodan en esta canción.

Flanqueado por otros acérrimos fanáticos y conocedores del fútbol, como los Zuaraz, el tema toma una profundidad más musical, cercana al bolero y al sentimiento, así como una segunda voz que acompaña lo incoherente de la rebeldía azul y oro. Charlando vía digital con Santiago Hernández Zaruaz, vocalista de Zuaraz, quien radica en Madrid, encuentro una guía hacia los adentros de los caprichosos designios de la vida y de la elección —no menos caprichosa— de la afición infantil, y cómo el fútbol y Hugo Sánchez han creado una conexión inexorable en su vida.

Me contó que irle a los Pumas es una cuestión fortuita, así como lo fue recibir el llamado de Andrés para ponerle la otra mitad a esta canción. El abandono y la saudade que dejó Mohamed, junto con la nostalgia de los campeonatos, fueron los ingredientes que aportó Santi. Bachano, su hermano, una mente más técnica, que ocupa la guitarra como herramienta expresiva, aportó una base donde la melodía y la letra conectaran con México y se alejaran un poco de lo esperado.

Esa fue otra meta que se puso Canalla al componer: alejarse de lo que se pensaría de forma rápida al decir “es una canción de los Pumas”. Quizá un ska o algo parecido a Molotov sería la respuesta fácil, pero cada quien vive el fútbol a su manera, y lo que siente Andrés por los Pumas, por visitar el estadio y por enfrentar a Goliath cada torneo, vibra realmente en la canción.

El porqué de hacer “Rebelde Soy” tuvo dos respuestas: Santi, más pragmático, pondera la amistad y el deseo de seguir perteneciendo a la fantasía del fútbol, esa que de niño lo conquistó. La respuesta de Andrés es más febril: su deseo es ser parte de la historia de Pumas; más profundo aún, ser parte de la tribuna y vivir por siempre en el grito de apoyo, cantando desde el pebetero o desde cualquier zona del Estadio Universitario. Vivir por siempre, vibrando en las gargantas de los Pumas y siendo acallado solo por el grito del gol.

“Rebelde Soy” ya está disponible en todas las plataformas y es probable que sirva como amuleto para este torneo, donde un canterano y primer campeón del mundo, Efraín Juárez, está haciendo vibrar de nuevo a C.U. con garra e identidad. Esta canción es bandera de eso. Te recomiendo seguir a Andrés Canalla y a Zuaraz en todas sus redes sociales.



Fotografía Facebook Andrés Canalla

NO. 01

ENERO 2026

SEMANARIO

PUNK



lee, dando click aquí,
nuestro primer número

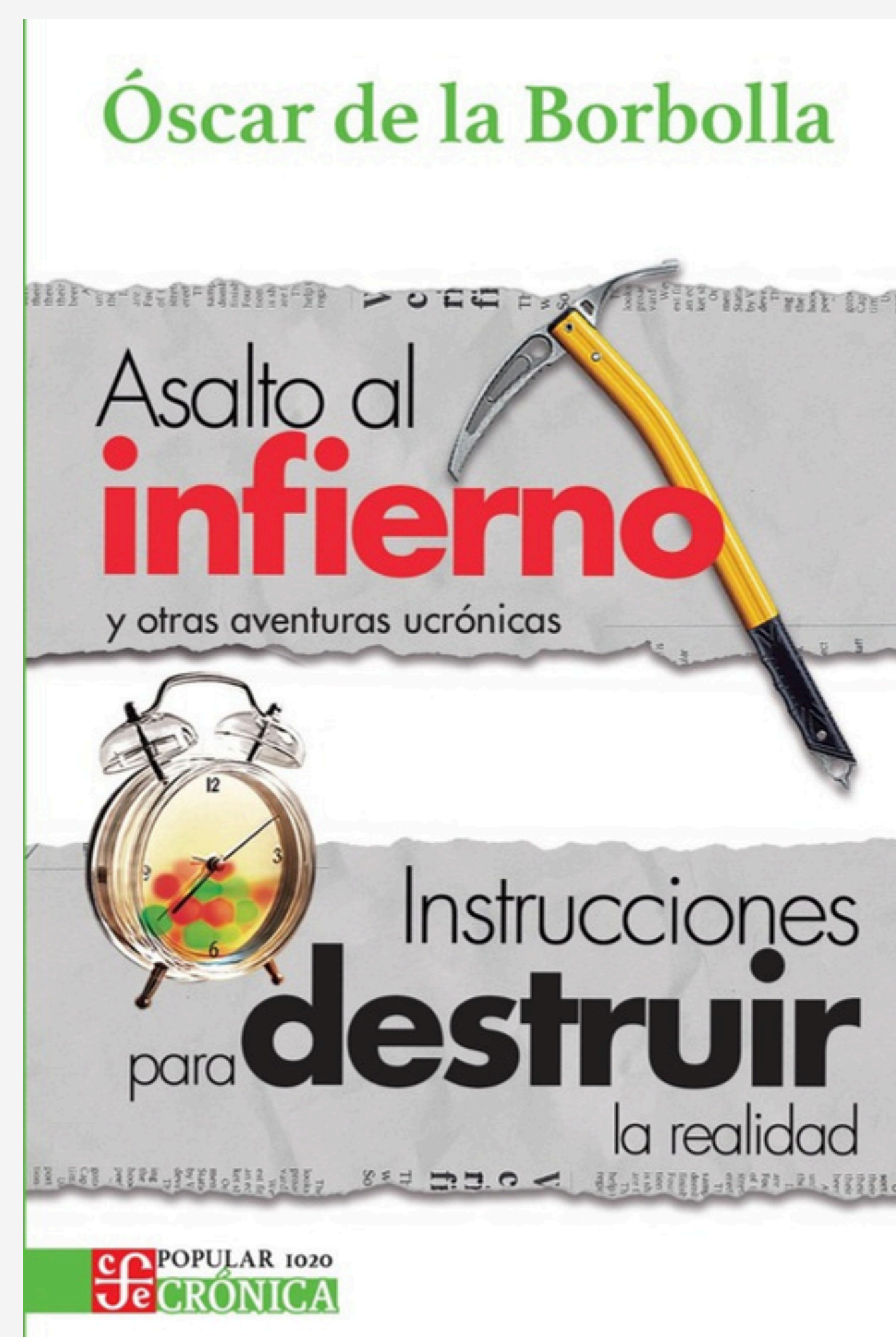
EDITORIALES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ASALTO AL INFIERNO/INSTRUCCIONES PARA DESTRUIR LA REALIDAD

En Asalto al infierno y otras aventuras ucrónicas, el escritor y filósofo Óscar de la Borbolla reúne los relatos de un escritor que finge ser periodista para entrevistar al diablo, infiltrarse en un manicomio y hacerse enterrar vivo para capturar a una banda de traficantes de órganos, mientras que en Instrucciones para destruir la realidad, sigue el juego de utilizar los géneros periodísticos para introducir en la realidad, de contrabando, lo imaginario. Se trata de dos obras integradas en un solo volumen, donde se realiza una crítica mordaz a la sociedad y a la condición humana; una invitación para asomarnos con ironía a nosotros mismos.



TEA ROOM. MUJERES OBRERAS

Matilde es una joven camarera que comienza a trabajar en un sofisticado salón de té. En su persona, Luisa Carnés, la autora, nos deja ver las duras condiciones laborales de las mujeres en el Madrid de los años 30 y, con ello, revela las injusticias que se ocultan tras los finos escaparates: interminables jornadas laborales, salarios miserables y una precariedad que las condena al silencio y la sumisión. La obra aborda también, con crudeza, el aborto, la maternidad forzada, la educación desigual, así como el papel de la mujer en el matrimonio y la falta de alternativas para desarrollarse en un mundo que le es hostil, al tiempo que denuncia la doble injusticia que representaba ser mujer y pertenecer a la clase trabajadora en el primer tercio del siglo XX.





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

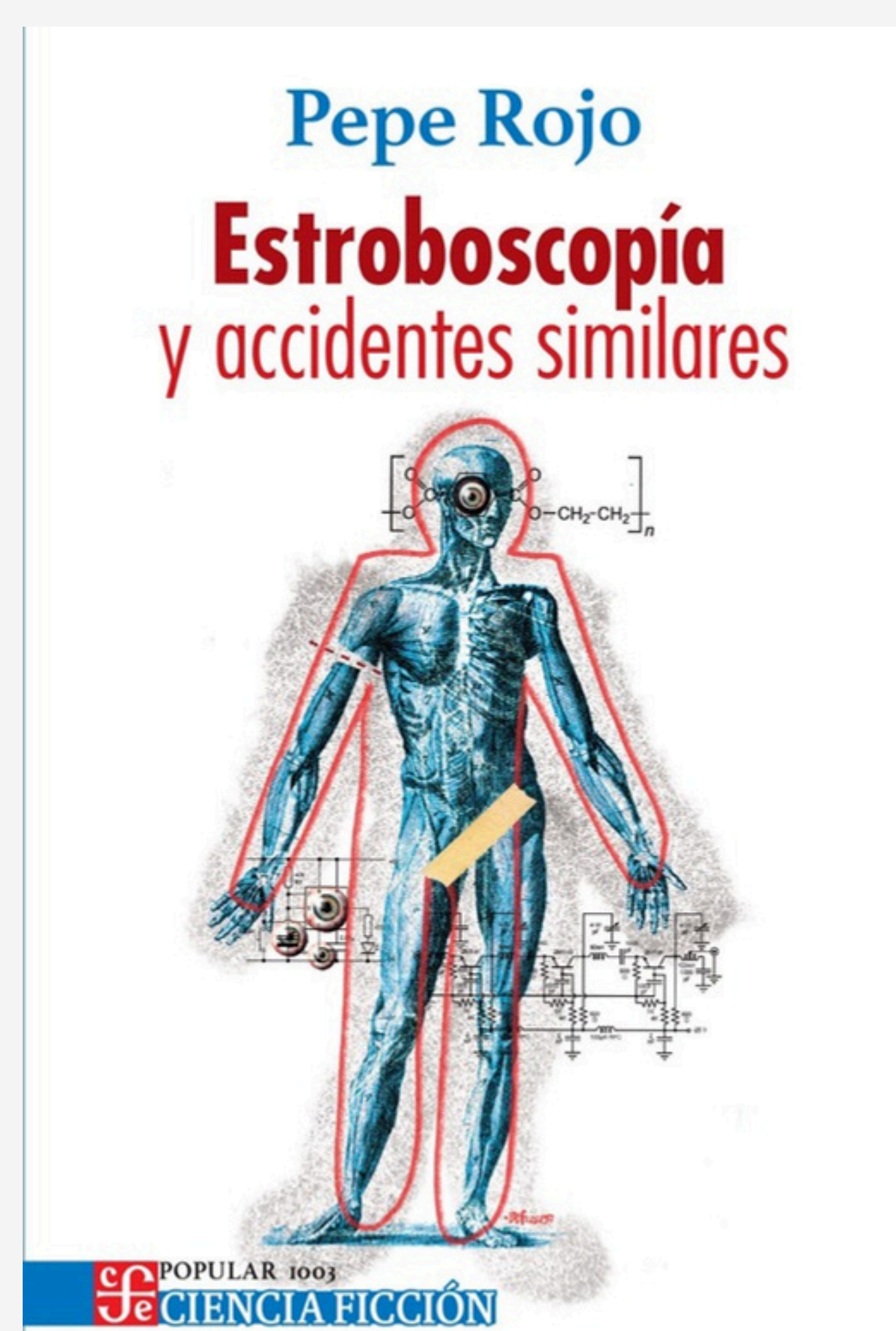
LÁGRIMAS DE LUZ

En un futuro donde la humanidad se ha lanzado a conquistar la galaxia bajo el mando de una poderosa corporación, Hamlet Evans, joven poeta, se enrola en la maquinaria militar interplanetaria. Desde sus años de formación en el planeta Monasterio hasta su paso por flotas que arrasan planetas llenos de vida, Hamlet vive un proceso de deshumanización que solo sus versos intentan contener. Con resonancias épicas, Lágrimas de luz, obra de Rafael Marín, es una ópera espacial humanista que explora el conflicto entre creación y obediencia, libertad y poder, en un universo donde la voz poética resiste el avance brutal de la conquista galáctica.

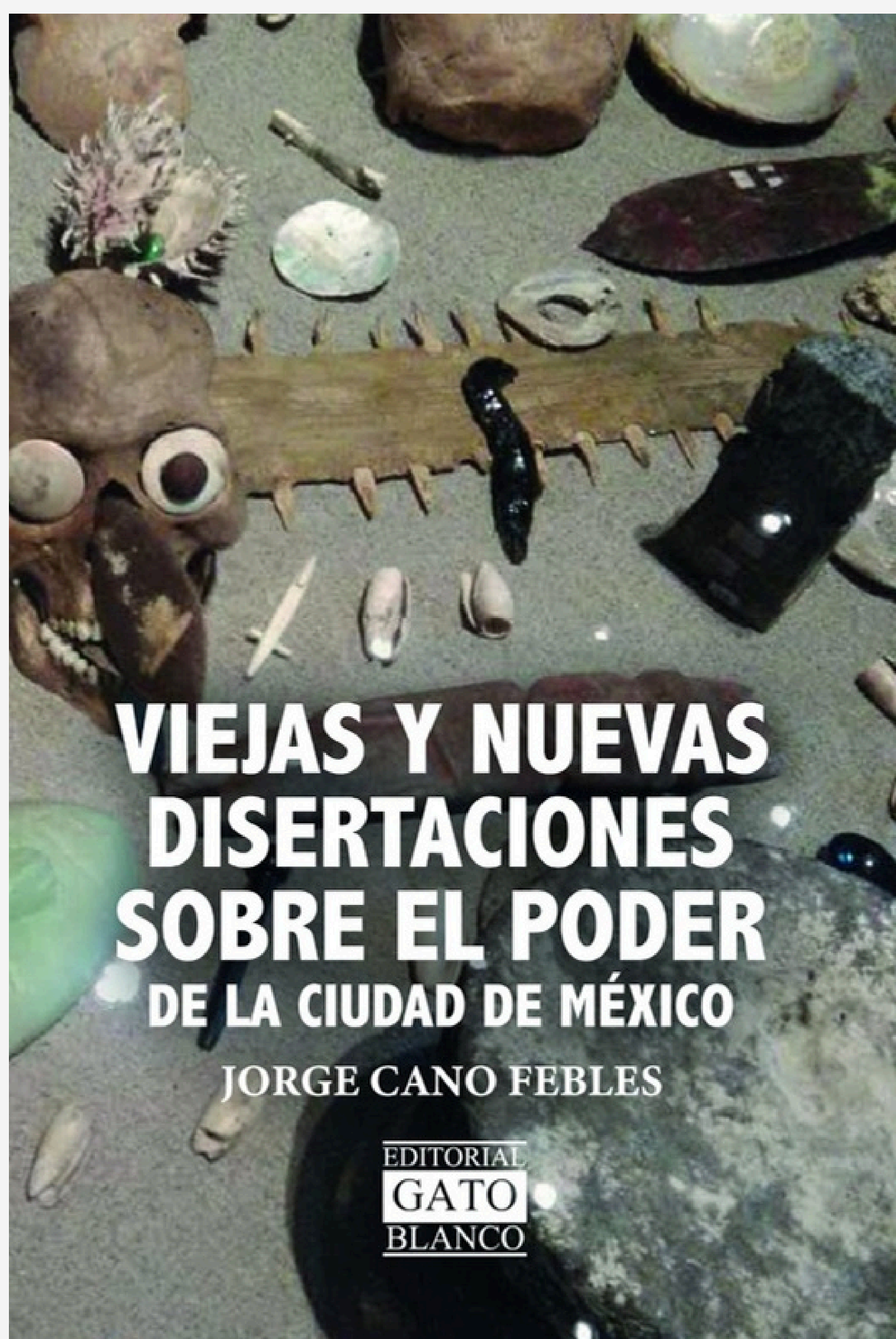


ESTROBOSCOPIA Y ACCIDENTES SIMILARES

Objetos más humanos que sus dueños, personas que se han convertido en máquinas, criaturas siniestras que actúan por su conveniencia, protagonistas que rayan en la locura e instrucciones para vivir en un mundo futurista se mezclan en esta obra de Pepe Rojo, que reúne una serie de cuentos que no prometen finales felices, sino que exploran los deseos y temores humanos manifestados en objetos que se vuelven más cotidianos con el paso de los años, explora y juega con los límites de la ciencia ficción, acercando el género al terror o a la ficción especulativa.



EDITORIAL GATO BLANCO

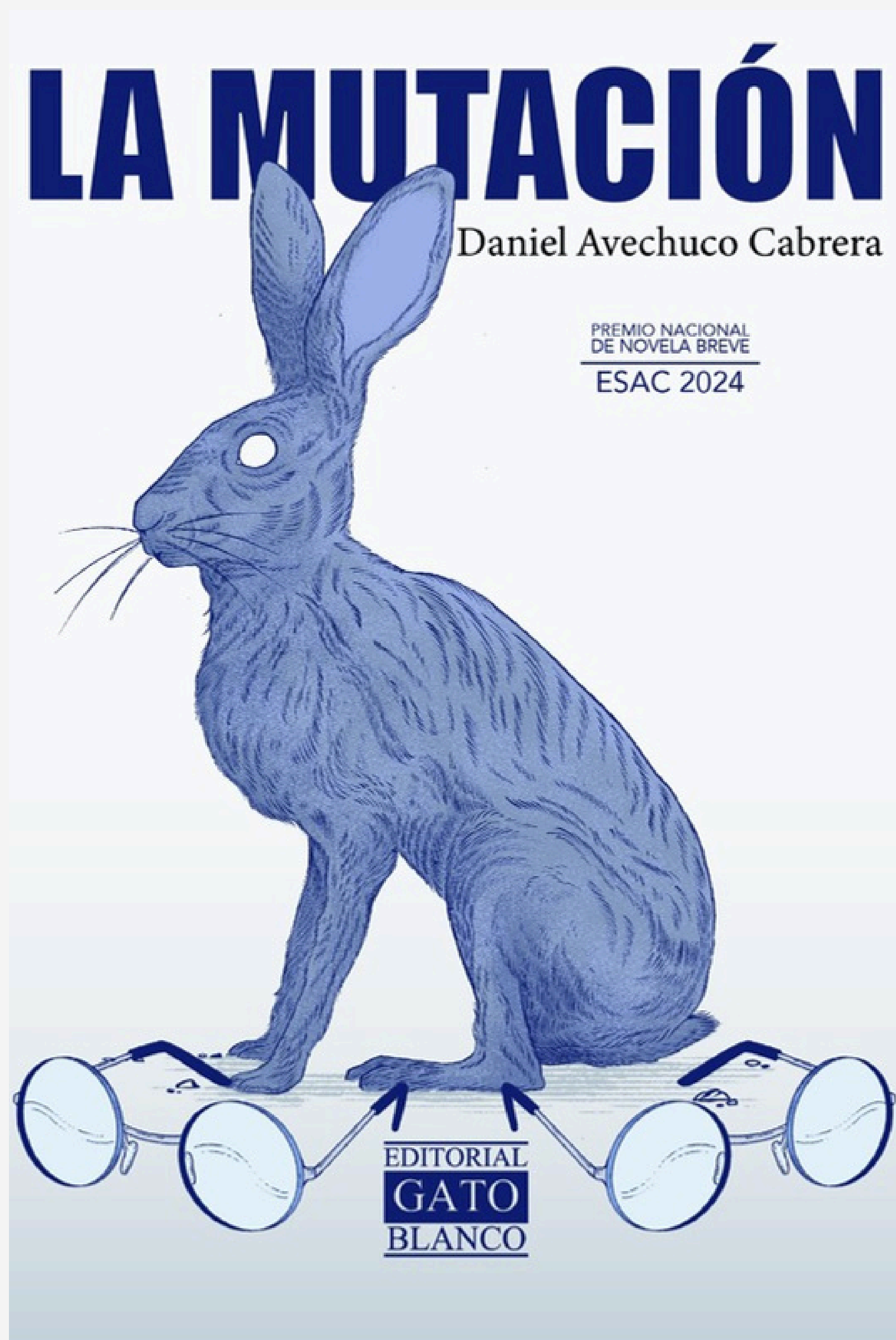


Viejas y nuevas disertaciones sobre el poder de la Ciudad de México

Jorge Cano Febles

En México parece que los grandes acontecimientos políticos, culturales o sociales deben resolverse fatalmente en el gran teatro de la capital. Pero ¿por qué? O, más bien, ¿cómo se forjó este potente monopolio? Sirviéndose de la flexibilidad y el carácter lúdico del ensayo, y abiertamente inscrito en la tradición crítica del ensayo político mexicano, en *Viejas y nuevas disertaciones sobre el poder de la Ciudad de México*, Jorge Cano Febles nos presenta una historia ambiciosa, arbitraria y alternativa del centralismo en México, de la Conquista de México-Tenochtitlan al ocaso del neoliberalismo. En este análisis obsesivo de la evolución de la Ciudad de México y sus múltiples imaginarios, se ponen a examen tanto las diferentes configuraciones políticas como las diferentes manifestaciones estéticas, pasando lista por igual por el panteón de los héroes nacionales, las coyunturas clave, el canon literario, el ajetreado siglo XIX, el PRI y sus gestos, edificios y rituales, la maduración del distópico Distrito Federal, los procesos de cambio político, la historia de las artes, la malograda transición democrática y las angostas ideologías de las élites, entre otros temas.

EDITORIAL GATO BLANCO

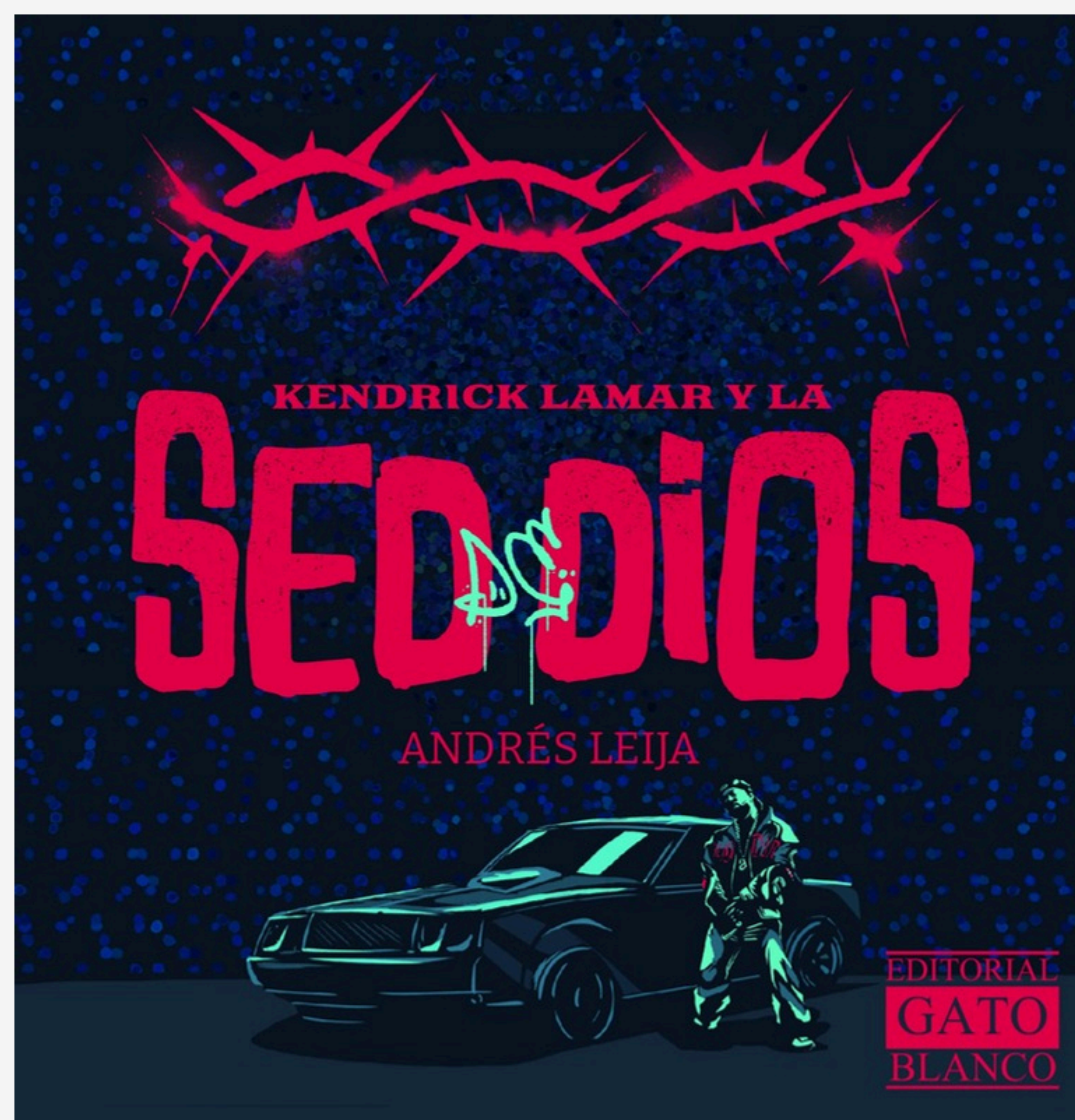


La mutación

Daniel Avechuco

Ganadora del Premio Nacional de Novela Breve ESAC 2024, *La mutación* es una novela de ecos rabiosos que se adentra en el espontáneo secuestro del escritor Abel Arbeola. Con una narración trepidante, la historia despliega, en su brevedad, una sorprendente variedad de lecturas y cuestionamientos que van desde los límites del honor hasta múltiples guiños metaliterarios. Arbeola deberá tomar una decisión frente a la amenaza que se cierne sobre él, mientras reflexiona sobre el cine de Cronenberg, el papel del escritor contemporáneo y el beneficio propio para salvar el pellejo. En esta nueva edición de colección, las ilustraciones de David Mauricio Flores añaden otra capa de interpretación que envuelve la atmósfera detectivesca de *La mutación*.

EDITORIAL GATO BLANCO

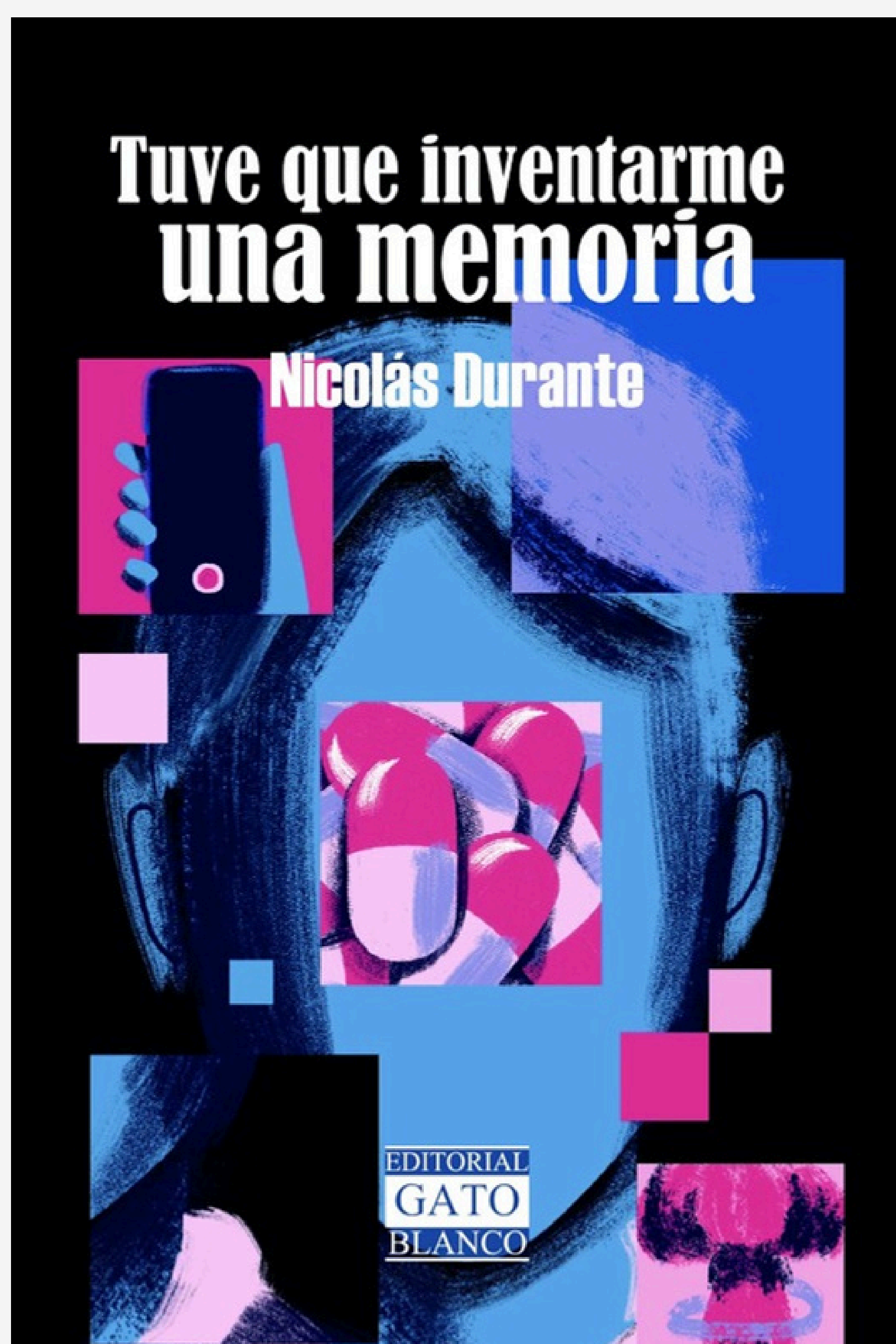


Kendrick Lamar y la sed de Dios **Andrés Leija**

Andrés Leija revisa la carrera del rapero estadounidense a través de una serie de ensayos (cronológicamente acomodados siguiendo el orden de su discografía) que reflexionan, desde la figura mesiánica de Kendrick Lamar, hasta su impacto en la cultura americana. El análisis de sus letras, los significados detrás de las palabras y la evolución de la música del cantante nacido California conforman este volumen. La soltura de Kendrick Lamar y la sed de Dios es la de un libro con especial agudeza para encontrar aquellos recovecos más interesantes e intensos en la música de uno de los artistas más influyentes de nuestros tiempos.

EDITORIAL GATO BLANCO

Tuve que inventarme una memoria
Nicolás Durante



Matías, un profesor universitario de Literatura, es despedido tras ser acusado por una alumna de abuso sexual. Desterrado no solo de las aulas, sino también de la mayoría de los círculos sociales, se ve forzado a errar cual sombra por una ciudad que cada vez se le antoja más ajena y lúgubre. Todo parece ser apenas el prólogo gris de lo que vendrá tras semejante acusación. Sin embargo, él no logra recordar lo sucedido en la fiesta de aquella noche, donde se supone que violó a Javiera. Apenas unos recuerdos inconsistentes se asoman en su mente, enredados entre la maleza de un olvido cada vez más denso. Con su nombre manchado y prácticamente censurado para conseguir un nuevo trabajo, Matías se cruza con un hombre misterioso que desea contratarlo como ghost writer por una suma de dinero imposible de rechazar, empujado por las circunstancias ruinosas en que se ha convertido su vida.

SEMANARIO
PUNK

COLABORADORES



Sandra Becerril es escritora y guionista mexicana especializada en terror. Debutó con *La Calle de las brujas* y desde entonces ha publicado más de 50 novelas con editoriales como Alfaguara, Random House y Hachette. Su obra más reciente es *El Carnaval Diabólico*. Ha escrito y dirigido cine, con cerca de 50 guiones filmados, entre ellos *Nightmare Cinema*, *Desde tu infierno* y *Santiago, Apóstol*. Fue pionera del formato found footage en México con *El Escondite*. Su trabajo ha sido exhibido internacionalmente y ha recibido más de 40 premios. Ha colaborado con figuras del terror en Hollywood y adaptó un texto de Stephen King para una serie con Mick Garris. Ha recibido apoyos del Sistema Nacional de Creadores, ha sido nominada al Ariel y participa activamente en la Horror Writers Association, donde preside la sede LATAM. Su trabajo se centra en el terror como narrativa y lenguaje creativo.



Carlos Velázquez (Torreón, 1978) es cronista y narrador. Inició escribiendo crónicas personales en medios alternativos y consolidó su carrera con una voz centrada en la vida urbana, la música y la experiencia en el norte del país durante la violencia del narcotráfico. Es autor de *El karma de vivir al norte*, con el que obtuvo el Premio Nacional Bellas Artes de Testimonio Carlos Montemayor, y de *El Pericazo Sarniento*, ganador del Premio Bellas Artes de Narrativa Colima. También ha colaborado en medios como *Gatopardo* y mantiene desde hace más de una década la columna *El corrido del eterno retorno* en *La Razón de México*. Su estilo está influido por Sergio González Rodríguez y Hunter S. Thompson.



Alejandro Paniagua Anguiano Narrador y poeta. Obtuvo el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano. Fue ganador del Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés. Fue Mención Honorífica del Premio Lipp de Novela y del Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. En 2021 Textofilia Ediciones publicó sus novelas, *Tres cruces* y *Nadie duerme en el mundo*. Dogma Editorial publicó su poemario *También fui la fosa común de mi materia*.

COLABORADORES



Armando Noriega es periodista y gestor cultural. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad del Valle de México, periodismo cultural en PART y creación literaria en la SOGEM. Su trabajo ha sido publicado en medios como *Playboy*, *La Crónica de Hoy*, *El Universal*, *La Jornada* y en *Semanario Punk*, proyecto independiente que dirige y fundó, consolidándolo como un espacio para el arte, la cultura y el pensamiento de largo aliento. .



Arturo J. Flores nació en la CDMX en 1978. Estudió Periodismo en la UNAM y es autor de varios libros de novela, cuento y crónica. Con "Te lo juro por Saló" obtuvo el premio nacional de novela Justo Sierra O' Reilly. Conduce el podcast "Chelas y bandas" y es editor de *Playboy* en México. En redes, intenta en vano cambiar el mundo como @arturoeditor



Jesús Nieto es investigador posdoctoral en la Universidad de Guanajuato y escribe poesía, crónica y artículos de opinión.

COLABORADORES



Rogelio Garza (1970)

Se inició haciendo los fanzines *La Duda* y *El Picahielo* en los años noventa. Ha sido colaborador y columnista en diversos medios como el suplemento *La Barda Cultural* del semanario *Objetivo*, *La Mosca en la Pared*, *Generación*, la sección cultural de *El Financiero* y *El Ángel Exterminador* de *Milenio*. Publicó los libros *Las bicicletas y sus dueños* (2008), *Zig-Zag, lecturas para fumar* (2014), *Bicicletas y otras drogas* (2020) y *Crónicas de una realidad alterada* (2024). También ha impartido el taller de periodismo musical zig-zag desde 2017, en el que editó los fanzines *Bitácora Sonora* (2020) y *Sampler* (2021). Es colaborador de los libros *200 discos chingones del rocanrol mexicano* (2022) y *Heterodoxias Sonoras de México* (2025). Desde 2017 publica la columna musical *La canción # 6* en el suplemento *El Cultural* del periódico *La Razón*.



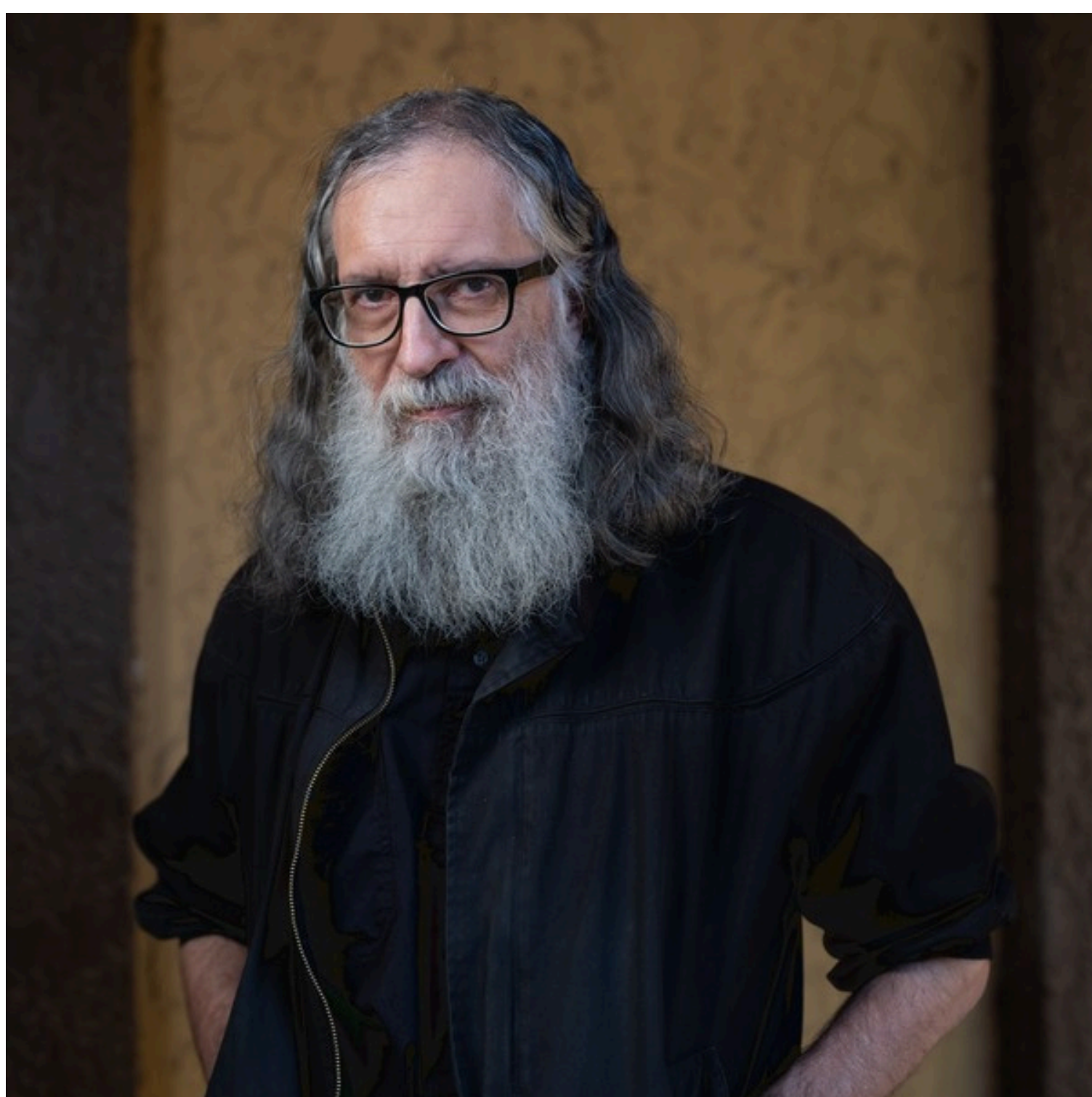
Vania Caché

Periodista cultural y comunicadora especializada en música e industrias creativas. Sus textos experimentales se pueden leer en medios como *Playboy*, *Yaconic*, *PlaylistMag* y más. Fue locutora en Ibero 90.9 FM y actualmente se dedica a las estrategias de comunicación digital.



Nicolás Durante es periodista y escritor chileno radicado en Ciudad de México, donde colabora con medios de Chile y publicaciones mexicanas. En 2026 publicó su primera novela *Tuve que inventarme una memoria* con Editorial Gato Blanco. Escribe, porque si no, se muere.

COLABORADORES



Gabriel Trujillo Muñoz (Mexicali, Baja California, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Sus temas son frontera, novela policíaca y ciencia ficción.



Óscar Alarcón (Puebla, 1979) es periodista cultural, editor y profesor. Ha publicado libros de entrevistas como *Lo que resta es silencio* (2024), *Laberintos* (2023) y *Miradas oblicuas* (2021), además del libro de cuentos *Polimastia* (2008). Desde 2010 dirige la revista electrónica *Neotraba* y ha coordinado colecciones y antologías desde la BUAP. Ha colaborado en distintos medios y fue editor de suplementos culturales en Puebla. Le gustan las tostadas de pollo.



Emilio Sheleeyx, 20 años, originario de la CDMX, estudiante de sociología en la FCPyS UNAM, curador y coordinador de la programación cultural en la Subdirección de Cultura y Patrimonio de la alcaldía La Magdalena Contreras, escritor, con un libro publicado de acceso gratuito *“Todo en vida”* (2024), fundador del colectivo de poesía multidisciplinar *Crisol Creativo*, cofundador y militante en *Generación Esperanza*.

COLABORADORES



Pedro Alejandro Vera Muñoz (Puebla, 1988) es productor cultural y gestor artístico enfocado en vincular industria, territorio y narrativa. Ha producido más de 100 conciertos y giras en México con diversos artistas, y es creador del Festival Internacional Volare y fundador del FICO en Orizaba. En 2023 fundó la productora Época, desde donde desarrolla proyectos culturales con enfoque profesional. También es autor de *Gol Sostenido* (2022) y *Suspiros y Ficciones* (2016). Su trabajo busca fortalecer el ecosistema musical independiente y conectar comunidad e industria.

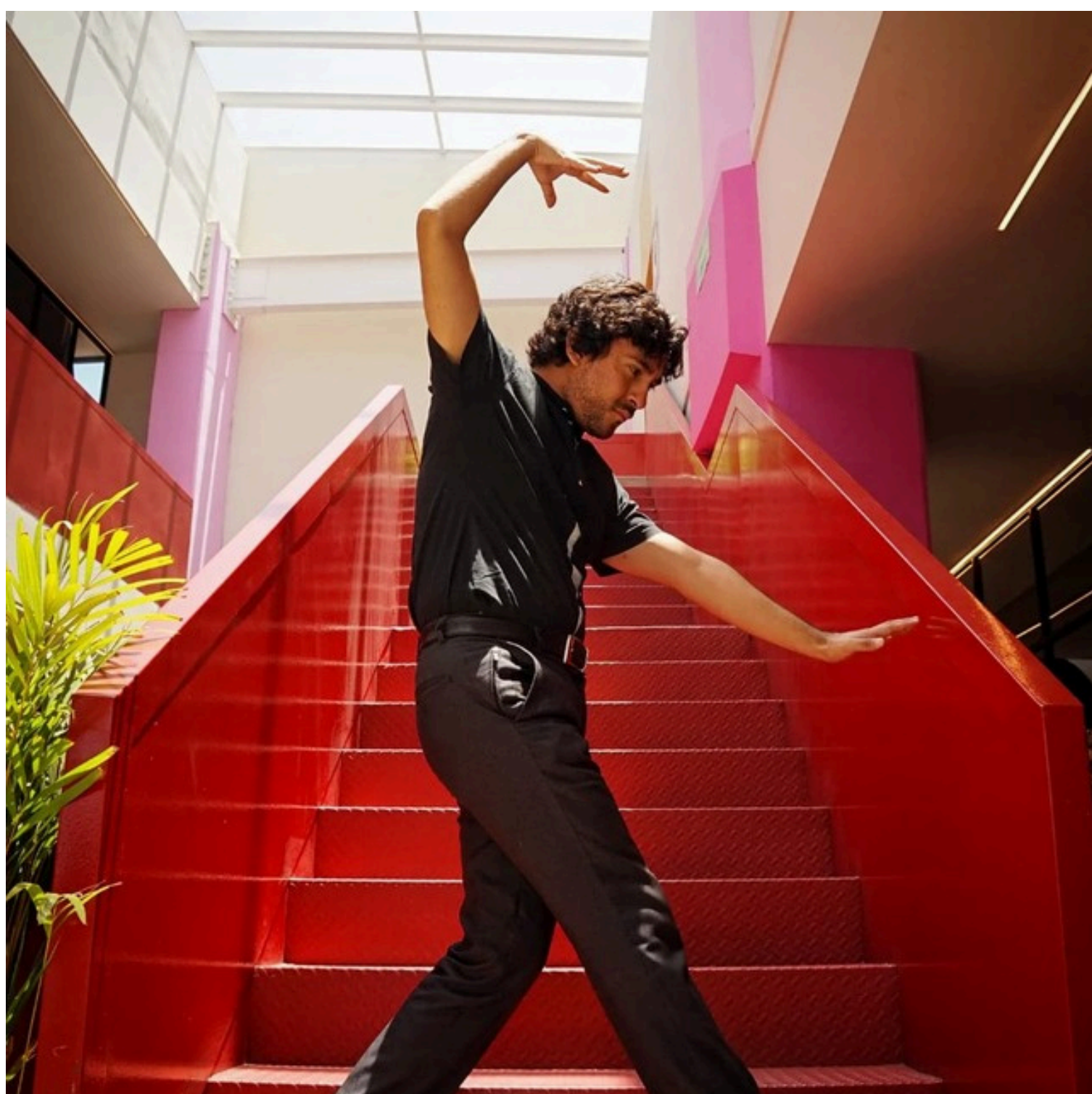


Mariané —a veces Villana— cultiva el ensayo y la poesía como sus campos preferidos de escritura. Su formación como filóloga la ha llevado a interesarse por las intersecciones entre literatura, filosofía de la ciencia y género, confluencia desde la cual acompaña procesos de investigación y edición para otras mujeres y sexodisidencias. Para ella, escribir es un instrumento que le permite arrojar algo de luz, aunque sea momentáneamente, sobre su propia sombra y la colectiva.



Edu Prado, nació en chilangolandia, antropólogo sin beneficio. Es policía en el Servicio de Protección Federal. Obtuvo dos menciones honoríficas en el Séptimo y Décimo Premio Nacional de Periodismo Gonzo. Los amigos le dicen “Duro de Empedar”.

COLABORADORES



Javier Lether (Distrito Federal, 1998) es periodista, fotógrafo y cronista visual. Ha publicado en medios como *El Universal*, *Reforma*, *Playboy México* y *Revista Zócalo*. Escribe sobre la ciudad, sus márgenes y las formas de sobrevivir a ella. Antes trabajó como barista, en retail y en cine, además de colaborar en campañas de recaudación para organizaciones sociales.



Vivian Robles Castañeda es licenciado y maestro en Comunicación por la UNAM, ambos con mención honorífica, y actualmente cursa el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales en la misma institución. Su trabajo se enfoca en la relación entre música, afectividades y enfoques interdisciplinarios de investigación. Ha colaborado en consultoras en proyectos sociales, políticos y comerciales. También es músico con más de 19 años de trayectoria; ha participado en diversas bandas, fue guitarrista en la gira de Paul Di'Anno en México (2023) y desarrolla su proyecto Killer Rose.



Santiago Espinoza A. (Cochabamba, Bolivia, 1983), periodista y crítico de cine, es autor de los libros *Operación fracaso* y *Eso que miramos los bobos*, y coautor de *El cine de la nación clandestina*, *Una cuestión de fe*, *Historia del cine boliviano 1897-2017* y *‘Crónicas mundialeras del dios redondo*.

SEMANARIO
PUNK

